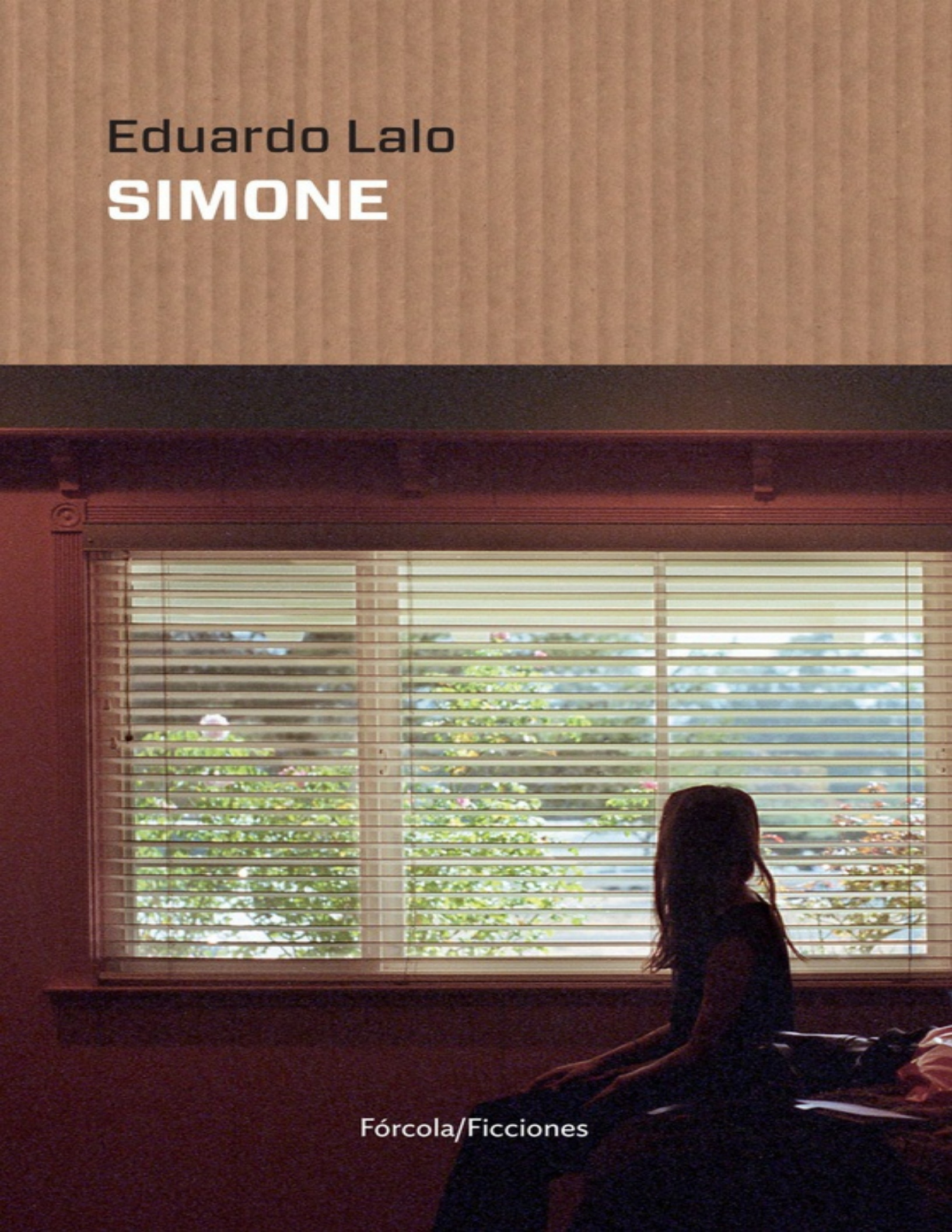


Eduardo Lalo
SIMONE

A photograph of a woman with long dark hair, seen from behind, sitting on a bed in a dimly lit room. She is looking out a window with horizontal blinds. The blinds are partially open, allowing natural light to filter through and illuminate the scene. Outside the window, a lush green landscape with trees and a body of water is visible. The overall mood is contemplative and serene.

Fórcola/Ficciones

SIMONE



SIMONE

Eduardo Lalo

Fórcola/Ficciones

Fórcola/Ficciones

Director de colección: Amelia Pérez de Villar y Javier Fórcola

Diseño de cubierta y maquetación: Silvano Gozzer

Corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Madonna Inn, fotografía de Jael Levi, 2016.

© Eduardo Lalo, 2016

© Fórcola Ediciones, 2016

c/ Querol, 4 — 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

ISBN: 978-84-17425-09-8

La novela *Simone*, del escritor puertorriqueño Eduardo Lalo, recibió en 2013 el XVIII Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, otorgado por el Gobierno de Venezuela, por medio del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG). Formaron el jurado el escritor argentino Ricardo Piglia y los críticos Juan Duchesne, de Puerto Rico, y Luis Duno-Gottberg, de Venezuela.

A Grisell

...no hay deseo más grande que aquel
del herido por otra herida

GEORGES BATAILLE, *Le coupable*

Habla con su propia palabra
sólo la herida.

ANTONIO PORCHIA, *Voces*

PRÓLOGO

Elsa Noya

Eduardo Lalo es poeta, narrador, ensayista, profesor universitario y artista plástico puertorriqueño. Esta edición de su última novela abriendo la colección Archipiélago Caribe es un hecho de celebrar. No sólo como proyecto editorial frente a la ausencia en nuestras librerías de producciones literarias del Caribe, en este caso puertorriqueñas, tradición literaria nacional desconocida fuera de nuestro ámbito académico, sino también por la calidad del texto que se presenta, acorde con la trayectoria intelectual del autor.

Lalo construye sus relatos y ensayos sobre el tema de la ciudad. Trátese de París, Nueva York, Madrid o la siempre presente San Juan, será un espacio sitiado por una mirada de extranjería autocentrada y sobre el que lleva publicados no pocos y siempre más que interesantes textos: *La isla silente* (2002) recoge sus tres primeros libros: *En el Burger King de la Calle San Francisco* (1986), testimonio ensayístico; *Libro de textos* (1992), colección de cuentos, poemas y monólogos dramáticos premiado por el Pen Club, y *Ciudades e Islas* (1995), relatos que incluyen una novela breve, *In Memoriam*. En 2004 se publica su segunda novela, *La inutilidad*, luego de la publicación de *Los pies de San Juan* en 2002 y antes de *donde*, en 2005, dos textos que pueden ser catalogados como libros de artista y que abren una serie: son cuidadas ediciones, de gran belleza visual y de mixtura de géneros que transitan el ensamblaje de imagen y texto en fotos, relatos y ensayos literarios y fotográficos, reflexionando sobre espacios urbanos y las escrituras que contienen y los expresan. En 2008, publica *Los países invisibles*¹, un desplazamiento narrativo y filosófico por algunas ciudades de Europa, por San Juan y por textos evocados en el transcurso, combinando crónica, diario de viaje y reflexiones teóricas; recibe en España el Premio de Ensayo Juan Gil-Albert-Ciutat de Valencia 2006.

En línea con las preocupaciones de los textos anteriores, publica en 2010 *El deseo del lápiz. Castigo, urbanismo, escritura*, ensayo y fotografías de dibujos y escrituras realizados por los presos en las

paredes de las celdas del ex complejo carcelario de San Juan conocido como el Oso Blanco. A partir de la dramaticidad narrativa de esos restos gráficos, Lalo bucea en la relación encierro y escritura como forma de libertad.

Asimismo, su obra plástica, realizada en diversos medios o soportes (pintura, escultura, instalación, fotografía, video), ha sido expuesta en múltiples exposiciones individuales y colectivas.

En cuanto a sus narraciones, si bien encaran sus conflictos en el escenario vivo de la ciudad, lo hacen alejadas de la tipicidad celebratoria de *lo caribeño*. Mientras en *La inutilidad*, la narración se expandía en la desolación introspectiva del desarraigo que provocaba en un posgraduado los desplazamientos entre París y San Juan, en *Simone*, Lalo apuesta duro en su convicción de que toda literatura es exploración de la condición humana. Da cuenta de ello ahondando la inmersión del narrador en el recorrido urbano sanjuanero, sumergiéndonos pausadamente en el universo atrapante de enigmas a los que se enfrenta la subjetividad de ese narrador, en íntima relación con los senderos de interrogantes que la ciudad de San Juan le arroja en su deambular. Condición humana en la ciudad y subjetividad narrativa de un innominado en el que imágenes, pensamientos, palabras oídas, relatos se despliegan en el rumiado malestar del que la recorre, la mira, la escucha, la anota y la transforma en escritura de supervivencia.

El narrador de *Simone* puede comprobar que la ciudad contiene *la vida a secas*, pero, como ya se anunciaba en el final de *In memoriam*, la ciudad demuestra que también contiene la totalidad del mundo y con él la propia vida. Aún cuando las líneas rectas de la planeada ciudad no se correspondan con el laberinto de la vida humana, la palpable intimidad entre ciudad y vida, abona el corpóreo entramado de ciudad y escritura, eje que atraviesa la novela, en-marcando con *la tinta de la escritura* una fuerte historia de amor.

Reacias a encasillamientos genéricos convencionales, las escrituras de Eduardo Lalo y en especial sus novelas suelen desacomodar la lábil frontera entre historia, autobiografía y ficción al tiempo que conjugan diversas matrices narrativas y preocupaciones temáticas; en el caso de *Simone*, el autor disemina paulatinamente tres núcleos de relato que

conteniéndose en caja china, se irán desplegando y relacionando estrechamente.

Un primer núcleo sería el que recoge los solitarios pasos del narrador por calles y sitios de la ciudad, sus impresiones de una realidad urbana que se registra y detalla en tiempo y lugar específico en breves fragmentos de escritura. La dinámica de la fragmentariedad, *habla de archipiélago* como la pensara Blanchot, actúa por acumulación aún entre fragmentos aparentemente inconexos pero que van dando el pulso de una crónica urbana, que tiene de crónica su básica mirada sobre el acontecer de la calle y de sus lugares de reunión pero que se aleja de la escritura de la crónica en su intenso tono personal, su asombro desengañado ante la idiotez humana y su vertiginosa visualización de imágenes de personas y situaciones. Brevísimos e intensos relatos en donde el mundo entra y se detiene en morosa fugacidad, condensando en un instante el palpitar de complejos mundos culturales. Por ejemplo, el episodio del intercambio entre el inmigrante cubano y el puertorriqueño sobre una ciudad con vacas o sin ellas registra una pequeña escena suburbana en la que resuena irónicamente un histórico desafío comparativo, no solo entre las ciudades de La Habana y San Juan, sino entre proyectos nacionales y culturales dentro del espectro caribeño; en la ganadora y escueta respuesta del cubano, que alardea provenir de una ciudad sin vacas, repta, como bien escribe el narrador, *una Habana que se concibe como mito de progreso y modernidad que la historia ha cegado*.

Lo fragmentario trabaja así el sentido desde la instantaneidad de imagen, palabra y espacio, tanto el urbano como el de la página. En ese escenario, la mirada sobre los personajes que se enfocan puede tanto cabalgar sobre inteligente ironía nada exenta de humor, como exudar el desdén de un cinismo seco, bordeando la sordidez de un Arlt pero más doloroso en la contemplación del *aura necia* con que se percibe el actuar urbano frente al lugar común.

Un segundo núcleo narrativo se irá desplegando a contrapelo de la percepción palesiana del narrador de que en esa ciudad *cueva* nunca pasa nada, cuando un día la chata realidad se contradice y ofrece un juego inquietante de seducción intelectual en sucesivas entregas anónimas, en las que las citas literarias rastreadas del universo del

sentido son primero pistas en la cartografía de la ciudad, luego sintagma apropiado, mensaje de significación justa que crea redes de afinidad y encantamiento desesperanzado, anudando conocimiento, pasión y sufrimiento en la búsqueda de identidad sexual, cultural e intelectual. En ese fragor de ansias en las que se pone la vida, narración y narrador van descubriendo los claroscuros del soterrado mundo de la inmigración china en la ciudad como un espacio cultural ocluido a la palabra; la *invisibilidad china en un país invisible* para la tarjeta postal e *invivable* fuera de ella.

Entremezclado, además, en la instantaneidad fragmentaria y en el combate por la identidad de los cuerpos, se va filtrando en la subjetividad del narrador un tercer núcleo de preocupación que pone en escena la continua pregunta sobre la condición de la escritura, su necesidad inútil e ineludible, tanto como gesto primario de supervivencia y libertad, como pudo haber sido la de los presos del Oso Blanco, como así también la pregunta de un narrador intelectual que indaga en su propia condición de serlo en lo que se vive como los márgenes incompletos del mundo, que dialoga con pensamientos caros de la contemporaneidad occidental al tiempo que escupe su anti-intelectualismo en ácida crítica a la propia profesión de escritor, a la crítica, a la academia, y a las convenciones burocráticas en que se mueven los pares en el medio de intereses literarios institucionales y canónicos, nacionales y extranjeros.

Pero además de lo atractivo de la historia de la novela, que va respondiendo a tensiones y expectativas de lectura bien construidas, descifrando laberintos de personajes y de historias pasadas y presentes, es de señalar la riqueza formal del texto y me refiero no sólo a la prosa en sí misma, presencia significativa en la mayoría de los textos de Lalo, sino a algo que la sobrepasa, que emerge del texto como envolvente atmósfera de lectura y que seguramente tiene que ver con la misma condición de artista plástico e intelectual del autor, me refiero a los procedimientos de construcción del texto como magma metafórico de escritura e imagen, en un doble juego, es decir, de escritura como grafía que construye imagen urbana en el caso del narrador y de imagen que es en realidad escritura oculta a descubrir, en los dibujos cifrados de Li. Potente entramado de imágenes que

derridianamente otorgan al texto una densidad escrituraria arquitectónica en consonancia con la densidad corpórea de la ciudad de San Juan que se atraviesa y se representa calle a calle en búsqueda de sentidos subyacentes a palabras y gestos.

¹ *Los países invisibles*. Madrid, Fórcola, 2016.

SIMONE

Eduardo Lalo

Escribir. ¿Me queda otra opción en este mundo en que tanto estará siempre lejos de mí? Pero aun así sigo vivo y soy incontenible y no importa que esté condenado a las esquinas, a las gavetas, a la inexistencia.

Pensar desde la nada, desde este *nada* pasa, desde aquí. Y lo digo con la euforia del que ha perdido la esperanza y sigue y pervive. Escribir sin salidas, desde cualquier sitio, en esta ciudad opaca por ejemplo, sabiendo que esta actividad resulta incomprensible para mis vecinos y que de cualquier manera, estas páginas no llegarán a ellos. Escribir desde un final que no dejará de ser, que acaso no haya sido otra cosa que final. Tantos hombres y mujeres han creído posible cambiar la historia cuando no han hecho más que padecerla; o mejor sería decir, soportar su barrio, su familia, su mujer, a sí mismos. He sabido aguantar sin derrumbarme. Poco más he sabido hacer. Para esto sirve escribir o leer y a eso he dedicado casi toda la vida. A veces, he conocido algo parecido a la gracia.

Otra mañana de domingo. La calle tranquila, los gritos de unos niños, un breve viento arrastrando hojas por el pavimento. Este es el día de descanso sin descanso. Benditos los pájaros que cantan como cualquier día, es decir, sin esperanzas.

La mayor parte de las depresiones están formadas por sentimientos de mercado. Los puedo llamar así, tengo razones y amplia experiencia. Las emociones que se experimentan parecen salir de una línea de ensamblaje y conseguirse en cualquier sitio. Su distribución es masiva. Como tantas otras cosas que se venden y compran, son imitación de algo. Existen porque ante ciertos acontecimientos se adoptan ciertos modos de ser y sentir. Poco más.

Pero hay depresiones que no despiertan emociones y que ni siquiera, por eso, merecen ese nombre. Son lo que queda después del tiempo y tantas cosas que se han perdido o no se tendrán, sabiendo que al final no hay nada que esperar salvo esto: esta mañana de domingo.

En el fondo, aunque resulte descarnado, me alivia pensar así.

Un cuaderno. Esta libreta, la número x de mi vida, que compré en una insulsa librería de un centro comercial igualmente insulso (ir a una librería y salir con un volumen de páginas en blanco es una metáfora y además una forma de dolor y aburrimiento), de sorprendentemente buen papel, sólo quizá demasiado gruesa para apoyar la mano que escribe. En estas páginas, hago la bitácora del paso del tiempo, con el propósito de que sea una herramienta para vivir lo mejor posible, para llegar a otro día, a otro año, con algo de sanidad y placer. Antes pensaba que luchaba, en los cuadernos que han antecedido a éste y yacen por las esquinas o las estanterías de mi casa, contra la sociedad que me ha tocado, contra la ciudad, contra la insoportable sucesión de colegios en las que me gané la vida hasta conseguir un trabajo renovable anualmente (pero que puede ser revocado cualquier fin de semestre) en la universidad. (Y me sentía avergonzado por esta lucha, como si hubiese algo inconfesablemente sucio y defectuoso en ella.) Sin embargo, ahora sé que luchar y escribir es lo mismo, haya o no haya algo contra lo cual hacerlo. No aguardo nada importante, ni tregua ni triunfos. Éste es mi lugar en el mundo, eso es todo.

Diego me contó, que sólo cuando logró vivir lejos, conoció la belleza. No se refería a la belleza del paisaje o de los cuerpos. Tuvo que esperar hasta entrada la juventud para salir del país. Entonces se dio cuenta de la infamia que había vivido. Recordaba los años pasados en el patio de la escuela, entre los gritos de sus compañeros, bajo el sol del mediodía, en el polvo seco y espeso que dejaban tras de sí sus carreras. Rememoraba obsesionado la inconsecuente buena voluntad de las maestras, la presión creciente de la hora de clase y el programa de estudios que lo hizo despreciar por años lo que tuvo que aprender. Y luego, como si fuera una historia sin fin, la campana que liberaba por la jornada, la estampida y los empujones de los niños hasta la fuente de agua, los juegos que se iban haciendo más y más crueles, la espera interminable del autobús. Entonces, una hora después, su llegada, sucio y agotado al hogar, en una ciudad sin horizontes, sin nada que

hacer para un muchacho, sino deambular sin rumbo y tirar piedras a los postes, a las casas de los vecinos, a los lagartijos, a los niños de la próxima calle. Diego decía, y en sus palabras pervivía todavía la furia, que tuvo que esperar más de veinte años para darse cuenta de que la belleza existía y podía encontrarse en un gesto, una mirada, un salto o un libro. Aunque había tenido la fortuna de descubrirla, lo que ya era un don, nunca había logrado librarse de ese patio de escuela, esos maestros, esos compañeros de clase y juego. Estaba obligado a convivir indefinidamente con ellos y descubrió, ya mayor, que era un desgraciado. Para eso le había servido el descubrimiento de la belleza.

En la siesta he vuelto a tener el sueño. Estoy en un espacio subterráneo del que, al final de una serie de escenas en apariencia inconexas, pugno por salir. Esta vez tenía que ascender una pendiente enorme, en lo que parecía una estación de metro o la vieja entrada a las salas de embarque del aeropuerto de San Juan. Pero no podía hacerlo, era demasiado grande el esfuerzo y mis pies parecían estar pegados al suelo. Miraba hacia atrás (como ocurre siempre en el sueño) procurando comunicarme con otro personaje (una mujer casi siempre) pero no la encontraba o mi llamado no llegaba a ella.

Resulta curiosa esta trampa subterránea de la que no puedo partir. Pareciera que es imposible separarme de una tierra, y que el viaje y el vínculo con otro ser humano son imposibles. El ambiente subterráneo –una tumba o una trampa– es un énfasis que raya en la redundancia. El recinto tiene la misma iluminación de un centro comercial. Es, por tanto, una cueva hecha con los materiales más innobles. ¿No es ese recinto imposible de abandonar la imagen mía en esta ciudad?

Bastó un mínimo lapso de tiempo para comprender, viendo el telediario de Televisión Española, lo que había sido una larga época de mi vida. Informaban, al terminar, del concierto de un cantante que conmemoraba diecisiete años de carrera en solitario. Observé al hombre esquelético por treinta segundos, hasta que aparecieron los créditos en la pantalla. Vestía una chaqueta (pero no era la que llevaría un ejecutivo o un vendedor), y movía la cabeza lejos del micrófono

buscando aire para llegar al próximo verso. Los años le habían caído encima con la misma contundencia que los excesos.

Si hubiera permanecido en Madrid lo conocería. No obstante, estuve convencido mientras lo escuchaba cantar, que aun quedándome allí, no habría podido hacer mío ese mundo y pertenecer a la generación que me correspondía. Era entonces demasiado grande mi malestar. En ningún lugar –como en ningún concierto– habría podido encontrar mi pertenencia. Esa distancia hacia lo que me rodeaba, que luego sería casi idéntica en San Juan, ya mediaba entre la persona que era y el mundo. La geografía y los viajes eran infinitamente menos reales que mi desamparo.

No compro periódicos. Últimamente lo he vuelto a hacer en varias ocasiones y me divierte su caudal de sinsentidos. Ayer arranqué media página de *Primera Hora* y la metí en el bolsillo trasero del pantalón. Hoy la he encontrado. En una columna en la que se recoge la opinión de la gente que el reportero interpela por la calle, se pregunta a seis ciudadanos si la guerra contra Irak, que parece a la vuelta de la esquina, será larga. El primero que lleva el imposible nombre de Hovitt Plancdeball afirma: «No creo que sea larga. Por todos los avances tecnológicos que hay, es innecesario. Tiran una bomba y se acabó, no pasaría ni como en la del Golfo». Una señora aborda el tema: «Creo que no. Con tanta tecnología seguramente terminen pronto y llegan al diálogo porque, de lo contrario, podría traer peores consecuencias». Curiosa esta perspectiva de un diálogo que acontecería luego de los bombardeos y que de no existir (supongo que en él se hablaría de las maneras de rendirse) anunciaría cosas peores. Un hombre dice: «Corta. La tecnología de nosotros (*¿nosotros?*) está mucho más avanzada y la misma población norteamericana no se prestaría para eso (*¿eso? ¿qué es eso?*) Empezarían a poner los letreros (*¿no son cintas?*) amarillos por todos lados». Sólo hay una voz disidente: «Bastante, mucho más tiempo del que se estima. Dios permita que no sea una cosa que cause muchos estragos y que termine lo más pronto posible». Pero mi opinión favorita es la de una publicista de Carolina, joven y atractiva según la foto, idiota según todo lo demás: «Corta. Ya no estamos en los tiempos de antes

(aparentemente, todo pasado fue peor). Ya estamos un poquito más ligeros y las personas tienen que tener más civilización y resolver las cosas más rápido». Es extraordinaria esta forma de ver la guerra, como un consejo amoroso o una oferta de *telemarketing*.

- En esta mesa están las novedades.
- Sí, ya las vi.
- Nos llegó la última novela de García Márquez.
- No me interesa.

Veo una calcomanía en un automóvil. Dice: «Soy ciudadano del cielo», irónicamente la frase se halla sobre las banderas de Puerto Rico y Estados Unidos. Bajo éstas se encuentran una cita bíblica, los nombres de un pastor y una iglesia, pero la letra es muy pequeña y no la puedo leer.

Levantarme, ver y oír la ciudad. Pensar que he echado a perder mi vida aquí y que ya es muy tarde. Pensar que hubiera podido ser igual en cualquier sitio, pero que no importa, que hubiera preferido cualquier otro sitio.

Afuera, el camión con altoparlantes de un político en campaña promete fuegos artificiales y «sorpresas» frente al edificio de su comité a partir de las cinco de la tarde.

Hoy todo duele demasiado y, sin embargo, casi estoy en paz. Es por la costumbre del dolor. Ya no percibo su zumbido incesante.

Paso la tarde del domingo corrigiendo exámenes. Un estudiante ha escrito: «El renacimiento empieza cuando la gente se dieron cuenta que ya no estaban en la Edad Media».

Diego, que de un tiempo a esta parte, visita mucho el aeropuerto, me habló de él. El hombre está jubilado. De niño vivió en Nueva York y luego de regresar al país salió de él en cortas y contadas ocasiones y hace muchos años que no ha subido a un avión. Cada semana pasa por lo menos una noche en el Aeropuerto Internacional. Transita por los grandes pasillos como un viajero más. Recala por los puestos de comida, lee el periódico o una novela como alguien que mata el tiempo en una larga escala, sentado en el bar que queda cerca de las puertas

de embarque. Compra objetos, revistas e incontables *best-sellers* en las tiendas que abren hasta tarde.

A veces, víctima del insomnio, acude al aeropuerto de madrugada, cuando está prácticamente desierto y los empleados repasan el piso con máquinas pulidoras. Se pasea por los dos niveles, el de llegadas y el de salidas, por las aceras exteriores que durante el día y parte de la noche contuvieron un gran caudal de gente y por las que ahora apenas transita un taxi o un camión de servicio. Allí, siente la brisa nocturna, observa las manchas circulares y negras del piso (que son vieja goma de mascar pegada al cemento), lee los anuncios en la estación de correos o la aduana, que anuncian horas de apertura, días feriados y leyes oscuras. Para la marcha cuando siente la vibración que crece hasta convertirse en un despegue o un aterrizaje. Asiste al estruendo como otros beben café o saborean un postre. Luego, cabeceando en una silla, saludando entre bostezos a empleados de limpieza o de líneas aéreas a los que conoce, espera a que abran los comercios. Desayuna en la cafetería un par de huevos y, antes de partir, compra el periódico y a veces un *National Geographic*. Regresa a casa, cuando cientos de personas se apresuran en sentido contrario por las avenidas, a tomar los vuelos de la mañana.

Me ha parecido formidable la aventura de este hombre que habita indefinidamente la frontera del viaje, como si ésta agotara el deseo de partir. Pocos viajan tanto, tan lento, tan cerca.

Es curioso el fenómeno que consiste en que si no anoto un recuerdo o una idea, éstos pierden su poder como si se secara su sustancia, haciéndolos para siempre inertes. Es como si sólo pudiera distinguir la vida a partir de la tinta.

Me cruzo con cuatro muchachas y percibo desde lejos un aura necia. Cuando pasan junto a mí le escucho decir a una: «Ade es famosa entre el mundo de los homosexuales». La frase no cuaja bien, no solamente por el mal uso de la preposición. Pronuncia la última palabra torpemente, comiéndose parcialmente el sonido de la m, como si fuera demasiado grande para su boca.

Una estudiante me entrega una nota en la que al final pone su nombre, sin añadir el apellido. Se llama Cindidet. Los dos vivimos en la misma ciudad. Sin embargo, ese nombre inventado y absurdo parecería abrir entre nosotros una distancia infranqueable.

Pienso en todas las veces que he leído o escrito el concepto «Puerto Rico». Son miles, acaso decenas de miles de veces y, sin embargo, estas palabras apenas son leídas o escritas fuera de aquí; es más, son prácticamente desconocidas o sugieren imágenes muy débiles, que poco tienen que ver con lo que significan para mí estos vocablos. Pienso esto cuando leo, escribo, escucho ese nombre de país que más allá de sus fronteras (y acaso también dentro de ellas) significa tan poco. ¿Qué forma de silencio, o lo que es igual, qué forma de dolor es éste?

En algún sitio de la ciudad (sé que la vi con Diego hace años) existe una repostería que se llama «El Pan Nuestro de Cada Día». Parece mentira esa especie de tautología piadosa. ¿Es por Barrio Obrero, Villa Palmeras o en una calle hacia la avenida Fernández Juncos? No sé y este recuerdo incompleto es también San Juan.

Anoche tarde fui a comprar la cena en un restaurante chino que queda cerca de la avenida Barbosa. Nunca había estado en él y me apeé del carro con inquietud. El ambiente estaba cargado: un par de drogadictos con sus peticiones de limosna, adolescentes turbios vigilando a todo el que llegaba, hombres bebiendo cerveza y gritando bajo el alumbrado de la esquina.

Cuando me entregaban la comida, entró un hombre que saludó al que estaba en la fila detrás de mí. Entonces el guardia que cuidaba la puerta, y que aquí parece ser un empleado imprescindible, se dirigió a él:

—Dejaste la motora prendida.

—Es que si la apago la tengo que empujar.

Al salir, llevando en una bolsa una ración de arroz frito la vi. Una Yamaha vieja, en pésimo estado, con el motor pistoneando. No merecía ni el hurto.

He vuelto a leer *El extranjero* después de muchos años, y me he fijado en el sol de Camus. Mersault, el protagonista, tiene la percepción auténtica de alguien que lo sufre; de alguien que incluso está dispuesto a matar por él. No es el sol de los turistas, en él no hay paraíso. Simplemente es lo que se resiste casi todos los días, semana a semana, mes a mes, año a año. Agrava la pobreza, el desánimo, los gritos de los vecinos.

Picado por la curiosidad, busqué el único texto que tengo sobre su obra. Lo abrí en cualquier página y comencé a leer un párrafo: «Debido a su salud, se vio obligado a dejar el verano argelino. Camus obtuvo un salvoconducto para regresar, con su esposa, a la metrópolis». ¿Fue otra víctima del sol? ¿No será que el sol es una especie de enfermedad que produce desde hace siglos la sensación de lo invivable?

Mi imagen en un centro comercial: un hombre solo, sentado ante una mesa, en la terraza repleta de restaurantes de comida basura, con un café y una libreta. A mis pies, una mochila con libros, otro cuaderno y dos plumas fuentes. Llevo horas aquí y no he comprado nada, ni siquiera un libro. Extraño, extrañísimo ante todo lo que me rodea, pero para mí no existe en el mundo una imagen más hechizante y perturbadora.

«Incluso en nuestros días, las nueve décimas partes de la humanidad están al margen de la historia, al margen de un sistema de interpretación y de inscripción que ha nacido con los tiempos modernos y que desaparecerá. La historia es una especie de lujo que se han permitido las sociedades occidentales. Es «su» historia. Que ésta parezca desaparecer es una desgracia para nosotros, pero permite ceder el sitio al destino, que siempre ha sido el patrimonio de las demás culturas. Las otras culturas jamás han carecido de destino, mientras que nosotros, en nuestras sociedades occidentales, no lo teníamos». Jean Baudrillard, *El paroxista indiferente*.

He soñado con Tomás y su esposa. Lo hubiera debido ver ayer pero no fui a trabajar. Me gusta conversar con él pero a veces se nos hace muy difícil, a pesar de todas las cosas que compartimos y que nos

interesan, incluidos los libros. En el sueño volvía múltiples veces su imagen, hablábamos breve e incomprensiblemente y se repetía la necesidad de separarse y volver a hablar, como si todo fuera un largo desencuentro.

Vi que me miraba y me tomó unos segundos reconocerlo. Estuve a punto de que mi reacción fuese demasiado tardía. Hace dos o tres años, acaso un poco más, tuve con él una breve relación laboral. Un hombre joven, callado, superficialmente tosco. Me enteré luego que había estado a un paso de la muerte. Al ir hacia él, no recordaba su nombre, pero sí su condición y de esto hablamos. Su situación ha mejorado, pero al relatarla, el cansancio que transmitía era enorme. Le di el apoyo banal que puede brindar un desconocido. Cuando se despidió, me fijé que se afeitaba los antebrazos, como lo hacen los fisiculturistas, y quedé simultáneamente impresionado por la levedad de su apretón de manos. Era como si dudara de mi presencia.

Me entero del nombre de una dependienta en una tienda de materiales de arte: *Arles Pages*. *Arles* como la ciudad que hizo famosa van Gogh y la marca de las famosas y costosas hojas de dibujo a la acuarela. *Pages* como páginas en inglés o francés. Se llama como uno de los productos que vende. No se había dado cuenta. No le interesó saberlo.

Observo un guaraguao desde el café de la librería *Borders* en la Plaza Escorial de Carolina. Planea hábilmente sobre la urbanización que queda detrás del centro comercial donde todavía sobrevive una colina boscosa. Recuerdo las historias que le hice alguna vez a hijos de amigos y que tenían como protagonistas a estos pájaros; la añoranza por un mundo perdido que contenían, la nostalgia que pudo llegar a la cursilería.

A mi lado un hombre chino hojea un volumen de una serie de novelas populares titulada *Predator*. Frente a él, está su hija de no más de tres años a la que le ha dado a probar café. Antes han hablado en chino, pero al poner los labios en la taza, la niña exclama «¡Fo!» como cualquier puertorriqueña. Debe de haber miles de chinos en el país

(nada más hay que sumar los que trabajan en restaurantes) pero son invisibles. Me he preguntado alguna vez cómo será su vida, cómo han venido a parar aquí, qué sienten.

¿Alguien nos cuenta, existimos para alguien los que vivimos en esta isla, en esta tarde sigilosa, intentando separarnos del ruido, del calor, del polvo? ¿A quiénes llegan las historias de nuestras vidas? ¿En algún lugar existe algo que no sea nuestro cliché o nuestra explicación vaga y elemental, sin compromiso con nuestra humanidad?

Un hombre empuja su carrito de mantecado de coco y piña, por la acera de la avenida Ponce de León, cerca de la universidad. Calza tenis muy baratos y gastados, con los cordones sueltos, iguales a los que venden en una zapatería de la Plaza del Mercado de Río Piedras. Camina muy lentamente, anunciando sin ganas su mercancía, como si a esta hora de la tarde no le importara nada.

«Los sentimientos de culpa de la gente que escribe son conocidísimos, y en parte explican la obsesión de poner la pluma al servicio de “causas útiles”, para sentirse menos inservibles». Gabriel Zaid, *Los demasiados libros*.

Leo este libro en una repostería. Cerca de mí, tres cubanos hablan a gritos. El más joven, con un bastón fantasioso descansando entre sus piernas, dice que no vio una vaca hasta los diecisiete años.

La conversación inverosímil me distrae. Zaid trata el acto de leer desde el aprendizaje del deletreo hasta la comprensión de la estructura de todo un libro. «La persona no lee libros porque nunca aprendió a leerlos, porque nunca “les dio el golpe”, porque nunca les encontró el gusto, por lo cual nunca le gustaron». Pienso en estos hombres que hablan con vozarrones que pretenden realzar el valor de lo que dicen, en los empleados de la repostería, en los otros comensales. Soy el único en el local con un libro. A esta hora, ya entrada la mañana, ni siquiera alguien tiene un periódico. Al sentarme y sacar el volumen de la mochila, sentí una ligera y remota vergüenza. Era como hacer el ridículo en el patio de la escuela.

Con alivio compruebo que los cubanos se han levantado y van a pagar. Un puertorriqueño viejo, que permanece junto a la caja registradora en espera de un café, los ha escuchado e interpela al del bastón:

—¿Y cuando viste la vaca pensaste que era un canguro?

El hombre es enfermizamente flaco y tiene dentadura postiza. Al cubano no le ha gustado que se metan con sus cosas y contesta con un gesto incierto que intenta dejar zanjado el asunto. Pero el viejo, al que le acaban de traer el café, continúa con la burla:

—¿Dónde vivías tú? ¿En Nueva York?

En la elección geográfica y conceptual de sus preguntas, hay mucha historia y toda una visión limitada del mundo. Aparentemente, el cubano siente que debe establecer una diferencia.

—No —contesta—, en una ciudad en la que no había vacas.

La respuesta se dice con soberbia y sé que en ella repta una Habana que se concibe como mito de progreso y modernidad que la historia ha cegado.

Llego a la última página de un capítulo de *Los demasiados libros*: «Leer no es deletrear, ni arrastrarse sobre la superficie de un mural que no llega a verse de golpe. Más allá del alfabeto, del párrafo, del artículo breve que todavía se llega a ver como totalidad, hay analfabetismos funcionales del libro. La gran barrera a la difusión del libro está en las masas de privilegiados que fueron a la universidad y no aprendieron a leer un libro...»

Los cubanos parten por fin y la puerta está a punto de cerrarse cuando el viejo exclama:

—¡Imagínate, yo vivía frente a un matadero! ¡No habré visto a una vaca!

Es tremendo lo que pasa sin que nada pase. Aquí estoy, sentado ante un café, leyendo un libro, escribiendo en un cuaderno.

«La humanidad publica un libro cada medio minuto». Gabriel Zaid, *Los demasiados libros*.

Diego, que desde que trabaja en la banca, vive temporadas cada vez más largas en el extranjero, me va relegando como tantos otros

elementos de su pasado. He visto esto en muchos, pero no pensé que a él le ocurriría. Debe pensar que la oportunidad de partir del país le llegó demasiado tarde y la frustración que lo ahogó por años se manifiesta ahora por el desprecio. Tuvo demasiada sed, igual que yo, pero me fui mucho antes y llegó el momento en que supe que debía regresar sin saber verdaderamente a qué. No le juzgo, pero es la primera vez desde que nos conocemos, que algo se interpone entre nosotros. Y esto es una violencia, que en realidad nadie merece, que es la huella de una sociedad que ya apenas cuenta para él, pero de la que no puede desprenderse.

La mujer, joven y atractiva, anda con sus dos hijos. Viste con sencillez (mahones y blusa) y está muy maquillada. Compra meriendas para los tres, pero acaba comiéndolas ella, salvo por un par de bocados mordisqueados por el hijo mayor. Conversa con el dependiente de la repostería y con alguien que la llama a su teléfono celular, con una naturalidad demasiado teatral que acaba disgustando. Muchos dirían que parece extranjera y esto se interpretaría aquí como un elogio. Deja a los niños corretear, no les grita, hace todo a un ritmo lento, con tanta comodidad que casi resulta una afrenta. No le importa que la observen. Todos sabemos que es rica y que le da igual lo que pensemos.

Cuando se va, no puedo impedir acordarme de ella y sentir un malestar que viene de la noche de los tiempos y que es la huella de todas las humillaciones que no he podido nombrar nunca.

«Me dolía que en las calles de la ciudad en la que había pasado la mayor parte de mi vida no pasara nada. Era como cualquier otro lugar del mundo, la gente nacía, crecía, sufría, se enamoraba, sobrevivía, moría, toda la comedia y toda la tragedia, pero a la vez y a la larga, aquí nunca pasaba nada. Nada de lo que hiciera yo o gente como yo no crearía más que breves ondas en un estanque. A nuestro lugar en la historia, al esfuerzo de vivir y dejar una marca, una narración, le estaba vedada la existencia. Pretendíamos ser un país, pero en realidad, hasta muchos de los que estaban convencidos de esto, actuaban como si sólo fuéramos una parada de autobuses en la ruta de

un imperio. Apenas teníamos palabras, sólo gestos, acaso unas pocas maneras de destruirnos. Un comerciante podía estar en paz en cualquier sitio. El dinero servía para lo mismo en todas partes. Pero yo sólo tenía palabras que no serían escuchadas ni leídas; vocablos provenientes de una ciudad desconocida que apenas era real hasta para sus propios habitantes».

Es un párrafo de Máximo Noreña. Lo he leído tantas veces que casi lo he aprendido de memoria. Expresa la agonía de generaciones y su lectura me produce, irónicamente, una sensación de paz. Una paz desesperada, es cierto, pero paz al fin, como si tuviera la sospecha de que en la ciudad había pasado algo porque alguien había sido capaz de escribir ese párrafo.

«¿Hasta qué punto podemos construir una sociedad basada en la mentira y el olvido?»

Estaba, a la salida del edificio de la Facultad, escrito con tiza sobre el pavimento. No pensé que tuviera que ver conmigo. Parecía una consigna, una protesta dirigida a todos y a nadie. Los mensajes subsiguientes me harían cambiar prontamente de opinión.

Nunca había visto una afirmación pública escrita así, con tiza, con tal voluntad efímera. Las declaraciones políticas tendían a la agresividad de la pintada. La letra de molde era casi infantil y se inclinaba hacia la derecha. En ese momento la leí sin sospechar que pudiera tener algo que ver conmigo.

Pocos días más tarde encontré un papel pequeño y arrugado (apenas un cuarto de página de libreta) que alguien había pasado por debajo de la puerta de mi oficina.

«lunes 8:1?

Soy Lina, la muchacha rubita, blanquita, de pelo corto y ojos azules que escribió en la calle “¿Hasta qué punto podemos construir una sociedad basada en la mentira y el olvido?” Vine a buscarlo pero no quiero encontrarlo. Quiero que me lea. Vuelvo el miércoles a las 12:xx más o menos. Espero poder verlo sin que tengamos que conversar. Prefiero que me lea y leerlo a usted. Agradezco su atención y sinceridad.

Att.

Simone»

Recuerdo el comienzo de los años ochenta, cuando vivía en el viejo San Juan. En las noches veía cómo entraban los barcos a la bahía (cruceiros, grandes cargueros, yates) rodeados por un silencio irreal. Era nuevo para mí y resultaba maravilloso. Nunca, ni aquí ni en el extranjero, había vivido cerca de un puerto. La llegada de las naves intensificaba el sabor de la ciudad y comprobaba algo que era obvio pero a la vez extrañamente increíble: San Juan existía como destino, como punto de llegada para otros, para marinos y buques que imaginaba de todas las naciones.

Las sirenas aullando en la boca de la bahía fueron el sonido más consolador, que hasta entonces, había escuchado.

El día en que escribí esto, apareció en mi buzón de la universidad un sobre blanco sin cerrar. Dentro había dos papeles, escritos con una gran e irregular letra de molde. Parecía una cita sin identificar:

«Fiel a mis expectativas, he permanecido en Manchester hasta el día de hoy, continuó Feber. Hace veintidós años llegué, dijo, y con cada año que pasa un cambio de lugar parece menos concebible. Manchester ha tomado, para siempre, posesión de mí. No puedo partir, no quiero partir, no debo hacerlo. Aun las visitas a Londres, que me veo obligado a realizar una o dos veces al año me indisponen y oprimen. La espera en las estaciones, los mensajes comunicados por los altoparlantes, el estar sentado en el tren con el paisaje deslizándose por la ventana (que todavía es bastante desconocido para mí), las miradas de los pasajeros, constituyen una tortura. Por esto es que en muy raras ocasiones en mi vida he estado en algún sitio, salvo por supuesto en Manchester, y aun aquí puede ocurrir que no salga en semanas de la casa o del taller».

En Río Piedras dos mujeres hablan en la calle:

—Quiero estar más rubia.

—Pero es que tienes el pelo bien finito y el tinte te coge bien.

Sé lo que dicen, pero en realidad ¿qué dicen? ¿Cómo son posibles las palabras para lo que no quiero entender?

Soñé con un área del centro de la isla que no existe. Muy montañosa (con montes mucho más altos que los de la Cordillera Central) y grandes precipicios de roca sin vegetación. En algún lugar cae una cascada y luego hay una foto. En ella estoy muy flaco y con el pelo largo, con una partidura similar a la que tuve cuando entré a la universidad. Detrás de mí, está la compañera de ese momento sin tiempo. Una mujer flaca, extranjera (probablemente norteamericana) que me sonrío con enorme afecto. Algo sugiere que nos hemos conocido y enamorado en alguna actividad que la trajo al país. Sin embargo, pronto partirá y en el sueño queda el sabor de un par de cartas. La distancia no permite la continuación del idilio. Queda esa foto que sugiere la nostalgia de lo imposible, esos precipicios y montañas que de alguna forma están asociados a nosotros; la certeza cruel de los sueños, de que esta mujer que pierdo para siempre, ha sido parte de mi historia.

Pienso en las mujeres con las que tuve una relación, que en todos los casos, se encaminó al fracaso. En el fondo, estas uniones fueron siempre una negociación con constantes informes de pérdidas, transacciones agotadoras para construir lo precariamente habitable: compañía, sexo, conversaciones, una ternura blanda y caprichosa. Soporté lo que para mí fueron casi siempre su estrechez de miras: las obsesiones ridículas, los sueños de bodas y progenie, la búsqueda de un apartamento que no podríamos pagar en El Condado. En fin, fuimos siempre víctimas de la larga y lenta disolución de lo que nunca estuvo plenamente.

Luego, nuestros azarosos y espaciados encuentros en las calles, idóneos para la agresión con retirada asegurada, y mis estrategias de supervivencia: el estúpido deseo de vivir en cualquier hueco, las enormes ganas de fumar, la voluntad de perderme en una soledad que era a la vez una crisálida y un arma arrojada, mi inútil desaparición y mi inútil violencia.

He estado siempre como lo describo aquí: rodeado de fragmentos, de pedazos de cosas con que poblar las horas.

He aprendido a vivir entre el detrito, satisfecho de no estar satisfecho, suponiendo que estas circunstancias me unen a una multitud de hombres y mujeres que no intentaré conocer, pero con quienes siento una suerte de hermandad mucho más poderosa que la que he tenido con la mayor parte de mis relaciones. Así, sin la posibilidad de una justificación sensata, he vivido. La rutina lleva a cabo su obra y ya no me quedan argumentaciones. Intento explicar porque me quedan retazos de algo así como una vergüenza infantil, pero también ésta ha amainado su dominio. Explico ya sin causa. Libre.

A mi correo electrónico llegó este mensaje que parece estar compuesto exclusivamente por una cita:

«A la vista de las pequeñas poblaciones y minas solitarias, se topaba con los vestigios de su pasado que lo remitía a la totalidad del mundo... Para un hombre muerto, el mundo entero era un gran funeral».

La dirección electrónica del remitente era la de una improbable academia de belleza.

El mundo del futuro (¿del futuro?): la gente deambulando por las calles, las plazas, las autopistas, las etapas de la vida, *sin entender nada*.

Aquella vez en la que al llegar al aeropuerto de Nueva York me hice pasar por paraguayo, y le conté a la mujer con quien compartía el taxi (una estadounidense de más de cincuenta años, esposa de un abogado graduado de Columbia University) que había dado un viaje de muchas escalas por toda América del Sur. Decir que venía de Puerto Rico no era que me pareciera poco. Luchaba para que no me atribuyeran una de las pocas imágenes de que se disponía para mí. Mi humanidad no cabía en ellas y se rebelaba. ¿Pero por qué me hice pasar por paraguayo si para esa mujer esto era incluso menos ubicable, menos real? ¿Por qué resaltar la distancia, lo largo, complicado y espectral del viaje? ¿Qué le decía? ¿Por qué me apresuraba a interponer entre nosotros una lejanía que vedaba prácticamente todo?

Ha aparecido otro mensaje en mi correo electrónico: «Las luchas han llegado a ser casi incomunicables». ¿Será de Lina? ¿O de Simone? La oración forma una columna sólida en la que está repetida al menos cincuenta veces. Al final, luego de un espacio, dice: «Para ti. ¿Eres tú?»»

Era imposible saber cómo había conseguido mi dirección. Evidentemente, el juego estaba establecido. Estaba en la mira de un francotirador o francotiradora que quería entretenerse conmigo.

Debo admitir que me gusta que lleguen los mensajes. Ha pasado más de una semana desde el último. ¿Son textos originales o citas? Está además la fantasía de que su autora sea una mujer.

En la calle, me descubro cuidando las espaldas. No temo nada, pero pienso que puedo detectar los ojos que me espían.

Considero además, que estos mensajes que parecen llegar con la luz o el viento, seguramente sólo podrían ocurrir aquí, que son una forma que adquiere la vida en San Juan. Como esto, como estar escribiendo en esta mesa con un nudo de emociones que chocan contra el mar que nos separa de todo y de todos, hasta de los amigos, como Diego. Por alguna razón hemos optado por hablar sin mirarnos, sin saber a ciencia cierta quiénes somos, sin verdadero contacto. La rutina de la ciudad: la soledad transita por autopistas y recalca en gasolineras que abren veinticuatro horas.

Estoy en la repostería Iberia, en la avenida Ponce de León. Es sábado y comienza la tarde. No hay casi nadie. Una empleada pintada de rubio, con una voz increíblemente infantil, barre el salón. Lejos de mí, una pareja de ancianos habla en voz muy baja. El hombre es estadounidense y pidió con mucho acento dos cafés con leche. Instalado casi al nivel del techo, un televisor suena sin que nadie le preste atención.

Por la vidriera veo que llovizna como lo ha hecho durante los últimos dos días. La ciudad del sol terrible tiene también sus días interiores. Un sábado, el tráfico es ligero y fluye fácilmente. En frente hay un local que albergó una tienda de electrodomésticos a la que venía con mis padres, hace más de veinte años. Yo mismo compré allí una nevera para uno de mis primeros apartamentos. Recuerdo que en esta

repostería, hace más de una década, traté de comprar un sándwich, en una noche miserable, cuando la ciudad entera estaba de fiesta, porque tiraban los fuegos artificiales de la celebración del Quinto Centenario.

Aquí estoy, esperando el próximo mensaje, sabiendo ya que en ellos hallo algo que no tengo en mí y que deseo. ¿Quién es? ¿Quién soy, qué represento para ese ser? ¿Qué busca para pasar tanto trabajo?

Ayer, en el semáforo de la avenida Ponce de León, esquina Roosevelt, el adicto que veo a diario y al que no le he dado un centavo en muchos meses, tocó el cristal cerrado del automóvil y me mostró un sobre con mi nombre escrito en letra de molde. Abrí la ventana. «Es para usted. ¿Cómo se encuentra hoy?» «Bien, ¿y tú?» El tuteo es una convención reservada a la miseria y hubiera sido caricaturesco devolverle la formalidad. «Ya ve usted», contestó. «Hasta mañana», dije cuando volvió a andar el tráfico, como si estuviera convencido de que, en lo adelante, pasaba a formar parte del estrecho círculo de mis relaciones.

Logré abrir el sobre que tenía una gruesa capa de cinta adhesiva, a la vez que cambiaba velocidades y de carril, pero aun así no logré impedir que claxonaran mis compañeros de ruta. Giré en una calle de Hato Rey y fui en busca de un lugar donde aparcarme en el sector obrero que todavía existe allí, a una cuadra del fasto de la zona bancaria. Frente a un taller de mecánica, encontré una entrada en la que meterme a medias, y desdoblé el papel.

«Cuando le pregunté si recordaba despedirse de sus padres en el aeropuerto, contestó, luego de un momento de duda, que cuando recordaba esa mañana del mes de mayo en Oberrniesenfeld no le venían a la mente sus padres. No sabía ya lo que le dijo su madre o su padre la última vez que los vio, o lo que él les dijo, o si los había abrazado o no».

El mensaje era tan desolador como la frase en letra cruda que el dueño del taller, sin duda ex drogadicto convertido al cristianismo evangélico, había puesto en la entrada: «La droga mata». Ahora lo veía echándome un ojo desde el interior, inquieto por la presencia indecisa de mi carro, en la entrada de un local empapelado con las páginas centrales de mujeres en bikini de uno o dos meses de ediciones de

Primera Hora. Curiosa mezcla de Jesús el Cristo y la flor y nata de las tetas del país.

Di marcha atrás y regresé a la avenida. Traté de no pensar. Era preferible, por lo pronto, paladear simultáneamente el placer y la inquietud.

Hacía un par de años que un editor había publicado *Tres en uno*, un volumen que volvía a poner en circulación mis primeros libros. Me gustaban estos juegos. «Tres en uno» era la marca de un aceite que en la infancia utilizaba para lubricar la bicicleta. Mis libros, que habían sufrido el olvido y la ineptitud editorial, habían regresado al mundo de los vivos (o de los lectores) con un éxito relativo. Era una difusión por cuentagotas, pero sabía que normalmente, solía ser mucho peor. Había quedado impresionado, cuando el dependiente de una heladería de El Condado, en lugar de preguntarme por mi orden, inquirió por la trama de una novela y preparó el helado de vainilla describiendo con entusiasmo su lectura, o cuando una secretaria en una oficina médica que leyó mi nombre en un formulario, preguntó si era el escritor que se llamaba así y procedió a interrogarme hasta que las toses de los que esperaban la obligaron a dar por terminada su entrevista improvisada.

Estos encuentros literarios, que se repitieron en bastantes ocasiones, eran nuevos para mí. Me había acostumbrado a escribir para nadie, porque en mi caso el cliché de que se escribía para los amigos no correspondía. Éstos (con la excepción parcial de Diego, porque tampoco él había leído todo) y mis compañeras no se interesaban particularmente por mis escritos. Así que, con los años, y sin hacer metáforas, me había resignado a escribir para nadie o más bien para mi mano: para darle una función a ella y a la vida. Probablemente no desistí, porque en los últimos años del colegio y luego en la universidad, ésta fue la identidad que me quise dar; porque preferí las fotos de las contraportadas de los libros a los pósters de artistas o atletas; porque, en el fondo, pese a la magnitud del esfuerzo y la ingrata indiferencia, nada, ni siquiera una mujer, representaba lo que para mí era un libro.

Era natural, pues, que supusiera que el misterioso escritor de los mensajes, partiera de una lectura entusiasta de mi trabajo. Algo tenía

que haberlo motivado a buscarme, porque los papeles recibidos o las frases escritas en tiza o enviadas por correo electrónico, eran, además de un intento de seducción, la prueba de una pasión literaria.

Llamó Julia. Mientras conversábamos pensé que podía ser ella la que enviaba los mensajes. Habíamos sido una pareja. Conocía mis gustos, mi lugar de trabajo. Me distraje considerando esta posibilidad. «¿Estás ahí? ¿Me estás escuchando?» En las preguntas ya estaba su molestia. Su mal humor me convenció que no podía ser ella. Casi violentamente quería que la escuchara, quería que la quisiera y, a la vez, estaba seguro de que los dos, en otras circunstancias, hubiéramos preferido no estar hablando en ese momento ni habernos conocido nunca. Además, no poseía la paciencia ni la sutileza de los mensajes. No, no podía ser Julia. O mejor, pensé, no debía ser ella.

Me gusta escribir al dorso de los papeles que me entregan en la calle. Mis anotaciones se hacen en hojas de propaganda y también en recibos y facturas. Ahora, por ejemplo, escribo en la parte de atrás del anuncio de una compañía que sella techos y provee servicios afines. Antes he leído el mensaje del negocio, que como tantos aquí, lleva un pomposo nombre en inglés, bajo el cual quedan consignados sus servicios en el español de todos los días.

Escribo en cualquier sitio. La tinta corre maravillosamente sobre el papel barato.

«El Centro de Excelencia Académica invita al “Taller sobre la coma” y al “Taller sobre pronombres y adverbios; preposiciones y conjunciones”. Estos dos talleres estarán a cargo de los profesores residentes en Competencias Lingüísticas en el Vernáculo y son requisitos para el Instituto sobre Redacción en el Vernáculo».

¿Cabe añadir algo en el vernáculo?

De la manera desconcertante que ya va siendo habitual, dos días después de escribir la última nota (fue el sábado, hoy es lunes), encontré en el buzón de mi casa, un sobre de la Bienal de San Juan del Grabado Latinoamericano y del Caribe, como dice su interminable apelativo en el remitente. Era una invitación a participar en la

Undécima Bienal Internacional de Taipéi de Grabado y Dibujo. La carta era genérica y se había fotocopiado para enviarla a los que formarían una larga lista de direcciones. Este hecho, de por sí algo sorprendente, pues no había recibido nada semejante en mucho tiempo, llegaba al límite de lo comprensible cuando descubrí, reflejado en el cristal de la mesa de la sala, que el dorso de la carta tenía la caligrafía ya acostumbrada: la aparentemente torpe letra de molde de trazo grueso que se inclinaba hacia el extremo inferior derecho del papel. El mensaje no había sido fotocopiado como la carta, sino que había sido escrito directamente y parecía estar compuesto por dos citas.

«No me gustan nada las personas campechanas. Si de ellas dependiera, la literatura ya habría desaparecido de la faz de la tierra».

«Odio a esa gran parte de la humanidad “normal” que día a día destruye mi mundo. Odio a la gente que es de una gran bondad porque nadie les ha dado la oportunidad de saber lo que es el mal y entonces elegir libremente el bien; siempre me ha parecido que este tipo de gente bondadosa son gente de una maldad extraordinaria en potencia».

Decir que el arribo de los mensajes me asombraba constituye ya, a estas alturas, una expresión hueca. Lo cierto era que quienquiera me escribía poseía un don especial para dar en el clavo. Las dos citas me hubieran interesado en cualquier circunstancia, en un libro, la prensa o en una conferencia. En ellas creía ver, simultáneamente, claves de la historia del otro (u otra) que me escribía y de la mía. Ése, escogía sus textos (¿escritos por él o apropiados?, no estaba seguro) vislumbrando que serían objetos de una pasión común (¿y acaso también de una estrategia de supervivencia compartida?) Quizá fuera excesivo afirmar que me encontraba en ellos, pero era indudable que daban lo suficiente en el blanco, como para que su sucesión se estuviera convirtiendo en una especie de cadena fabulosa, cuya magia estaba precisamente en que trascendía la noción habitual de la escritura y lectura de un texto. Me comprometía con esa «historia» que no podía dejar de leer hasta hallar su última palabra o, lo que resultaba desconcertante y excitante en este caso, hasta dar con su autor.

¿Quién era mi perseguidor? ¿Cómo pudo saber dónde resido, conocer

mis hábitos, mi identidad, mi consciencia y hasta lo que reptaba en mis sueños? Las preguntas eran en realidad tremendas, pero pasaban a un segundo plano, porque la riqueza de los mensajes y el deseo de recibir nuevas entregas se anteponian a la alarma.

Veo que un hombre saca una trompeta en el vestíbulo del Hospital del Maestro. Estoy en la acera contraria de la avenida y lo observo por la vidriera. Junto a él hay un anciano. La luz fría hace que el instrumento se vea extraordinariamente dorado. Su estuche está muy maltratado, con las esquinas rotas y despintadas. ¿Qué hay aquí? ¿Una trompeta en un hospital en una noche de San Juan? ¿Qué historia contiene esta visión?

D'Style. Novias y Novios. Los anuncios de los negocios con su fabuloso y tantas veces patético mensaje. Ese larguísimo texto urbano, constituye una especie de sustituto del diálogo o de la descripción, una cartografía de las palabras de tantos seres anónimos, puestas en rectángulos de plástico o convertidas en estructuras de neón. Por ellos habla el deseo, pero también el aburrimiento y la mentira. Son oraciones en la novela de la ciudad.

Ayer acompañé a Julia y su hijo Javier al cine. (Julia, esa crónica inconclusa sin otra explicación que la desgana y el tedio. Nos separamos hace tres años, pero todavía nos vemos de tarde en tarde con, a veces, paso por la cama incluido, por pura soledad, por absoluto autoengaño.) Fuimos a ver, en una de las salas de Río Hondo, una película infantil. Sabía al momento de aceptar a lo que me exponía y no tenía sino las más bajas expectativas con respecto a lo que podía contener y producir esa tarde.

En el momento en que terminaban los cortos, se sentó en la fila trasera, en una sala vacía a esa hora, un matrimonio con dos niños. Supongo que la conducta de mucha gente en un cine copia las horas pasadas diariamente ante los televisores y, debido a ello, suponen que es lícito hablar en voz alta, ponerse de pie, dejar que sus hijos toquen el cuello a los vecinos, pateen las butacas y corran por los pasillos. Estuve a punto de pedirle a Julia que cambiáramos de lugar, pero a la

larga pensé que daba igual, porque era imposible alejarse de un comportamiento que desconocía los límites.

En la pantalla, un canguro escapaba con una chaqueta y un fajo de billetes que le pertenecían a un mafioso de caricatura (ésta era la exquisitez a la que nos sometíamos mediante pago) y la acción tenía la nefasta característica de ser a la vez irreal y previsible, pero para nuestros vecinos de la fila posterior, la película se había convertido en un thriller. Hubiera sido necesario explicarles que no veían un documental, que el canguro no había sido amaestrado como pensaban, que todo lo que veían había sido diseñado en una computadora y, por tanto, resultaba ocioso preguntarse cómo podía saltar tan alto.

Aunque fuera una exageración o un pensamiento a medio hacer, estaba convencido que su ingenuidad impactaba negativamente mi vida. A su manera, eran una agresión. Sabía que gente de este tipo existía en cualquier sociedad, pero en ésta prácticamente todo parecía dispuesto para ellos; para que no se percataran de su infantilismo, ineptitud y miseria. El gobierno existía para que ellos pudieran pasar por las etapas de la vida sin conocer su minusvalía. Los comerciantes diseñaban sus ofertas para ellos; por esto casi nadie exigía nada y por todas partes se loaban dos o tres ideas: la familia, la ilusión de la democracia, el éxito consumista. A través de su existencia se construía mi exclusión.

Me llamaron la atención los nombres de los niños que no paraban de molestar a Javier. El mayor se llamaba Ostec o Usbec, en fin algo que sonaba a bistec o algo extraterrestre. El otro había sido bautizado con un nombre sacado con toda probabilidad de una telenovela. Se llamaba Jonathan Louis.

Sabía que en el fondo no me eran indiferentes. Sólo tenía que imaginar lo que significaba nacer y crecer en una urbanización de Bayamón, ser llamado por esos nombres, pasar años entre el Canton Mall y Plaza Río Hondo, militar en el partido político que permitiera el mayor auto odio disfrazado de progreso y esperanza, ser un vendedor de productos que prometen grandes músculos o lustrosas carrocerías y asistir los domingos a la iglesia de todas las respuestas y la música sabrosa. Era en definitiva tan de este lugar como ellos. Eran, a pesar de las apariencias, mis compatriotas.

Salí del cine con la sensación que he tenido tantas veces: con ese dolor que nunca se va y que ya casi ni se siente. Pero que está ahí siempre. Julia y yo tratamos de ponerlo en palabras pero casi en seguida desistimos. Entre la familia del cine y la carretera número 2, por la que enfilamos en breves minutos, había una solución de continuidad. Era lo mismo. Era otra parte del desierto. Nada las distinguía. Sólo era más arena.

«Mira de esas cajas grandes dame acá dos». «Te lo voy a decir, aquí está el papel de ella». «No te pongas a estar cambiando». «La oración llega porque esa guerra ha disminuido». «Estás haciendo tapón». «El problema es la cartera». «Espérate que estoy virando». «No es barato. Es caro. Le llevé varios *biscotti*». «Ella quiere una con *mushrooms*».

Esto es lo que escucho y anoto en la calle. Tras las palabras queda el enigma. Pero todo sabe a plástico, a sol, a baterías doble A de un aparato hecho en China. La única salida sería tener dinero para poder encerrarse o viajar, para recuperarse viendo y escuchando otras cosas. Éste es el único verdadero privilegio aquí. La riqueza permite imaginar que no se tiene nada que ver con esto.

Di vueltas en el carro, porque no quería dejar de escuchar un programa de Radio Universidad sobre un novelista cubano y esquizofrénico, que se exiló en Miami y terminó suicidándose en la última década del siglo xx. Su nombre (Wilson, William, no estoy seguro) no me dijo nada. El crítico al que entrevistaban recordó que destruyó casi toda su obra. Me quedó grabado un párrafo que leyeron de una novela. Contaba la llegada del protagonista procedente de Cuba al aeropuerto de Miami y la reacción de sus familiares al verlo. Decía que esperaban a un hombre en la flor de la edad, a un comerciante, a un futuro esposo, padre y miembro destacado de la comunidad del exilio y, sin embargo, se topaban con un hombre prematuramente envejecido, sin dientes, que miraba a todos con recelo, que tuvo que ser internado el mismo día de su llegada en un hospital psiquiátrico.

Cuando terminó la lectura, quedé sobrecogido. Era uno de esos textos que daban con el Caribe. Comprobaba el poder de lo fragmentario, lo que era posible decir más allá de las fanfarrias. Esa tarde descubría

espontáneamente, un texto del calibre de los que me enviaban. Merecía que me lo destinara a mí mismo o, si tuviera su misma audacia, que se lo enviara a quien me perseguía.

Lo he visto en muchas ocasiones en el pequeño centro comercial donde hay una repostería. Cerca están algunas de las urbanizaciones más ricas del área metropolitana, en una de las cuales vivirá todavía en la casa familiar, probablemente en el cuarto que ha tenido desde la infancia. A pesar de sus estudios, o por lo menos de sus intentos en ese renglón, nunca logró trabajar ni tener una vida independiente. Así, le han llegado la calvicie, la barriga, los cuarenta años. Anda solo, hoy bien vestido, otras veces con pantalones cortos y chancletas, exhibiendo una dejadez poco común en su medio. Pasa por aquí a las horas más intempestivas, muestra patente de que no tiene oficio ni nada que hacer y es mantenido y está roto. He visto cómo los dependientes de la repostería se burlan de él, pensando probablemente que existe una injusticia fundamental en tal desperdicio de privilegios. El hombre simula no darse cuenta del desdén que puede cortarse con la mano y sigue su camino.

Acabo de ver estacionarse un carro del mismo color y modelo que el mío. Por un segundo, pensé que me veía llegar. Lo hice con tal naturalidad, como si verdaderamente fuera posible, como si no hubiera nada demencial en esta percepción.

Observo las torres de alumbrado del parque en el que jugué pelota cuando era niño. Llegué incluso a ver cómo lo construían. Fue hace más de treinta años. Las torres son las mismas que impacté con el mejor batazo de mi carrera. La bola se extravió en un pedazo de pastizal cenagoso, que era lo que quedaba de lo que debió ser el área hasta que fuera urbanizada en los años cuarenta o cincuenta del siglo XX.

Son las mismas torres, algunos de los mismos árboles, el mismo pedazo de hábitat primigenio, la misma consciencia. La eternidad no debe ser mucho más.

He recordado las ocasiones en que he visitado el centro comercial Santa Rosa en Bayamón. En mi memoria siempre es pleno verano, bajo un sol y sobre un cemento inclemente que se combinan para crear la imagen de la desolación. Adentro, el corto y oscuro pasillo, con tiendas a cada lado, la atmósfera densa en la cual el aire acondicionado apenas se siente.

Cuando mi padre estaba próximo a morir, compré allí unos zapatos como los que él usaba. Apenas había domado el cuero, cuando falleció. Las suelas no eran de goma y resbalaban mucho. Caminé así, en las semanas que siguieron a su muerte, con los zapatos que habrían podido pertenecerle, a punto de caer en cualquier momento.

El niño estaba sentado en un banco de cemento, frente a la entrada de un edificio de oficinas. Vendría de la escuela, la mochila con libros estaba frente a él y estaría esperando a que lo vinieran a buscar. Acaso once o doce años, un poco pequeño para la edad, mal peinado, con una pulsera plateada en la muñeca derecha, demasiado grande para él, demasiado incongruente en un niño. Tomaba un café a unos pasos de él, frente al mostrador de una mínima cafetería. Su mirada estaba fija en algún lugar que era a la vez el piso inmediato y algo remoto. Tuve la certeza que así debí de ser, que esa mezcla de fragilidad y frescura fue la cara que alguna vez tuve para el mundo. Sabía pues lo que viviría más tarde, lo que esa mirada perdida sospechaba ya: la incomprensión de los deseos y la violencia de los demás; el enigma de ver a tantos tan seguros de sí, dispuestos a tragarse el mundo para luego disolverse en un adulto gris con diversas dosis de remordimiento e ignorancia. Sabía que eso era lo que le esperaba. Su mirada parecía presentirlo esa tarde. Sentí el impulso de impedir el sufrimiento de ese niño, pero lo único que hice fue acabar el café e irme.

Se me ocurrió algo, que al menos momentáneamente, ha despertado mi entusiasmo: debo reciprocarme los mensajes. Ése o ésa que me asedia conoce mi rutina y circunstancias. Tengo solamente que dejarle un sobre o un papel pegado en el trabajo o en cualquier otro lugar por el que sabe que circulo. Pensé que podía poner por escrito lo que recordaba del novelista cubano. No perdía nada al complicar el juego,

al hacerlo mío también. Debo escribir el texto. Cuando lo tenga, ya veré si lo hago.

Hoy en el estacionamiento de la universidad, frente a mi carro, encontré escrito con tizas de colores en el pavimento: «Hoy estoy vencido, como si supiera la verdad». Ciertamente hay que tener dedicación, tiempo libre y arrojo, pues le tiene que haber pasado por la cabeza a mi perseguidor, que podía descubrirlo. Fui a la caseta del guardia y le pregunté si había visto a alguien escribiendo en el suelo. Tuve que repetir la pregunta y explicar hasta que se produjo en mí una sensación de ridículo. Y nadie disfruta que lo tomen por imbécil o loco.

Al regresar al auto, encontré un papel amarillo pillado bajo el limpiaparabrisas. Apenas unos minutos antes, cuando leí el mensaje en el suelo, no había nada sobre el cristal. Fingí falta de interés en la hoja doblada, pero no levanté la vista, porque no quería encontrar los ojos del autor de los mensajes. No estaba preparado en ese momento. Estaba, en realidad, atascado entre la furia y el espanto.

Salí del estacionamiento lo más rápido que pude. No sabía si mi aparente desinterés lo decepcionaría. Era de esperarse que estuviera espiándome y el saberlo tan cerca me resultaba inaguantable. Pensé que se esperaba una señal de mí y que desperdiciaba la oportunidad de darla. Los mensajes, la entrega y habilidad con que se hacían, comenzaban a sentirse como una seducción y no sabía qué hacer con ella.

Di un rodeo antes de llegar a casa. Estúpidamente, con una mezcla de placer y terror imaginaba que me seguían. ¿Para qué o por qué? Era imposible saberlo.

Al entrar y cerrar la puerta, me di cuenta que no había desdoblado la hoja amarilla. Contenía la caligrafía habitual, la tosca pero cuidadosamente dibujada letra de imprenta, yéndose en pendiente hacia el margen derecho.

«Decía Walter Benjamin que en nuestro tiempo la única obra realmente dotada de sentido –de sentido crítico también– debería de ser un collage de citas, fragmentos, ecos de otras obras».

Deambulé entre la cocina y los cuartos, en la oscuridad, sin hacer ruido, esforzándome por no dar una señal que delatara mi presencia.

Fui varias veces a la esquina de la ventana desde donde podía mirar oculto por las cortinas. Era la calle de siempre, los mismos vecinos con los que apenas intercambiaba un saludo, el ladrido habitual de los perros, los simétricamente espaciados conos de luz del alumbrado.

Hoy, en una calle de Río Piedras, se acercaba a mí por la acera un hombre vestido con una camiseta. Cuando estuvo cerca me fijé en la fecha escrita en la tela: 23 de septiembre de 1977. La camiseta anunciaba un evento de hace un cuarto de siglo. Enseguida, recordé la anécdota que alguna vez le había escuchado a Diego. Conoció a un militante del Partido Socialista, que luego de una actividad a la que había acudido poco público, se apropió de unas cajas de camisetas que ya no venderían. Las usó durante años, con total indiferencia, con una austeridad demente.

Acababa de cruzarme con ese hombre, que ya no era joven, que probablemente había recorrido las calles de la ciudad durante décadas, llevando en el pecho los vestigios de un mundo desaparecido.

Me invitaron al congreso titulado *El derecho al pataleo*. Siempre me ha sorprendido el simulado populismo con el que se nombra a muchas actividades intelectuales, como si se estuviera haciendo un compromiso o, peor aún, se sintiera embarazo de que para la inmensa mayoría este tipo de labor resulte innecesaria e incomprensible. Supongo que así se pretende reducir las distancias y mostrar que, pese a las apariencias, los deponentes son como cualquier hijo de vecino. No obstante, los que asisten a estas reuniones están lejos de ser gente común y corriente y en ellas nunca me he topado con los habitantes de mi calle.

Me cuesta asistir a estos eventos. Prefiero leer un texto a tener que escucharlo y, además, pocas veces me topo con una ponencia que verdaderamente resulte iluminadora. Esta vez estuve presente desde la inauguración del evento y asistí durante horas, en espera de mi turno, a una cadena de despedidas de duelo.

Hubo de todo, desde la lectura de textos bastante apreciables, a la recitación de otros que se hacían insoportables por el empeño de sus autores en citar sin medida a una media docena de luminarias

internacionales, cuyas apariciones en los textos se hacían inquietantemente previsibles. Imaginé el estupor de esas figuras en caso que hallaran, en escritos de investigadores de los cinco continentes, fragmentos de sus obras apuntalando los asuntos y las conclusiones más inverosímiles.

El llamado reiterado a su autoridad resultaba sospechoso cuando no era simplemente un tic nervioso. Así una antropóloga de legítimo acento cubano y cuestionable color de pelo, mostraba una comprensión extrañamente diáfana del seminario de Lacan sobre la psicosis, usándolo de manera prolija y turbadora para coser su comentario del centenario de la Universidad de Puerto Rico. Estaba, además, el caso de la aterradora socióloga Carmen Lindo, que en vez de decir Derrida, como se pronuncia en francés, con acento en la última sílaba, hizo alusión al filósofo tres o cuatro docenas de veces en quince páginas tupidas e intransitables, con acento en la primera y una solitaria erre: *Dérida*. Para colmo *Dérida* era citado en traducción inglesa y, para beneficio del público, dado a continuación en una espontánea versión castellana que sufrió demasiado del ensayo y el error.

Caso curioso fue el del historiador-abogado, que luego de decir que no quería pecar de futurólogo, nos describió en detalle, en una media hora fuera del tiempo y de la cordura, el siglo que comenzaba, con la certidumbre de que sería la centuria de la solidaridad. Destacable también fue la segunda intervención de la profesora Lindo que cada vez (y eran muchas) que citaba a sus fuentes y encontraba que habían escrito «hombre» para referirse a la humanidad, les brindaba su apoyo generoso apostillando «y yo añadiría mujer», creando así espontáneos y desautorizados textos en colaboración, que si bien no añadían mucho, al menos presentaban algún riesgo y decir propios, si bien previsibles y obsesivos.

Así pasé el día, soñando con las pausas del café, incrédulo al comprobar que alguien era capaz de hermanar en la misma frase a Deleuze con Gabriela Mistral, así, sin más, sin preaviso ni nota al pie de página, enlazados por una conjunción que a la vez sumaba y desfiguraba. Prescindí de las despedidas, cuando partí antes del final, al escuchar a la pródiga citadora de *Dérida* prologar su comentario de

la última mesa, previniéndonos que «sólo tenía nueve cositas que decir». En fin, un día de calvario que habría de consignar bajo la rúbrica «Asistencia a Congresos» con la esperanza de que sirviera de algo a la hora aciaga en que se renovaban los contratos en la universidad.

Diego se ha vuelto a ir de viaje. Vino a entregarme las llaves de su casa. Tiene una cuadrilla de obreros reformándole la cocina y los cuartos y quiere que esté al tanto de ellos. Cada vez pasa menos tiempo en San Juan, últimamente periodos de no más de tres o cuatro días y es muy posible que el banco en el que trabaja lo envíe por un periodo prolongado a alguna capital de Sudamérica. No sé para qué invierte dinero en una casa que no vivirá. Extraño al amigo que siento cada vez más lejos, al que veo desvinculándose del mundo que fue nuestro por tantos años.

Es sábado y ha caído la noche. He venido a su casa a comprobar el estado de las obras. Dudo que los obreros hayan trabajado esta tarde, pues nada delata su presencia inmediata. Todo está cubierto por una capa de polvo de cemento y en parte de la casa no hay electricidad. Me senté en el piso de la cocina, cerca de la lámpara que antes estaba en la sala y que ahora anda tirada por allí, junto a un colchón que descansa incongruentemente contra la nevera.

No es mi casa, pero he venido aquí durante años. La construcción ha disminuido su familiaridad, pero sigue siendo parte de mi pasado. No obstante, en el silencio de esta noche, en esta casa abandonada y sucia, me siento ansioso. Hay algo inquietante y clandestino en estar aquí. El venir a esta residencia, que por la construcción parecería estar en ruinas, a escribir bajo esta luz única, escuchando el ruido del viento, el distante rumor de los vecinos, me causa zozobra y sé que esta emoción no tiene nada que ver con el hecho de hacerle un favor a Diego. He venido aquí para no estar en casa ni en un local a la vista de todos. Nadie puede imaginarme aquí. Estoy escondido. Aquí no llegarán mensajes.

Fui al baño y en una pila de libros encontré el diario de Virginia Woolf. No debe pertenecerle a Diego. Formará parte de las cosas olvidadas por alguna de sus mujeres. Lo he abierto al azar y he leído el

comienzo de un párrafo. Lo he copiado en la libreta, imitando lo mejor que he podido la letra de molde que me persigue desde hace semanas:

«Debo anotar los síntomas de la enfermedad para conocerla en la próxima ocasión».

En un rato me iré. Arrancaré el papel del cuaderno, lo doblaré y, al llegar a casa, lo meteré en el sobre marrón que recibí hace unos días y lo pondré bajo el limpiaparabrisas, donde estaciono habitualmente mi carro.

En mi cuaderno, la frase ya no significa lo mismo que en el diario de Woolf y afirmará algo aún más lejano del original cuando esté en el sobre a la espera de la mano misteriosa.

Unas palabras extraídas de un diario, se convierten ahora en el comienzo de un diálogo. No se me escapa la ironía.

Ahora provisto de un andador, en una cafetería del viejo San Juan, hace fila el anciano que hace veinte años pasaba las noches en el Burger King de la Calle San Francisco, junto a un estadounidense de cabeza rapada, que se sentaba en la misma mesa a leer la Biblia. ¿Cuántos años en en esta ciudad viendo cómo las historias de otros sirven para hilvanar la mía?

He puesto la cita de Woolf dentro del último sobre que me enviaron y lo he pillado sobre el cristal del auto. No puedo evitar la angustia y cierta sensación de ridículo. La carnada está puesta. Estoy consciente de que con este acto asumo una posición nueva en el juego; que con él reconozco lo que ha venido pasando, que con este paso es posible que nada sea como antes.

Escribir fragmentos, escribir notas en una libreta al vuelo de los días, es lo que más se acerca a una escritura que no sabe que miente. Luego, cuando se reelabora, se crean los subterfugios y establecen las maneras de no decir o de no decir del todo. Pero aquí, en esta libreta negra, todavía no sé lo que no me permitiría confesar. No importa si lo que digo es cierto. Ni siquiera hace falta saberlo. No sé lo que pasará mañana. No sé lo que escribiré después. Tengo toda la escritura por delante.

Mi mensaje no obtuvo respuesta. He sido un iluso. Pensé que lo verían de inmediato. Quizá sea correcto afirmar que me siguen, pero nadie estará detrás de mí las veinticuatro horas. Acabé por quitar el sobre del parabrisas y en un último acto de necedad lo pegué en la tapa del buzón. Allí los destruyeron los aguaceros de la tarde.

Fui a reunirme con un colega en la Universidad del Sagrado Corazón. Al caminar por un pasillo, junto a los salones de clase, vi un letrero grande pegado en una pizarra: «Se breve. Quiero compartir». Dado el lugar en el que se encontraba, era un llamado a una superficialidad pretendidamente democrática y la consigna militante de aquéllos que son incapaces de escuchar y entender, pero que reclaman participación. No obstante, por lo que me ha venido ocurriendo, parecía estarme dirigido. En torno mío ahora encontraba mensajes, aun si no me eran destinados. ¿No sería esa absurda sugerencia de un aula universitaria lo que quería comunicarle a mi perseguidor? ¿No habría estado tratando de coartarlo, de ponerle un límite, de hacerlo callar, de sustituir su voz (que comenzaba a resultarme excesiva) por la mía? ¿No era esto lo que había intentado al poner un sobre sobre el parabrisas de mi auto?

—¡Dímelo pai!

—Un café y tostadas —dije.

—Dos cafés pero que estén bien Yaucono —ordenó el hombre que estaba de pie a mi lado y que, al sustituir el nombre de la bebida por el de su marca, parecía estar haciendo un anuncio comercial. Se llamaba Frank y le estaba cayendo a la dependiente, una mujer de mediana edad francamente horrorosa.

Veo una pareja salir de la repostería.

—Tengo algo que hacer —dice el muchacho con indiferencia, tendrá veinte años y muchas ganas de irse.

—¡Dame un *fucking* beso! —dice la muchacha que lo agarra y fuerza el abrazo.

Más tarde, en otra repostería, descubro que la dependiente, falsa rubia criolla, se llama Amadora. Tengo que esperar para ordenar,

porque un cliente y ella tratan de resolver el enigma de por qué un cortadito sabe mal.

—Es que batí la leche —dice Amadora, sin que nadie piense que se ha aclarado el asunto. Aun así me arriesgo a otro café con leche.

Unos minutos más tarde el hombre mayor, probablemente jubilado, que hablaba con Amadora, y que ahora veo por la vidriera, abre la puerta de su carro y vomita. Solamente dos arqueadas, un vómito muy líquido que queda sobre el pavimento como una mancha de agua.

Otro día, por la tarde, en la Cafetería Mallorca del viejo San Juan, pido una taza de café con leche, hecha en la viejísima cafetera del local. Observo al dependiente preparándolo. Vierte la leche de un recipiente de metal abollado cuya marca está escrita en una pequeña placa negra: *Colony Economy*.

Se me ha ido la vida en esta *Colony Economy*, repitiendo el gesto del café como si con ello pudiera poner un dique a una historia que me rebasa y determina. ¿Qué queda de los hombres y mujeres del país, sino el paso del café y de la leche por alguno de los tubos de acero, por alguna de las manijas de plástico por las que se vierten los cafés de los siglos de esta isla?

En una librería encuentro un libro que es una muestra antológica del desvarío que provoca la pequeñez. Conocí a su autor, buscón superviviente de múltiples catástrofes económicas, y sé a qué extremos es capaz de llegar. El texto es a tal punto una caricatura, que estoy tentado a comprarlo. Opto, sin embargo, por copiar unas oraciones de *San Sebastián de las Vegas del Pepino. La formación de la etnia cultural pepiniana, Breves ensayos reflexivos* (¿Existen ensayos de tipo irreflexivo?) La nota de contraportada orienta sobre libro y autor: «Juan Valcárcel del Pino escritor pepiniano que propone una terminología muy suya con reconocimiento desde el terreno de las ideas, la sociología y la apercepción popular de la cultura para comprobar que la pepinianidad existe como fenómeno sicológico-espiritual y se concretiza como fundamento filosófico. Esta obra le confiere a la pepinianidad un rango objetivo, físico y trascendente al mismo tiempo. Invita a todos los pepinianos a trascender en el aprecio

y apoyo del patrimonio físico, social, cultural y espiritual de San Sebastián del Pepino».

Más adelante se informa al lector que es «un análisis de cómo los pepinianos debemos percibir con trascendencia a la luz de los procesos y los valores que le dieron origen y mantienen vigente a El Pepino Colectivo».

Mención aparte merecen también un par de títulos de capítulos: «I. Estado original del futuro Pepino» y «X. El Pepianismo. El Pepinofilia y El Pepinófilo».

Supongo que la alcaldía del pueblo del oeste habrá costado la edición. Supongo también, que se entiende que así se realiza una obra cultural. Está claro también, que el libro fue escrito para que nadie lo lea, para que tan solo exista.

Tantos años en las mismas calles. Se me ocurre que es aquí que he pensado las grandes preguntas de la vida, en tardes que parecían siempre veraniegas, intragables de calor y aburrimiento, en la avenida Ponce de León esquina Domenech, frente al edificio de la Asociación de Empleados del ELA o atravesando la calle Andalucía sin el beneficio de sombra alguna o por las casas bajas y claustrofóbicas de Caparra Terrace. Estas preguntas surgen siempre en sitios improbables. Sin embargo, hay interrogantes que nunca debieron hacerse bajo este sol o cruzando este desierto de cemento. Estas preguntas me han hecho sentir esta ciudad como ninguna otra en el mundo, como acaso debe ser, para acceder al conocimiento y al asco.

Me topo con un grupo de jóvenes que vienen de la playa.

—Lo tenías parao —dice la muchacha de doce o trece años.

—¿Yo? —contesta el muchacho.

—¡Ahora no! Hace un rato. Lo tenías parao.

—¿Yo? —la reiteración de la respuesta es débil y muestra que la muchacha tenía razón.

—A mí no me importa. Yo lo digo como es. Te digo que lo tenías parao.

—Hola. —Levanté la vista de la libreta en que estaba escribiendo. Era una muchacha oriental que me alargaba la mano y pronunciaba rápida e incomprensiblemente su nombre.

—Mucho gusto —dije soltando la pluma y apresurándome a tomársela.

—Me gusta lo que hace.

—Gracias. Quieres sentarte.

—No puedo. Hasta luego.

Volvió a darme la mano. El pelo negro y lacio cayó ocultando la cara. La observé de espaldas, yéndose del *Starbucks* que queda junto a la librería en San Patricio Plaza. No era fea.

Ha llegado un nuevo mensaje de la manera más banal, por correo. Debo confesar que lo esperaba con impaciencia y que especulaba con formas menos convencionales. Tiene dos partes. Hay primero el nombre de un autor que no conozco, seguido como en una bibliografía, de los textos que ha escrito. Los títulos son ridículos y, a la vez, tristemente posibles. Todo está escrito a máquina o con una fuente de computadora que imita la letra de las máquinas de escribir y seguramente es un pedazo arrancado a un documento que ha sido posteriormente fotocopiado. Luego, en la parte inferior con la letra de molde habitual, hay una frase que también en esta ocasión parece ser una cita.

«Vicente Molina Ruiz, “Siete columnas de la educación”,

“Fundamentos de la libertad”,

“ABC del pensamiento crítico”,

“Grandes puertorriqueños para la historia”,

Sabía que sólo la transposición nos asegura la verdad».

La luz, la impresión de una mañana que deja San Juan cuando se ha tenido que estar en un edificio de oficinas el tiempo suficiente para darse cuenta de la dinámica de entradas y salidas de la gente, la ruta del carrito de café o los cambios de temperatura del acondicionador de aire. La sensación (subjetivísima, pero acaso compartida) de sentirse tan cerca física y conceptualmente de un puesto repleto de revistas en español que leerán miles, acaso cientos de miles de seres en el Caribe,

Centroamérica y el resto de América Latina. Mensuarios que no compro ni leo, pero que me hacen sentir que pertenezco a este mundo. La sensación comienza con la luz amarilla, con los rayos del sol que crean columnas de polvo hacia el cielo y cortan la mañana, en el mismo centro de un embotellamiento, entre gases tóxicos y claxonazos, en esta mañana que es la misma desde que puedo acordarme.

¿Cuántos años cruzando Río Piedras entre la plaza del mercado y las librerías? Hoy me fijo en la calle Monseñor Torres que nace a la entrada de la plaza, más allá de los vendedores de lotería y los quincalleros que erigen sus tiendas cada mañana, en el hormiguero de tamaño humano (por eso su crudeza, su extraordinaria carga de realidad) que es Río Piedras. En la corta calle Monseñor Torres los mendigos se gritan de esquina a esquina y de una tienda de discos sale a todo volumen una canción de La India. Pareciera, a pesar del caos, que todo estuviera en su sitio: la cantidad de hombres sin piernas en sus sillas de ruedas, los anuncios de *Miss Millenium Model*, la decoración neopsicodélica de la Cafetería Los Amigos, la fila de timbales en la vidriera de Casa Isern, el reloj de la estación del Tren Urbano, los edificios de apartamentos que dan a la Plaza de la Convalecencia en los que, si Río Piedras fuera de otra manera, me hubiera gustado vivir.

Voy en dirección de la farmacia El Amal. Huelo humo de cigarro, del tipo que con su toque de vainilla venden en un kiosco de la plaza del mercado. Me toma unos segundos darme cuenta de que el fumador es el anciano que camina frente a mí. Grita algo que no entiendo. Lleva dos bolsas de supermercado, interpela a la gente que camina y a los que van en autos. Repite incansablemente la palabra o frase que no logro entender. «¡Cheinichequer!» Incongruentemente, pienso en el vicepresidente de Estados Unidos, pero un segundo después me fijo que dentro de las bolsas lleva juegos de damas chinas, es decir, de *Chinese checkers*. Lo dejo atrás y viene a la memoria otro hombre mayor, que unos minutos antes, bebía su café junto a mí en la repostería de la plaza. Vertió en su tasa una cantidad enorme de azúcar. El chorro de la azucarera duró segundos. Resultó asombroso

que lo pudiera tomar, en tres o cuatro tragos. Siempre me han parecido increíbles tantas cosas, como si el mundo fuera infinitamente ajeno, y así se midiera la distancia que me separa de los hombres con los que lo comparto.

¿Qué son estas calles sino la vida mía? El tiempo circulando como agua o viento, un cuerpo que se irá haciendo pequeño y frágil junto a las cunetas que van siempre en la misma dirección, por el camino que también es mío. Las ciudades le importan más a los que van en la misma dirección de sus cunetas, a los que caminan a su misma altura. A ningún dueño de la ciudad, a ninguno de sus alcaldes, le importa la ciudad como a mí me ha importado, porque yo sé que no tengo salida, que nunca me podré ir de aquí. Ni el exilio me libraría de la ciudad. Sencillamente sufriría dos veces: por la ciudad y por estar lejos de ella.

El nuevo mensaje quedó casi destruido por el aguacero de la tarde. La tinta negra de la letra de molde chorreaba como un maquillaje de ojos arrasado por el llanto. Al misterioso o a la misteriosa se le acaban las estrategias de acercamiento porque ha comenzado a repetir las. El mensaje, no obstante, posee nuevos elementos: está en inglés, es una pregunta (posiblemente dirigida a mí) y tiene el nombre de una calle en francés.

«Remember me at rue Falguière?»

La calle Falguière no quedaba lejos de donde viví en París. Sin embargo, pocas veces pasé por ella, pues mis destinos habituales iban en otras direcciones. ¿Pero por qué la pregunta y, sobre todo, quién podía saber que había vivido en su vecindario?

Apenas conservaba una imagen de esta calzada. París se había perdido en la memoria, al extremo de parecerme sorprendente que alguna vez fuera mi mundo cotidiano y revistiera tanta importancia. Quizá por esto mismo, por haberlo pensado alguna vez imprescindible, resultaba ahora uno de los puntos más alejados del planeta.

Era difícil, por tanto, recordar a alguien cuando apenas se recordaba el lugar del hipotético encuentro. El que me escribía lo hacía por capítulos. Estaba seguro que llegarían más pistas.

Estoy sentado en el piso y escribo en esta libreta, al lado de una cuna en la que duerme un niño de un mes. He venido a buscar unos documentos a la casa que antiguamente fue de mis tíos y que ahora habita mi prima con su esposo e hijos. Para poder salir a comprar leche y pañales, me ha pedido que cuide el sueño del recién nacido. En esta habitación que su hijo apenas ha comenzado a conocer, pasé muchos días de mi infancia. Sin duda, es por esto que me he sentado aquí, específicamente en esta esquina del cuarto, en la que sé que he jugado al escondite, con la prima a la que espero ahora y a la que no tengo intención de volver a ver, al menos mientras su esposo siga siendo el gran distribuidor del anaquel con ruedas.

No imaginé que tendría la oportunidad de estar de nuevo sobre el mismo pedazo de terrazo que pisaron mis pies de niño, en esta esquina, con la espalda puesta sobre la pared contra la cual tiré una bola durante horas, combatiendo el hastío, soñando con glorias de peloteros y baloncelistas. Este lugar al que he vuelto imprevistamente, sirve para comprobar el peso que cargo. Una vez fui ese niño, sí una vez mi prima fue uno de los seres que más quise en el mundo.

El magnate del anaquel movable me habla del caso y me alcanza el periódico, suponiendo que es mejor llenar con una burla los cinco minutos de conversación que me reserva:

«Un grupo de simpatizantes los alentaba a no bajar del árbol, surgiendo al menos dos intercambios de palabra con el Superintendente de la Policía. Un tercer manifestante optó por subir a lo más alto del árbol, y dos agentes de Rescate fueron enviados en la canasta para hacerlo bajar. Las ambulancias que habían tardado en llegar, estaban en su lugar, y hasta por los alrededores apareció el alcalde de San Juan, y en un extremo tres simpatizantes estadistas le gritaban terroristas y marihuaneros a los manifestantes».

Encuentro la sonrisa del esposo de mi prima cuando levanto la vista de la página. Aparte de la prosa inepta, he aquí el vacío de siempre. El drama sin desarrollo que no pasará del primer acto y tendrá el desenlace acostumbrado: el árbol centenario cortado por manos desconocidas en la madrugada de un día de las madres o de un viernes santo; un superintendente y un alcalde representando los intereses de

los que siempre han vencido, aplastando la sensibilidad, la inteligencia y el arrojo, convencidos simultáneamente que encarnan la moral y que así aseguran el capital para la jubilación en una ciudad estadounidense, en la que podrán incluso sentirse solidarios con los que protegen a los árboles. Pero aquí no, aquí no vale la pena, aquí merecemos la salvajada.

En un baño inmundo veo un graffiti que dice «The Panty Sniffers». Contiene la necedad habitual de estas escrituras de excusado, suplementada en esta ocasión por la falsedad con que se expresa el deseo, pues dice a renglón seguido: «No es porque tenga ganas es para complacerte».

Regresé a casa cuando caía la noche de este viernes lluvioso. Al entrar, enseguida llamó mi atención la parpadeante luz roja del contestador automático. No son muchos los que tienen mi número y son menos los que llaman. Mi perseguidor tomó el trabajo de dejar grabada una voz femenina procesada por una computadora (esas voces genéricas y espectrales, con extravagantes vibraciones al final de las sílabas) con el siguiente mensaje: «FROM WHICH REMARKABLY ENOUGH NOTHING DEVELOPS». Lo he escrito con mayúsculas porque así se escuchaba. A esta altura del juego resulta casi innecesario preocuparse por cómo dio con mi número.

Me ofusco cada día, tratando de hallar un indicio que delate al autor de los mensajes y sospecho que debe ser alguien que conozco. Pero preferiría que no lo fuera, que el que se oculta tras las palabras y estrategias, sea por fin la buena noticia que me dé esta sociedad sin sorpresas.

No obstante, en este mensaje repta la abominación de la vida: *nada saldrá de esto*. El asunto quedará incompleto, como una esperanza frustrada. Acaso un día, tan misteriosamente como aparecieron, desaparecerán los mensajes. No debo esperar nada. Es lo que me dice la sensatez y la experiencia, pero no puedo someterme a mis conclusiones.

Este domingo he visto a Máximo Noreña con una cara de diablo a la salida de un centro comercial atestado de gente. Iba con dos niños que

debían ser sus hijos y esperaba con una bolsa de K-Mart a que terminaran de comer un *pretzel*. Daba la impresión de haber perdido hacía rato la paciencia. Es un autor que me importa y nadie, entre los cientos de personas que lo rodeaban, tendría la menor idea de lo que ha escrito. Crucé la calle lentamente, sintiendo bajo las suelas el asfalto ablandado por el sol de esta tarde odiosa de verano, observándolo, viendo en él mi realidad de aquí a unos años. Nada sabe de mi admiración. Nunca hemos sido presentados. Al verlo allí, tan infeliz, sentí cómo aumentaba mi aprecio y fascinación por él. Desde el desconsuelo banal y terrible de una tarde como ésta, se pueden entender los demonios de la ciudad y el país. Él no ha parado de escribir sobre ellos, como si no tuviera otra cosa de que agarrarse para sobrevivir.

Encontré debajo de la puerta de mi oficina una pequeña hoja publicitaria de una banda de rock llamada *Los Pepiniyoz*. Su símbolo es un gran signo de interrogación hecho con un trazo ancho y circulado con una línea muy fina. La hoja tenía la información habitual: fecha, hora, dirección del local donde se celebrará el concierto. Estuvo toda la mañana sobre mi escritorio, sin que me diera cuenta de que en su dorso había un mensaje. Debe ser una cita, quiero suponer que sea una cita, porque resultaría inquietante que mi perseguidor poseyera tal poder de discernimiento sobre mí.

«Escribes porque te gusta, porque no sabes hacer otra cosa, porque no eres capaz de vengarte de otra manera: pero en ningún caso esta debilidad por el texto te oculta la superfluidad de tu tarea».

Hay una fonda en Río Piedras que a las once de la mañana ya tiene las mesas listas, con manteles de plástico rojo y servilletas de papel fijadas por el peso de los cubiertos. Al entrar, encuentro una superficie extraordinariamente grande rodeada por sillas y me doy cuenta que es el billar, sobre el que también sirven comida.

Hace años pasé una tarde de verano recogiendo los mangos que encontraba por el pavimento del parque Luis Muñoz Marín. Al final llené dos bolsas de supermercado que hallé tiradas por allí. Me acompañaba la mujer con la que había vivido una larga temporada y

entonces nuestra relación se deshacía, siendo ésta nuestra última salida. Recuerdo la futilidad de esa tarde: recorrer el parque tomando la fruta muy madura. Llenábamos las bolsas de mangos como las hubiéramos podido llenar de papeles con restos de comida o latas vacías. Era preferible a tener que hablar. Era nuestra despedida muda.

Días después, sacaría para que las recogiera el camión de la basura, sus últimas pertenencias (las que mi amiga no quiso llevarse) y las bolsas llenas con los mangos que se habían podrido sin que hubiéramos hecho ni siquiera un intento por probarlos.

Me han contado que los domingos se reúne en una repostería un grupo de amigos (abogados, contables, comerciantes con inclinaciones literarias) a comentar los periódicos. Me han dicho que ríen a carcajadas.

He hecho el cálculo de los lugares en que he vivido. Es probable que dejara alguno sin contar y no es justo exigirme tanta precisión. Sin embargo, recuerdo perfectamente el ritual a la hora de abandonarlos. En todos los apartamentos supuse que viviría mucho y en ninguno fue así. Al terminar la mudanza, cuando estaba a punto de cerrar la puerta y entregar la llave, me recogía un minuto y me despedía de las paredes. A veces les agradecía pero con frecuencia las maldecía. En todo caso siempre fue un adiós, como si los apartamentos hubieran sido un testigo.

Julia me invitó a su casa. Luego de almorzar necesitó salir y me pidió que cuidara un rato a Javier. Vimos dibujos animados y luego jugamos al escondite. Estoy oculto tras el sofá, cuando me doy de frente con el niño que trae una foto de su madre frente al pecho como si fuera un ícono. Le pido que me la enseñe. No la conozco, es una foto anterior a nuestro encuentro. Julia ríe a la cámara y tiene el pelo muy largo. Javier me lleva de la mano al dormitorio. Ha sacado de debajo de la cama una caja de zapatos llena de fotografías. Me siento a verlas con él. Conozco algunas, por Julia habérmelas mostrado cuando estuvimos juntos, pero aparentemente hay muchas que no quiso que viera. Aparece junto a gente desconocida, sentada en apartamentos de los que no supe nada, con cortes de pelo y maquillajes que muestran una

versión de su persona que nunca entreví. En algunas, irradia una belleza irrefragable y mira a la cámara convencida de su poderío.

Hay docenas: medio círculos frente a mesas familiares, momentos inmortalizados en calles del viejo San Juan con una botella de cerveza en la mano o en la playa, con gorra de pelotero, collares de semillas y un bikini amarillo. En el fondo de la caja, probablemente puestas ahí a propósito, hay un grupo en el que aparece desnuda en camas deshechas y acercamientos a su rostro que mira con ojos entrecerrados y tiernos. Comprendo que son las fotos que le tomaron otros hombres. Descubro, mientras Javier juega con un robot junto a mí, que estas imágenes nunca pudieron ser nuestras.

«Simone Weil enseñaba a los ferrocarrileros en la rue Falguière». Esto decía la voz femenina y computarizada en mi contestador automático. ¿Simone Weil? ¿La filósofa francesa? No recordaba nada de ella aparte de que había sido una especie de santa de la izquierda. ¿Es este mensaje una indicación del sexo de su emisario? Desde hace días he tenido la sensación de que algo cambia. Sé que puedo estar equivocado, pero la vibración que contiene este mensaje parece corroborar la transformación. ¿Simone, como la Simone de uno de los primeros personajes? ¿Simone Weil? ¿Es esto una firma? ¿Quién eres? ¿Por qué me buscas?

Encuentro este artículo pegado en una estación de guaguas de la avenida Ponce de León. Posee el delirio autodegradante que parece ser parte consustancial de esta sociedad:

«Los separatistas, desde los más izquierdistas provenientes de los comunistas (ya no existen comunistas pero sí sus ideas y conceptos, especialmente el método de análisis materialista), los nacionalistas, los antiamericanos y los pro-americanos separatistas difieren en muchas cosas, pero tienen algo en común, basan su separatismo en que la Patria es el terreno, lo utópico o ideológico y no su gente.

«¿Es ser Patriota poner bombas y matar compatriotas inocentes, o la crítica negativa y destructiva que asesina el ánimo a los que trabajan, cuyo efecto es muy parecido? ¿Es ser Patriota en la nueva modalidad de eco-terroristas con sus gestiones extremistas de “ambientalismo”

sin buscar un balance de beneficio o perjuicio a la ciudadanía y al ambiente?

«Entender que el Patriotismo es solo cantar, o criticar en forma negativa y destructiva que son bombas que matan el positivismo y la creatividad de la ciudadanía, no es ser Patriota, es ser Patriotero».

¿Cómo no ilusionarme con que el que envía los mensajes sea una mujer –una mujer de la que enamorarme– cuando los que me rodean producen textos como éste? ¿Cómo no esperanzarme con esta persecución de palabras? ¿Cómo no soñar con ese cuerpo desconocido que no será como estas voces que me asedian, con las que no tengo nada qué ver ni qué decir, que nunca me entenderán, cuya obligada convivencia es ya una manera de morir, de haber estado muriendo cada día a lo largo de la vida?

No me percaté hasta hoy que el artículo que despegué de la estación de guaguas tenía al final una petición: «Imprímelo Pásalo a 20 para que lo fotocopien y lo pasen a 20 más y lo dialoguen con 20 más». ¿Cómo estar seguro que el o la que me manda los mensajes lo hace exclusivamente conmigo? ¿No puede, como el fanático que pega sus alegatos por la ciudad, enviarlos a muchos? ¿No puedo estar siendo parte de una red de víctimas, de un espectáculo, de una obra de arte o una broma sucia?

Le tomé prestado a Diego un disco de Ärvo Part y camino al trabajo lo puse en el auto. A los pocos minutos estuve a punto de quitarlo y sintonizar las noticias. Le tuve miedo a la música. No conocía el título de la pieza, el disco era una copia quemada en una computadora, y sobre él sólo estaba escrito el nombre del compositor. Debía ser un réquiem, porque la fuerza del coro me hizo confrontar masas de emoción que había sepultado quién sabe desde cuándo.

Imaginé mi muerte en la avenida Central, entre San Patricio y Río Piedras: desde el descubrimiento de un cáncer (en el páncreas o el hígado, uno de los terribles y silenciosos) hasta la agonía última. Escuchaba la música y vivía mi falta de esperanza, el malestar que haría la existencia insostenible y que se expresaría en mi negación a recibir tratamiento. Ésta era la emoción que había encapsulado dentro

de mí por años; una oleada de violencia que no sabía a quién dirigir y que no dejaba sin cubrir un resquicio. Así, entre la avenida de Diego y la calle Andalucía, confronté la banalidad de mi extinción. La belleza de la música existía para producir esto. El arte era la consolación de los que aguardaban su derrota.

Arribé al trabajo aún tomado por el impacto de la música y al entrar a mi oficina encontré un nuevo mensaje. Era la letra de molde con su habitual inclinación hacia la derecha y la misma puntería alucinante: «Él sabía que solamente la transposición le aseguraba la verdad». Esta vez, pues ya la había enviado junto a una bibliografía, la frase había sido escrita y numerada cien veces, como si se tratara de una antigua penitencia escolar.

Entré bruscamente a la oficina del Departamento y hallé las miradas asombradas de las secretarias que me vieron entrar y salir sin decir nada. Importuné a mis vecinos y recorrí el piso del edificio a ver si veía a alguien sospechoso. Nadie sabía ni había visto cosa alguna. No quise entrar en detalles porque no quería que me preguntaran qué pasaba. Pero esta vez la emoción me sacaba de la pasividad y exigía una aclaración. No bastaba con esperar. «Él sabía que solamente la transposición le aseguraba la verdad». ¿Qué significaba esto? ¿Cómo alguien podía disparar al aire y dar en el blanco? ¿A qué verdad temía? ¿Por qué las transposiciones en las que se habían convertido los mensajes comenzaban a alarmarme? ¿Quién podía conocerme al punto de prever los movimientos de mi mente? Ya era lo suficientemente mayor y cínico para desconfiar de cábalas y misterios. ¿Pero cómo podía tener un mensaje esperándome que expresara lo que había vivido encerrado en un auto recorriendo de un extremo al otro la avenida Central, mientras escuchaba un disco que le pertenecía a alguien que estaba en Caracas? El asunto nunca había sido gracioso y hacía tiempo que se había vuelto preocupante, me lo quisiera admitir o no. Sin embargo, el miedo y la atracción convivían en un mismo lugar. Observaba las caras de la gente con la que me cruzaba como nunca lo había hecho en mi vida. Cualquiera de ellas podía ser la persona que me estaba buscando.

Acabo de recordar la historia del cantautor que escribió melodías que otros hicieron famosas y que luego, años más tarde, se aventuró a grabar su propio disco. Tuvo éxito y éste lo llevó a encarar a una audiencia por primera vez. No fue un gran intérprete, pero sin duda se convirtió en una de las figuras más destacadas de su tiempo.

Desde que conocí su historia, me resultaron singulares estos pasos, esta dosificación de la presencia del otro. Ahora relaciono esto con él o la que manda los mensajes, aunque acaso tiene más que ver conmigo y mis relaciones con los demás. Me he pasado la vida dosificando los vínculos con el prójimo, como si el contacto pleno, directo e inmediato fuera un exceso. ¿Cuántas cosas me han tomado demasiado tiempo por mis rodeos y prólogos y, también, cuánto me ha tomado salir de ciertos asuntos y relaciones? La vida ha transcurrido manteniendo a los extraños a una distancia prudente. Los he visto como invasores, por eso he sido antes que todo una mirada, el que observa manteniendo abierta la posibilidad de seguir de largo. He sido como ese cantautor, que se entregó a su público en bocados.

He sentido el dolor contenido en este cuarto, todo el dolor acumulado a lo largo de años, de una generación a otra, entre cuatro paredes. He estado sentado toda la tarde en esta habitación y he sentido su eternidad. Estoy convencido de que cuando esté muerto, mi dolor vivirá aquí también, quién sabe por cuánto tiempo, quién sabe para quién.

He pensado a propósito de ciertas calles y aceras que si las suelas de mis zapatos tuvieran pintura quizá para esta época mis pisadas habrían cubierto por completo su superficie. La idea es absurda, como son absurdos tantos pensamientos reales. Así, con mis zapatos brochas, con estos zapatos-marcas expreso la ciudad autobiográfica, la ciudad cuyo cuerpo mi cuerpo ha cubierto.

Ayer llamó Julia y hoy he ido con ella y Javier a un centro comercial, de cuyas tiendas se alaban los precios, que queda en Barceloneta. El viaje se hizo más largo de lo necesario porque, distraídos, no lo avistamos desde la autopista y llegamos a Arecibo antes de dar media vuelta y rehacer camino.

Con Julia viví los extremos. En un corto lapso de tiempo podíamos oscilar de una convivencia gratificante al amago de una ruptura inaplazable. De no haber mediado un aborto tendríamos un hijo de cinco o seis años. He escuchado esta necedad en parejas que probablemente llegarían a ser pésimos padres, pero quizá nos habría convenido que existiera ese crío.

Contestar las llamadas de Julia, verla alguna vez, sin que importe que tenga un hijo de un hombre que reaparece de tanto en tanto, me da qué pensar. No creo que a ninguno de los tres le convenga el que se nos tome, durante unas horas, por una familia. Pero aun así andábamos juntos, porque era sábado y no teníamos más nada que hacer.

Entramos a tiendas en las que Julia se probó incontables piezas de ropa mientras me encargaba de Javier. Fuimos a ver muebles como si estuviéramos considerando redecorar una casa que no existía. Le regalé un nuevo robot a Javier. Nos detuvimos frente a joyerías y ante una agencia de viajes comentamos cuán caros se habían puesto los pasajes a ciudades que no visitaríamos. Antes de regresar, recalamos por el comedor de los *fast foods*.

Al detenerme frente a su casa, la ayudé con el coche y el niño dormido y acabé subiendo a la mitad de los altos donde vive. Hicimos el amor como una vieja costumbre, casi con indolencia. Al cabo me quedé dormido aunque sabía que a Julia no le agradaría tenerme allí en la mañana, cuando Javier despertara.

En la penumbra del amanecer, compartimos el contenido de una cafetera. En la escalera, al partir, le dejé dinero para que le comprara otro juguete al niño. Era mucho más de lo que hubiera necesitado para eso.

Resultaba raro estar despierto un domingo a esa hora. San Juan estaba abandonado. El silencio y la soledad de la luz naciente creaban la impresión de que había ocurrido una catástrofe de la que no había tenido noticia. El sol salía con fuerza y haría calor, como siempre. Tenía las horas del domingo frente a mí y no sabía qué hacer con ellas. Por un momento, estuve tentado de dar media vuelta, regresar a casa de Julia, pedir perdón por algo que no sabía lo que era y quedarme allí. Pero el día anunciaba demasiado calor y quería dormir.

El fin de semana siguiente volvimos a salir. Esta vez fuimos a comer a Naguabo junto al pequeño muelle en ruinas.

Julia estaba contenta. Habíamos hablado por teléfono durante la semana y aguardábamos la llegada del sábado con ciertas expectativas. Camino al pueblo costero conversamos sin caer en las viejas trampas y conduje un largo trayecto con su mano en la mía.

Cuando entrábamos al pueblo cometí la imprudencia de hablar de los mensajes.

—Así que hay una loca que anda por ahí siguiéndote —dijo sin medir el efecto de sus palabras, como si una sirena de emergencia hubiera comenzado a aullar en su cabeza, impidiendo todo juego, ironía y confianza.

—No es eso lo que estoy diciendo y además ni siquiera sé si es una mujer —contesté.

—No es lo que acabas de decir.

—No creo que sea tan sencillo.

—Es evidente y no veo para qué me lo cuentas.

Lo cierto era que tampoco lo sabía. La respuesta obvia era la necesidad de relatárselo a alguien y, simultáneamente, nada más haberme formulado esta mísera explicación, supe que algo se rebelaba en mí contra la posibilidad de volver a entablar una relación con Julia. El que todo saliera bien ese día no ofrecería nada, sino que representaría apurar dos veces el trago amargo del desastre.

Envueltos en una tormenta muda, hicimos en el restaurante el simulacro de la familia que no éramos. Recordé las fotos de la caja de zapatos, su cara captada por hombres a los que se había entregado y que se habían ido. Había gente condenada a no hallar paz y estuve seguro que Julia era así. Nada ni nadie detendría este proceso que se originaba quién sabe cuándo. Nuestra vida juntos había sido un desgaste continuo y cuando subimos a la terraza del restaurante, tuve la certeza que nunca podríamos ser más que un amasijo de exigencias para una reparación que no seríamos capaces de realizar. No quería escuchar nunca más la protesta de un dolor que no me pertenecía.

Observé cómo, casi dándome la espalda, fue dejando el pescado sin carne. Cortaba pedazos para ponerlos en la boca de su hijo, a la vez

que miraba los botes del puerto pesquero y el mar en el que no había nada hasta Venezuela. Los dos sabíamos ya que esta salida había sido una equivocación.

Luego del almuerzo, empedernidos en no reconocer la magnitud de nuestro fastidio, fuimos hasta el balneario de Humacao. Javier jugó en la arena mientras sin mirarnos intercambiábamos breves frases que no aliviaban.

Más tarde, cuando caía la noche, la autopista se convirtió un gran túnel en el que me adentraba para no tener que lidiar con los que venían en el asiento trasero. A veces Julia decía algo y contestaba con desgano, sin que me importara si me escuchaba o no. El día había zozobrado hacía largo rato y quedaba impedido de establecer vínculo alguno con los demás, con Julia o con cualquier otra persona. Siempre que tenía esta sensación la vivía con una inquietante exuberancia, con el convencimiento de que nada, salvo la tardía llegada del sueño, sería capaz de aplacarme.

Al bajar del auto, frente a la casa de dos plantas, Julia cogió el niño y el coche y subió sin despedirse.

Recorrí la ciudad bajo la llovizna. Las casas, los mezquinos empleos, las mujeres, venían a la memoria. Sobre estas cintas de pavimento había vivido la ilusión y la desesperanza, pero la edad hacía que ya todo fuera un exceso.

Paré en una gasolinera a comprar cerveza. Junto a la caja tenían cigarrillos. Estuve a punto de comprar, pero al final desistí. Fumar era una forma de llenar la vida y, esa noche, ni siquiera valía la pena engañarme con esta esperanza.

Domingo. Otro domingo de la vida de un ser invisible. Suena peor de lo que es, pues son comunes e inofensivas estas veinticuatro horas de alguien que no deja sombras. Podría decir incluso que me gustan estas circunstancias, que tienen momentos apreciables, que me reconozco en ellas.

No he recibido mensajes hace días. La ciudad es la misma; soy el de siempre. La vida a secas. Miro la enorme cantidad de hormigas que caminan por el suelo.

Las nubes viajan por el cielo nocturno. He subido al techo. De vez en cuando, llega un viento fresco y húmedo que anuncia la lluvia que vendrá en la madrugada. A lo lejos, los edificios de oficinas están casi totalmente oscuros.

Mañana será lo mismo y es casi una buena noticia. No quiero estar en otro sitio. Sería peor. Ya es muy tarde. Esto es lo que queda. Esta ciudad es lo que tengo.

Dejó de funcionar el acondicionador de aire del carro. Las calles vuelven a oler.

Pasaron muchos días hasta que bajo el limpiaparabrisas apareció un sobre. Abrí el papel sin rayas, doblado varias veces. Un poco más arriba del centro, en una letra minúscula y perfecta y, por tanto, no con las mayúsculas torpes que se iban en pendiente, estaba el mensaje: «No te has enterado de nada. Calle Pointcaré. *Grandma's Attic*. Búscame hasta encontrarme. S.W». ¿S.W.? ¿*South West*? ¿Las iniciales de un nombre desconocido o de nuevo la enigmática Simone Weil? ¿Pointcaré? No conocía la calle y parecía una invención o un nuevo indicio. En la memoria tenía la vaga noción de que *point carré* había sido un movimiento artístico, pero dónde, ¿en Francia, Bélgica, Suiza?

Tuve que revolver cajones y armarios hasta dar con un mapa y examinar el área metropolitana. Había demasiadas calles y la letra era muy pequeña. Consulté el índice y tuve la sorpresa de encontrar el nombre mencionado en el mensaje. Quedaba cerca de la avenida de Diego.

Grandma's Attic. ¿Sería un negocio? Conocía la zona y sabía que era fundamentalmente residencial. Había oficinas, pero no recordaba ningún local que no fuera un restaurante.

Monté en el carro y en unos minutos estuve en El Condado. Decidí estacionar y buscar la calle a pie. Había casas y pequeños edificios de apartamentos. Pasé por la calzada en la que al fondo estaba la Alianza Francesa.

Un poco más adelante di con una vieja casa de madera con techos de cinc. Sobre la entrada, un letrero crudo tenía dos palabras: *Grandma's*

Attic. El balcón estaba repleto de cachivaches y sillas viejas. Era una tienda de antigüedades.

Al traspasar el umbral tuve que aguardar unos segundos para que los ojos se adaptaran a la penumbra. Encontré una serie de cuartos repletos de todo tipo de objetos: muebles, vajillas, adornos de cristal o cerámica, instrumentos de música, mantelería, portarretratos. Tras un escritorio, una mujer gorda hablaba por teléfono en una mezcla de inglés y español. Era evidente que era estadounidense. Al pasar junto a ella, hacia el fondo de la casa, la miré tan inquisitivamente que tuvo que saludarme.

Estuve en *Grandma's Attic* cerca de una hora, mirando como un insensato bandejas llenas de cucharas de plata, antiguos afiches de festivales y congresos del Instituto de Cultura Puertorriqueña o la Universidad Interamericana, recuerdos de Venecia, Buenos Aires o Washington, cámaras fotográficas inservibles, anacrónicos mapas, docenas de sillas sin asiento que colgaban del techo y las paredes. Perdí la esperanza de hallar un mensaje en el caos de objetos que eran restos de vidas que nada tenían que ver con la mía.

En uno de los cuartos traseros había libros. El gusto por la lectura y la sensación de haber perdido el tiempo, me llevó a ellos. Con sólo dar un vistazo supe que la inmensa mayoría carecía de interés. Eran una mezcla de *best-sellers* estadounidenses en tapa dura, viejas enciclopedias aptas para las tareas de la escuela hacía dos generaciones, unos pocos clásicos que indudablemente habían pasado por las manos de pésimos lectores adolescentes, que habían subrayado páginas enteras y escrito sus apodos a lo ancho del tomo, y cursos de plomería o electricidad editados por Time-Life. Entre estos volúmenes sin interés para mí reconocí las corrientes encuadernaciones de la colección francesa *Livre de Poche*. Eran dos títulos: una novela de una autora desconocida que se desarrollaba en Italia y un libro de historia sobre la primera guerra mundial. Ambos estaban casi destruidos por la humedad y el color amarillento del papel era tan subido que casi no hacía contraste con la tinta.

Los devolvía a su sitio cuando llamó mi atención, en el estante inferior, un volumen de tapas duras en inglés, que definitivamente no salía de la lista de libros más vendidos de hace diez o quince años. Era

la traducción de la biografía de Simone Weil escrita por Gabrielle Fiori y era a la vez el único libro que merecía comprarse entre todos los que había visto. Alguien lo había leído, pues algunas páginas estaban marcadas con líneas, flechas y asteriscos esmeradamente dibujados. Había además, en ciertos márgenes, notas en una escritura minúscula pero igualmente cuidada. El centro del volumen contenía, como es habitual en una biografía, páginas de papel más grueso y brillante con una selección de fotos. Fui mirando una a una, hasta que di con la imagen de Simone Weil fumando junto a un hombre en la terraza de un café. Al ir a pasar esta página, sentí algo. En su dorso había un papel pegado con cinta adhesiva. Se sabía que había sido puesto allí hacía poco, porque no había envejecido. Un poco más arriba de su centro, con una letra que había visto por primera vez hacía apenas un par de horas y que entonces me di cuenta que era la misma que se encontraba en los márgenes del libro, se habían escrito sólo dos palabras: «Has llegado».

Cerré el volumen, incapaz de volver a leer la escueta frase, temeroso de que al ser observado, se fuera testigo de mi desconcierto. Me hubiera gustado llamar inmediatamente a alguien, pero Diego estaba de viaje y era imposible abordar el asunto con Julia. Hubiera querido tener alguna certeza que me calmara, un pensamiento que, dadas las circunstancias, pareciera medianamente apropiado. El libro no era un secreto, tenerlo en las manos no representaba un motivo de remordimiento o vergüenza, pero en esos momentos sentía como si su contacto me quemara.

Fui con él hasta la mesa donde estaba la mujer. Luego de mirarlo indiferentemente dijo su precio: tres dólares. Era un regalo. Preguntó entonces en inglés si quería algo más. Contesté en español inquiriendo por quién lo había traído. No me entendió, a pesar de que comprendió las palabras.

—*Who brought you this book?* —pregunté cambiando de idioma.

—Este libro, —dijo mirándolo como si en la cubierta estuviera la clave de la respuesta—. *Who knows?* —añadió— mucha gente trae cosas. Una mujer.

—¿Cuándo vino? —pregunté.

—Varias veces. Compra cosas también.

—¿Cuándo lo trajo? —volví a preguntar—. *When she gave you the book?*

—*Maybe a week ago.* Más o menos.

—¿La conoce? ¿Conoce su nombre? ¿Conserva un recibo? Perdóneme pero es importante.

Debí parecerle suficientemente decente y la caja de cartón con los recibos estaba en el escritorio frente a ella.

—Vamos a ver —dijo poniéndose las gafas. Me miró un instante por encima de ellas, como si así terminara de decidir si me daba la información o no. Luego fue pasando hojas hasta detenerse.

—Aquí está. *There she is.* Simone Weil.

—Ese es el título del libro —dije.

—No, ese es su nombre —dijo la mujer.

—Está equivocada. Mire, es el título —dije poniendo un dedo sobre la portada.

—No, éste es el nombre de ella. No apunto los nombres de los libros. *They don't matter to me.* Sólo el número. *See, three books.* Tres libros. *I remember now that she also brought two little French paperbacks.* Aquí está también su firma. Escribe muy claro: Simone Weil.

La mujer mostraba el recibo. La firma había sido hecha con la misma letra de las anotaciones y del mensaje que había recibido esa mañana. Poseía la precisión de una máquina. Había traído tres libros, había recibido cinco pesos por ellos, había firmado para dejar constancia del acuerdo y para que yo viera sus huellas.

—Me pregunto por qué no firmó con su nombre verdadero —decía la mujer. También me hacía esa pregunta. ¿Quién estaba detrás del juego? Al menos ya sabía que era una mujer la que me había escrito durante semanas con una letra probablemente reservada para ese propósito (la letra de molde tosca que iba inclinándose hacia el borde inferior del papel) y que desde hoy, dibujaba cada palabra con la exactitud de un delineante.

En cuanto llegué a casa abrí el libro de Fiori y examiné las páginas marcadas. No entendía nada, si es que de alguna manera eran mensajes dirigidos a mí. En la página sesenta y cuatro, sin embargo, había un renglón y medio subrayado que estaba acompañado por una

flecha muy pequeña que apuntaba hacia el texto: «Simone Weil enseñaba filosofía a los obreros de ferrocarriles en una escuela nocturna de la rue Falguière».

¿Puedo tener alguna duda todavía? Hace rato que es imposible pensar en la casualidad, la broma pesada o la alucinación. Una mujer me busca, pero no sé quién es, por qué lo hace, qué pretende conseguir. Cierta fatalismo me hace pensar que debo esperar lo peor, pero la situación llega a preocuparme cuando admito que desde el principio he querido participar en esta trama de fantasmas; que Simone, (¿es posible ya llamarla así?), con su tela de araña, me ha hecho ver que no he hecho otra cosa en mi vida, que ésta no es la primera vez que me he enamorado de una máscara sin rostro.

¿Qué hay de realidad en esto? Aquí estoy mirando un libro, leyendo una y otra vez todos los pasajes marcados por una mujer que desconozco y que sin embargo busco desesperadamente. ¿Es acaso distinto a las fachadas de los edificios que me atraen sin que jamás haya entrado a ellos? ¿O de todas las mujeres que observo para catar su atractivo e imaginar su historia? Al final quedo yo, mi mente, mis piernas, mi automóvil. La capacidad que tengo para desplazarme y mirar, para pasar por el mundo sin peso, con huellas que se borran. Momentáneamente, pienso que podría ser de otra manera y necesito aferrarme a esta posibilidad aunque sea un error.

Le he escrito por correo electrónico a Diego contándole lo que me ha pasado. Es tan inteligente como insensible. Sólo una línea en la pantalla de la computadora, ni hola ni adiós ni nada más. «"Un hombre no puede estar contra su época sin sufrir daño", Robert Musil».

Al principio estuve molesto, pensando que la situación no estaba para literaturas, aunque debí reconocer que la selección de la cita, como respuesta a mi misiva, era casi tan buena como las de Simone. Rumié mi desagrado durante media mañana antes de comprobar que Diego, a su manera, jugaba a lo mismo. Esta capacidad para no tomarse en serio nos unió desde que nos conocimos y ahora bastaba para que pusiera las cosas en perspectiva. Acabé estándole agradecido. Quizá le

había tenido demasiado respeto a los mensajes. Era más que probable que estuviera tomando el asunto con demasiada seriedad.

Aun así, media hora después estaba de nuevo en *Grandma's Attic*. Al acercarme a su escritorio, percibí que la dueña me miraba con inquietud.

—No ha venido —dijo antes que pudiera preguntarle.

—No importa. Pero cuando venga entréguele esto.

—*Should I say anything else.*

—No hace falta. Sólo dele el sobre.

—*Are you guys in love?*

—Sí, mucho —contesté.

Desde antes de los treinta años supe que mi deseo era poner la vida en un libro. Sufría para escribir el sufrimiento, así la vida tenía un norte, sólo así valía la pena agotarla hasta el final, aquí o en cualquier parte. Esto me separaba de casi todos los demás. Pero no importaba, porque descubría y redescubría quién era y no pedía otra cosa. Esa sombra que había atravesado la ciudad durante años, no era un hombre que vivía transitoriamente un mal periodo al que un día se sobrepondría. No, para nada era así, aunque esto era lo que había supuesto siempre. Había aguardado por un cambio, un viaje, otro trabajo o incluso un exilio. Sin saberlo, ya había llegado a mi lugar. Éste era el que debía ser, a ése que desprecié tanto era a quien quería parecerme.

Pasaron más de dos semanas sin recibir noticias, pero este silencio era distinto. La búsqueda había adquirido otro tono desde que había entregado el sobre a la dueña de *Grandma's Attic*; desde que había afirmado con una certeza portentosa que quería a una mujer desconocida. Resultaba evidente que corría un grave riesgo, pero sabía que, a veces, ciertas formas de sensatez no eran más que un desvarío.

Dentro del sobre puse la frase que Rodrigo de Figueroa había escrito en el plano que mandó a dibujar de la isleta de San Juan en 1509, cuando se contemplaba el traslado de la capital desde Caparra. «Aquí ha de ser la ciudad» y más abajo repetía la frase con un corto añadido: «Si quieres aquí ha de ser la ciudad sin preguntas». Luego me vería

asediado por las interrogantes, pero entonces era la declaración de amor más honrada que había hecho. Los mensajes que había recibido la merecían. Una de las imágenes más certeras de una historia de amor eran las calles de la ciudad que la habían hecho nacer y que acaso, en su día, asistirían a su final.

El restaurante chino de la avenida Muñoz Rivera tenía un letrero junto a la caja: «¡Tenemos deliciosos flanes! ¡Tenemos mantecados!» El anuncio parecía muy poco oriental, al igual que la dominicana que casi siempre tomaba la orden. Un poco después de la hora habitual de la cena me sentaba, una o dos veces por semana, en las mesas del comedor casi desierto a esa hora, y si no abría mi libreta para apuntar algo, observaba por una apertura en la pared, el trajín de los cocineros, que en este caso sí eran chinos auténticos. A veces pasaban por allí mujeres o alguna niña que aprendía a contar en español («¡uno, dos, tres, cinco!»), miembros de lo que probablemente era la familia extendida que vivía en algún lugar del edificio.

Rara vez entraba alguien al local a esa hora, a veces una pareja de policías o un amigo de la dominicana, que mataba el tiempo yendo al espejo que cubría por completo una de las paredes a explotarse los barros. La comida era mala y más de una vez descubrí insectos cruzando por el mostrador. Aun así, seguía viniendo. Allí me sentía en paz fuera de casa, lejos de todo, incluso de mí mismo, y estar a gusto en un ambiente tan desangelado era también una forma de trascenderlo.

Una noche, luego de comer un arroz frito, abrí la biografía de Simone Weil que había comprado en *Grandma's Attic*. Estuve casi una hora leyendo y los chinos de la cocina comenzaron a mirarme con recelo. Era inusual que alguien permaneciera tanto rato en el comedor.

El restaurante conectaba con un *Sushi Bar* en el que nunca había estado. El dueño debía ser el mismo y así se aseguraba apelar a todos los bolsillos. Una camarera entró por la puerta que conectaba los locales y fue a pedir cambio a la dominicana. Me di cuenta que me miraban, que la camarera tenía la mirada clavada en mis cosas: la libreta, el libro. Poco después volvió a entrar, pero enseguida la llamaron del otro restaurante. Más tarde entró por tercera vez y esta

vez vino directamente a mi mesa. Sabía que se acercaba, pero esperé a que sus piernas enfundadas en medias negras, se detuvieran frente a mí, antes de levantar la vista del libro.

—¿Le gusta Simone Weil? —preguntó.

Era sin duda, al ser hecha allí por una camarera desconocida, una de las preguntas más desconcertantes de mi vida.

—Me está gustando —dije.

—Tenga. Estudié en la universidad y le he visto allí. Quizá un día podamos hablar de Simone Weil. Trabajo al lado, pero ahora me tengo que ir.

—Gracias —dije al recibir una pequeña bolsa de papel de estraza. Antes de darme la espalda para irse, por un corto instante, nos miramos a los ojos. Habíamos hablado sin hacerlo. Luego la observé hasta que desapareció tras la puerta que dividía los dos restaurantes. Debía rondar los veinticinco años, aunque era difícil estar seguro.

Abrí la bolsa con las manos temblando, asombrado, seguro ya. Había un papel doblado de la manera habitual y una galleta de la fortuna. Los puse sobre la mesa y miré alrededor. La dominicana hablaba por teléfono pero parecía estar pendiente de lo que hacía. Los chinos trajinaban indiferentes en la cocina. Desdoblé el papel. Un poco más arriba del centro, en una letra minúscula y casi perfecta, había una cita. Esta vez podía estar seguro de ello, porque por primera vez estaba consignado su autor:

«La libertad no es derecho del hombre que concede el cielo, y la libertad de soñar tampoco se adquiere desde el nacimiento: es una capacidad que hay que preservar, una consciencia, sobre todo porque las pesadillas no paran de perturbarla». Gao Xinjian, *El libro de un hombre solo*.

Tomé la galleta de la fortuna y la partí en dos. Había como de costumbre una pequeña tira de papel pero esta vez tenía tachado el mensaje impreso. Al dorso con la misma escritura de la cita estaba escrito: «pág. 46». Sabía que se refería al libro que tenía sobre la mesa, el libro que nos había traído hasta ese mismo punto de la ciudad.

En esa página había un pasaje subrayado con una flecha apuntando desde el margen:

«Más allá de cualquier esquema, vivía en lo que sería cada vez más

un contacto entre almas. No estaba consciente del carácter carnal de la cotidianidad como tampoco lo era de las convenciones y ritos de las clases sociales. Así, aun en el plano social, Simone Weil podría percibirse como inhumana».

Cogí mis cosas y salí a la calle. Pasé frente a los cristales oscuros del *Sushi Bar*. Adentro había una iluminación muy limitada, pero creí ver una silueta que me seguía con la vista. Me detuve y puse la mano en el pecho, sobre el corazón. Me pareció ver que ella lo hacía también.

Al día siguiente recibí este mensaje en el contestador automático:

«Hola, soy Li Chao *alias* Simone Weil. Creo que ya es tiempo de que me presente. Te pido, supongo que puedo llamarte tú, que perdones mi juego, que como habrás visto es algo que tomo muy seriamente pero que sé que puede crear inconvenientes. No puedo verlo, perdón verte, hasta el jueves, que es mi día libre. Propongo que nos encontremos en el *Starbucks* de San Patricio. No soy tan misteriosa como debes pensar. Hace un tiempo te saludé allí pero no te diste cuenta que era la de los mensajes. Tampoco tenías por qué darte. Podemos vernos a la misma hora de aquella vez, es decir a las siete y cuarenta y nueve de la noche. No tienes que estar, por supuesto. Chao de Li Chao».

Dejé grabado el mensaje en la máquina y lo escuché muchas veces a lo largo de los días. Me había sentido dueño de mi vida, aunque a veces pareciera una piltrafa. Li Chao había derrumbado esa precaria seguridad que era, lo descubría entonces, un inútil mecanismo de defensa. El torrente de la vida era incontrolable y, aunque habían sido más cómodos los márgenes desde los que observaba, nunca antes había sido yo de tal manera la presa de lo imprevisible.

La fortaleza había sido tomada. Quizá no podría ser el mismo a partir de la noche del jueves. Nunca habría sido capaz de imaginar estos textos ni tampoco la estrategia del encuentro. Eran mis límites. Li Chao procedía de otra parte.

Conté días y horas y a la vez deseé que la noche del jueves nunca llegara. Me había enamorado de la brillantez de una táctica de acercamiento que se había transformado en algo parecido a una obra

de arte. No era tan estúpido ni inocente como para pensar que esto fuera deseable o simplemente posible. Pero a la vez estaba convencido de que aquí había una rajadura: los mensajes de Li Chao eran un pasadizo, un túnel secreto que acababa de descubrir. Era posible rebasar las murallas que me habían cercado a lo largo de toda una vida.

La dependiente de Starbucks tomó mi orden y me entregó un papel doblado. La letra era la segunda, la maniáticamente precisa. «Era una belleza antigua, como una vieja fotografía quemada». Había un asterisco que enviaba a otra frase al pie de página. «Te espero donde tú has andado tanto». Iba a preguntarle a la muchacha que me atendía dónde estaba la que le había entregado el papel, cuando repentinamente tuve una idea.

—Ahora vengo —dije al pagar y entré corriendo a la librería Castle Books que estaba, literalmente, a un paso.

Fui a la sección de literatura, pero no había nadie. Entré a la siguiente fila con cuatro estanterías de libros puertorriqueños. Me había percatado, unos días antes, que en lo alto habían puesto uno de los míos. Pero ahora el soporte de plástico transparente en el que había estado *Tres en uno* estaba vacío.

Sin éxito, muy nervioso, recorrí toda la librería. Luego salí al pasillo. Li no estaba en la zona de los restaurantes ni frente a los cines. Regresé y recorrí nuevamente cada uno de los pasillos de la librería.

Sólo quedaba por explorar la sección infantil, que estaba separada por una pared del resto del local. Al entrar, Li Chao estaba leyendo mi libro sentada en una silla con forma de elefante.

—Sabes llegar —dijo apenas levantando la vista—. Lo haces bien —añadió.

No estaba claro si hablaba del hecho de encontrarla o de mi libro.

—Tú también —dije—, demasiado bien.

—Espero que me perdones las complicaciones.

—Para ti eso de llamar por teléfono no se usa.

—Si lo hubiera hecho no habrías venido.

Por primera vez estábamos el uno frente al otro, sin el filtro que establecían los mensajes. Era tan sencillo que parecía inverosímil.

Tenía la sensación de que faltaba algo, que una parte fundamental estaba ausente y, sin embargo, su cuerpo estaba frente a mí.

—Ven, vamos a tomar algo —dije.

—Me tienes que invitar. Starbucks es demasiado caro.

La observé caminando por el pasillo. Era la primera vez que podía hacerlo. Antes, por muchas semanas había sido yo el que se había sido examinado a gusto. Me informaba ahora sobre el cuerpo de esa mujer de mediana estatura, vestida con una camiseta y unos anchos pantalones despintados que no llegaba a llenar. Llevaba una bolsa de hombro tejida probablemente en algún lugar de Centroamérica y, casi ocultas bajo el largo ruedo de los pantalones, unas sandalias de plástico.

Después de tanta expectación, ese cuerpo resultaba casi decepcionante. Sin embargo, estaba seguro que de haber sido cualquier otro, hubiera pensado lo mismo. Con los mensajes había construido un fenómeno en mi cabeza que sacaba de proporción la realidad. Ninguna belleza hubiera podido comparar, al menos en un primer momento, con esa desmesura.

Antes de sentarnos, Li tomó un tablero de ajedrez y lo trajo a nuestra mesa.

—Soy las blancas —dijo y me di cuenta de que tras la perfección gramatical de sus palabras, yacía una entonación inhabitual, una forma rara de atacar ciertos sonidos.

—Claro, te gusta ir siempre un paso adelante.

En pocas jugadas perdí tres piezas y, cuando dudé largamente si movía un alfil, la escuché decir:

—Cada cuatro segundos muere de hambre un niño en el planeta. — Debió ver que no entendía porque añadió con impaciencia—: Ya deben haber muerto al menos doscientos.

Así era Li. Parecía conocer todas las estadísticas del mundo, tanto las iluminadoras como las triviales. Sabía cuál era el ingreso *per capita* de Togo, la tasa de inflación de Perú, los años que le quedaban al ritmo actual de tala a los bosques tropicales del planeta, el número de automóviles de Puerto Rico y, como dato comparativo, los que circulaban en Sudán; sabía cuántas pintas de sangre tenía el cuerpo

humano y el peso del cerebro de los delfines, cuántos espermatozoides había en una eyaculación y cuántos kilos de salmón comía en primavera un oso de Alaska.

En ella, la mención extemporánea de unos números era una especie de parodia de la cita, una puesta en cuestión, por exceso, de la realidad numérica del mundo. Observaba sus manos fuertes, su cuerpo con un ligero sobrepeso que la ropa ancha pretendía ocultar, su cara redonda de amplios pómulos pálidos, el pelo negro y muerto con una partidura al medio y recogido frecuentemente en trenzas infantiles, y me daba cuenta de que todo el conjunto era un camino hacia la sorpresa, que Li, una china habitante de una isla del Caribe que se acercaba a las obras de novelistas, pensadores y artistas como si de partituras a interpretar se tratara, tomaba cada aspecto de la vida como una niña que estuviera vuelta de todo.

Vi cómo tomaba dos cafés con leche, comía tres dulces diferentes, me dejaba ganar la segunda velocísima partida de ajedrez.

Recordé los pasajes que había subrayado en la biografía de Simone Weil. Casi todos establecían la distancia con la que la pensadora había vivido frente a sus contemporáneos, aun si con su compromiso con los necesitados había pretendido subsanar esta separación. Tras su entrega, se escondía más de una aflicción. Había visto lo suficiente de Li, a pesar de que hasta esa noche no la había tenido frente a mí, como para imaginar razones para la selección de su pseudónimo.

—¿Por qué Simone Weil? —pregunté.

—Me gusta ese nombre. Se ponía a estudiar de rodillas.

—¿De rodillas?

—Sí, estudiaba de rodillas, pasaba horas leyendo de rodillas. Era una filósofa humillada. Estaba medio loca pero era muy lúcida. Lo que más respeto de su obra es que comprendió, que luego de saberlo, uno no deja de ser un humillado. Nunca pretendió huir de esa realidad.

—¿Por qué yo? —pregunté— ¿Dónde me viste, cómo supiste de mí, por qué todo este esfuerzo, el juego tomado tan en serio?

—Te conocí en los libros y luego te vi en la universidad. Soy la única china de Literatura Comparada.

—Sabes que no contestas la pregunta.

—Claro.

—¿Entonces?

—Es imposible o más bien sería complicado darte una respuesta esta noche. Lo importante es que hemos llegado hasta aquí y que te agradezco mucho que hayas venido. Aparte de esto puedes utilizar la ocasión para mejorar tu ajedrez.

Starbucks cerraba y Li fue al baño. Al poco tiempo la dependiente me trajo una nota. «Me vienen a buscar. Si quieres puedes pasar por el restaurante. Salgo a las 10:30. No te obsesiones con los porqués. A la larga sé que nada se puede ocultar. Chao. Li»

Li vivía, con las semanas me daría cuenta de hasta qué extremo, en un mundo casi cerrado en el que no había llegado aún la sociedad de consumo ni la libertad plena; en el que disfrutar de una buena situación significaba no tener que compartir el cubículo en el que se dormía y en el que se disponía de un rincón para la ropa y, en su caso, para poner unas pilas de libros y papeles.

Trabajaba seis días en el restaurante y lo había hecho desde los once años. Era una pariente lejana de la familia que poseía media docena de locales de comida china en San Juan y en varios pueblos de la isla. Había nacido en 1969 en una aldea del extrarradio de Pekín que era, según Li, una llanura insalubre, fría y húmeda, llena en esa época de funcionarios forzados por la Revolución Cultural a «reeducarse» por el trabajo agrícola. Se permitía recordar poco: los charcos de fango que llenaban los caminos, los interminables campos de arroz, el sabor de las batatas hervidas, el regazo de su abuela, un par de canciones. Su familia debió separarse porque el padre, que era maestro de matemáticas, fue acusado de provenir de una familia de «intelectuales». Debido a las abyectas relaciones humanas impuestas por la Revolución Cultural, esto impidió que la madre de Li continuara relacionándose con su marido y la obligó a acusarlo y repudiarlo formal y públicamente. El padre fue enviado a pueblos cada vez más alejados de la capital, hasta que debió sucumbir a las heladas, al hambre, a la sentencia que se le había administrado por saber leer y escribir, por poseer manuales de geometría soviéticos, una vieja traducción prerrevolucionaria de *Madame Bovary* y el gusto burgués por el jazz. Después de incontables peripecias, la madre logró llegar

con Li a Hong Kong y desde allí, de todos los sitios posibles del globo, viajaron a Puerto Rico, gracias a las gestiones de unos lejanos familiares. Al llegar tenía seis años.

En los primeros tiempos ni siquiera vivió en San Juan, sino que compartió con otros familiares el segundo piso construido con bloques de cemento sin empañetar del restaurante *La Gran Muralla* de Arecibo. De allí había pasado a uno de la avenida Fernández Juncos en Santurce. En la escuela y en la calle fue siempre «la china». Durante años casi nadie fuera del restaurante la llamó por su nombre. Nadie se interesaba ni podía entender su historia. Por su distancia, tamaño y complejidad, China era una abstracción infranqueable.

Vivió con primos, tíos y entre «familiares» de parentesco desconocido, en un hacinamiento atroz. Fue la única que aprendió a hablar y leer bien el español y probablemente esta habilidad permitió que la dejaran graduarse de una escuela pública de Santurce. Allí fue de los pocos estudiantes que llegaban a la última página de los libros y la única que pasaba todo su tiempo libre en la modesta biblioteca.

Después de una larga lucha, logró convencer a la familia y entró a los veinte años a la Universidad de Puerto Rico. De alguna manera se costeó los estudios y, sobre todo pagó el derecho a estudiar, trabajando en el restaurante. Se sometía a reglas no escritas: la familia del patrón del restaurante la había sacado de China y tenía la obligación de trabajar para él, a cambio de un techo y un sueldo irrisorio, por un tiempo indefinido que podía durar toda una existencia. Ahora, decía Li, trabajaba para comprar su libertad en el mejor restaurante de la familia, en el que se ganaba más. Aparte de los compañeros de facultad, cuyo trato no había dejado de ser distante, era el primer hombre no chino con el que tomaba la iniciativa de relacionarse.

Luego de contarme las parcas coordinadas de su vida, dijo que ya podía comprender por qué prefería los libros a los hombres y por qué, de todos los posibles, había sentido curiosidad por un hombre que escribía.

—A mí casi nadie me lee —dije.

—A mí casi nadie me ve —contestó Li— o si me ven, ven a una china. Pocos pueden darse cuenta de algo más.

—Nos parecemos. ¿Por qué no escribes?

—¿Lees chino?

—Podrías hacerlo en español, lo hablas muy bien.

—Tampoco podría hacerlo en chino, nunca aprendí a escribirlo y tengo el chino de una emigrante. Sé decir aloz flito glande y celdo con salsa aglidulce. El problema no es la lengua sino la imposibilidad que tienen los demás de imaginarme. ¿Es posible escribir cuando la identidad no es compartida por nadie, cuando la inmensa mayoría de la gente no puede ni siquiera concebirte?

—¿Tú crees que es muy diferente para mí? Además —añadí— eso podría ser un buen espacio literario. ¿No es el escritor ya una especie de ser al margen de todos?

—Pero una china en Puerto Rico es muchísimo más extremo.

—Es natural. En todas partes es difícil ser escritor y todavía más llegar a ser leído con un mínimo de atención. Tú posición aquí es extrema pero no basta, no me convences. Hay algo más.

—No se puede escribir si uno no tiene palabras —dijo Li—. Si las palabras siempre han sido de otros. Por eso prefiero leer, tomar las palabras que los demás escriben y transformarlas. Es lo que conozco. Es lo que me he hecho siempre.

—Hazlo —dije.

—Fue lo que hice contigo.

Iba a verla a las diez, cuando en el restaurante quedaban muy pocos comensales y los empleados que terminaban su turno arreglaban las mesas y dejaban el local preparado para el día siguiente. Rara vez hablábamos en su cuarto. La invitaba a una pizzería o a un restaurante de comida criolla. Ambos le gustaban mucho y llegué a saber, por su manera de comer, que para Li la comida nunca había sido algo dado. Masticaba concienzudamente, con perfecta concentración, sin dejar al final ni un bocado en el plato.

—¿Te acuerdas de China, de tu infancia?

—Claro. Pero más que nada tengo huecos en la memoria. Más que recordarlo, *siento* el pasado. Quizá es difícil verlo así, pero para mí ha sido normal. El pasado es algo que encuentro en el silencio. Me la he pasado entre el ruido, primero en China con mi familia y los vecinos que vivían prácticamente con nosotros, luego en Hong Kong entre los

refugiados, más tarde en Arecibo, en San Juan, en el escándalo de las cocinas y el tráfico de las avenidas que llegaba día y noche a los cuartos en que he vivido, pero mi vida ha sido el ir y venir, si es que se puede decir, al silencio.

—¿Te molesta?

—No he tenido otro remedio. He estado siempre en ese mundo. En el mundo Li Chao; el planeta cuya población total está constituida sólo por mí: una china entre más de un billón de chinos, una china en una isla en la que no hay chinos fuera de los restaurantes, una china que lee y hace garabatos.

Pasada la medianoche la dejaba frente al edificio del restaurante. Vivía en la azotea. Entonces regresaba a casa, que no quedaba lejos. Era el momento más fresco del día y me sentía bien. Era mejor desde que estaba Li.

No me acostaba de inmediato. Ponía música. Bebía un vaso de jugo. Buscaba una libreta y escribía. Por primera vez en mucho tiempo estaba satisfecho.

Iba a la cama y contemplaba en el techo las sombras de los árboles. Ni siquiera sabía si quería acostarme con Li, si hacía falta.

Alguna vez la quise sacar de su ambiente habitual. Llevaba más de veinte años en el país y apenas había salido de San Juan y de la ciudad del norte en la que había pasado parte de la niñez. Resultaba difícil de creer, pero se había bañado en el mar en poquísimas ocasiones.

Aproveché algunos de sus jueves libres para ir con ella a comer pescado fresco a Salinas o Cabo Rojo; para hacerla conocer una playa o un bosque con muy poco éxito, pues había pocos seres más urbanos que Li. Para ella la naturaleza se encontraba en una lata de retoños de bambú o en una gran bolsa de arroz. Lo demás era un mal recuerdo o algo que no tenía la intención de experimentar. Prefería, por eso, las excursiones cortas y, sobre cualquier sugerencia mía, que recorriéramos a pie y en carro la ciudad hasta muy tarde, llegando en más de una ocasión a ver el amanecer frente al mar en un parque de El Condado.

Conversábamos durante horas, sorbiendo de la misma taza de un termo de té, haciendo la historia de nuestras vidas y de los libros que habíamos leído. Era una de esas personas para las que la cultura no tenía que ver con privilegios o entretenimientos, sino que robándole tiempo al sueño y al trabajo y sufriendo la incompreensión de su entorno, le había servido como un arma de sobrevivencia.

Con la salida del sol, la llevaba a toda velocidad de regreso al restaurante, antes de que las avenidas y expresos de la capital se embotellaran. Li dormía unas pocas horas, trabajaba la jornada, leía en las tardes cuando no había comensales en el restaurante y aguardaba mi llegada cada noche.

Durante el día, la recordaba hablando de perfil, con la mirada puesta en el horizonte. Rememoraba sus relatos hechos en un español casi perfecto, que le había valido su promoción a mesera en el mejor restaurante del clan y permitido el acto de rebelión que representaba su asistencia a la universidad. Había entonaciones e historias en esa voz, más allá de la enorme distancia de nuestros orígenes, en las que descubría el tono profundo de la ciudad que nos había tocado como una enfermedad.

En una ocasión Li debió trabajar el jueves para sustituir a una compañera y excepcionalmente tuvo un viernes libre.

—Me gustaría enseñarte algo en lo que llevo tiempo trabajando —dijo por teléfono—. Llévame a algún sitio. Por favor en interiores.

—Quieres comer pizza —propuse sabiendo que le encantaría.

Comenzaba la noche del viernes y un río de automóviles se desplazaba lentamente hacia los suburbios y los centros comerciales por la avenida Muñoz Rivera. Cuando llegué al *Sushi Bar*, Li llevaba rato esperando en la esquina. Tenía el pelo recogido en una coleta, vestía una falda negra y una blusa clara, vagamente oriental. Al hombro llevaba el acostumbrado bolso de tela.

Traía una mala noticia. Me había enterado esa tarde que los compiladores de una antología habían decidido prescindir de mi participación. Debía tener ya el temple para saber que me exponía a esto en cualquier momento y que para nada servían el mal humor y la desgana. No obstante me molestaba que justificaran mi exclusión por

la fecha de publicación de mis libros. Era una excusa burda y era muy probable que ni siquiera me hubieran leído y que, una vez más, el reconocimiento siguiera las vías de caprichos y amiguismos. Poco me consolaba el hecho de que Máximo Noreña fuera también desdenado. En su caso, las razones de los editores habrían sido aún más violentas e indignas.

Camino a El Condado, pero habiendo recorrido apenas un corto trayecto por estar atrapados entre cientos de automóviles, me costaba reaccionar al entusiasmo con que Li hilvanaba sus frases. La mala nueva daba vueltas en mi mente y no sabía cómo detenerla.

Las calles y avenidas estaban bloqueadas y era imposible llegar a las salidas del expreso. Nos tomó más de media hora arribar a Santurce y la llegada a El Condado por la avenida de Diego estaba comprometida por un concierto en Bellas Artes. Recordé que quedaba cerca una pizzería en la que había comido con Diego. Por ella recalaba una estrella de lucha libre que en mi niñez había visto en la televisión. Su frente, por mucho más oscura que el resto de su cara, era una cicatriz que parecía la corteza de un árbol.

Estacioné frente a una casa primorosa, probablemente construida en la década del treinta, que llevaba años abandonada y a la venta. Caminamos una cuadra hasta la pizzería, repleta de familias y parejas y nos sentamos en el único apartado libre.

Pretendí excusar mis silencios por el escándalo del local. Apenas comí y dejé que Li devorara la pizza de anchoas. Por hablar de algo, tratando de disfrazar mi indisposición, le conté del luchador que frecuentaba el restaurante. Me sorprendió ver que sabía perfectamente de quién hablaba, pues para los chinos que apenas entendían español (y éste era también su caso entonces), *Las Estrellas de la Lucha Libre* era uno de los pocos programas que podían comprender. La veintena de habitantes de la azotea, se sentaba cada sábado frente al televisor, con una pasión sólo comparable a la que les producía las películas de artes marciales de Hong Kong.

Li sabía lo que me ocurría, pues se lo había relatado en el lento camino hacia el restaurante. Suponía que mi mal humor se secaría como un charco, dejando una costra seca y quebradiza, que se

parecería a la frente del luchador. Así construía el primer viernes libre de Li, desbordado de negativismo, sin ganas de nada.

—Toma —dijo—. Es para ti.

De su bolso había sacado un rollo de papel de no más de ocho pulgadas de ancho. Lo tomé y lo fui desenrollando. Pronto me di cuenta que la tarea era casi imposible allí, pues tenía más de seis pies de largo.

—Gasté tres bolígrafos haciéndolo —dijo al ver que mi rostro adquiría otro talante.

De arriba a abajo, salvo por unos márgenes exiguos y orgánicos, Li había cubierto el largo papel con una línea laberíntica, que creaba una masa negra que parecía viva, como si pudiera vibrar a un milímetro de la superficie. Era una proeza de determinación y paciencia, a la vez el ciclo incansable de una máquina y la huella insustituible de una mano.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Es lo mejor que he visto en mucho tiempo.

No mentía. Su dibujo se destacaba por sobre la obra de muchos artistas que no eran más que parodias de estilos internacionales.

—Pero es un disparate —dijo—. La tinta de tres bolígrafos en dos metros de papel del que viene en rollos y se pone en el baño del restaurante, dibujado por una china sin título que trabaja como una perra en un país en el que los chinitos no se supone que hagan nada que no sea vender sopa de huevo y *egg rolls*. En otras palabras, la obra de nadie. Supongo que debería hacer como tú, desgraciar la noche y echarme a llorar.

—Pero es muy bueno —dije—. Deberías usar mejor papel. No usar bolígrafos.

—No cambiaría nada. Incluso le quitaría fuerza. No te das cuenta que estás frente a un anónimo. Li Chao no existe. Una china entre mil trescientos millones de chinos, sin contar los que han emigrado y viven en el extranjero, y entre cuatro millones de puertorriqueños que no se ven ni a sí mismos. Una lesbiana que le dio por perseguir con palabras de otros a un escritor que hoy se lo come el fracaso.

Rara vez hablaba directamente de sí misma. Su esfuerzo por contactarme había sido una vía muy eficaz para eludir confesiones. Las palabras de otros eran su protección y a la vez una forma de expresarse

elípticamente. Su lesbianismo no era una sorpresa, pero sí el que se decidiera a comunicármelo. Pretendía sacarme de mí mismo y forzarme a verla. No quería que nuestro trato fuera un fiasco. Tampoco yo. Quería algo de ella y a pesar de su confesión, no me sentí lejos.

Tomé su mano y nos miramos a los ojos hasta que los dos retiramos la vista en el mismo instante. Un hombre y una mujer se transforman cuando sostienen una mirada en la que por primera vez no pesa el silencio. A partir de ese momento, es un engaño suponer que nada va a pasar. Desde entonces se construye una historia de la que es imposible retirarse.

Pedí la cuenta.

—Ahora soy yo quien quiere enseñarte algo —dije.

Las avenidas se habían liberado. Fui por la Ponce de León hasta el puente que conectaba con la isleta de San Juan, cambié de dirección y conduje hasta San Patricio. La cabina del carro nos contenía con una placidez que hasta entonces no habíamos conocido.

Frente al centro comercial en el que nos habíamos encontrado por primera vez, di media vuelta y tomé la avenida Kennedy en dirección de San Juan. Un viernes a esa hora, esta zona bordeaba por negocios en los que se vendían todos los modelos de autos que circulaban por el país, se hallaba sin un alma. Sobre la mano que agarraba la palanca de cambios, Li posó la suya y acercó su cabeza hasta posarla en mi hombro. Me viré hacia ella y, por un segundo, tuve en los míos el calor de sus labios.

—Ahora mira las luces del puente —dije.

Fijamos los ojos en los postes del alumbrado. El Puente de la Constitución estaba a un kilómetro y medio. Al cruzarlo, a la derecha estaría Hato Rey y a la izquierda, la bahía de San Juan. Avanzaba exactamente a cincuenta millas por hora. Lo tenía calculado. Lo había hecho incontables veces. Los postes del alumbrado creaban la ilusión de levantarse, hasta formar por unos segundos dos gigantescos signos de interrogación a cada lado de la avenida, con la certeza mágica de las ilusiones ópticas. Al darse cuenta, Li apretó mi mano y la escuché hablar tan cerca que su voz parecía originarse dentro de mí.

—Lo siento. Te debo haber llenado la cabeza de preguntas. Si te sirve

de consuelo, no tienes idea de cómo tú lo has hecho conmigo.

—Esta noche está repleta de las preguntas más difíciles.

—Lo sé y quizá no tengan respuesta.

Poco después estábamos de nuevo en Santurce y volvíamos a recorrer tramos de la avenida Ponce de León. La ciudad parecía constreñirnos con sus circuitos limitados. No valía la pena repetir el mismo trayecto. Indeciso y temeroso pregunté:

—¿Qué quieres hacer?

La sentí buscar la respuesta, mantenerla un segundo en su mente y atreverse a decirla.

—Llévame a tu casa. Sólo te pido que no me penetres.

Nunca había hecho el amor partiendo de una limitación tan severa, pero como en tantas otras cosas, Li me condujo por territorios inexplorados. Sus amplios senos, la curva grácil de su vientre, la piel de los hombros, que parecía estar cubierta por una película de cera, la inigualable calidez y pericia de su lengua, la capacidad para estar presente hasta en los menores movimientos, hicieron que la imposibilidad de consumar el acto, me hiciera descubrir las delicias de la contención.

La prohibición incrementaba nuestra ansia. Nuestras sesiones desconocían el tiempo, al estar desprovistas del desenlace lógico. Los movimientos se estiraban sin fin y sin esfuerzo. El acto era incolmable, al menos para mí lo era, y la energía transitaba por mi cuerpo sin agotarse. Al unirnos construíamos un lugar para el cual no había mapas ni servía la experiencia y ese ámbito desafiaba todos los presupuestos. Era imposible saber lo que hallaríamos en él y lo que se esperaba de nosotros.

La soledad y el sufrimiento acumulado por años, el peso de toda una vida, nos había llevado a este punto. Éramos náufragos que compartían la misma balsa en el océano de las calles de San Juan y estaba claro que sin esta indigencia jamás nos hubiéramos encontrado. Lo que hacíamos, si se miraba bien, era inviable. En el lugar imposible en el que hacíamos el amor como tullidos, fuimos ciegos ante un abismo. Caíamos uno sobre el otro, mordiéndonos, deslizándonos por lenguas por pezones y ombligos, obsesionados en el lento examen del

orificio vedado, observándolo, circulándolo, tensándolo, sin pestañear, sin bajar la mirada. Nos entregábamos sin más ley que la que desafiábamos, descubriendo el próximo movimiento en el momento mismo de hacerlo. Sus senos chocaban en mi pecho, agarraba sus brazos con fuerza, tiraba de su cabellera, para llegar nuevamente a sus ingles, hasta que el poder incontenible de una gran ola la hacía arquearse una y otra vez. Sin descanso, volvíamos sobre nosotros, sin palabras, a veces con una mirada que era más sólida que un miembro erguido y acaso también más memorable. Al borde del agotamiento, luego de horas, Li me acogía en su boca, con la aplicación total que reservaba a sus dibujos, hasta que casi más allá de mi cuerpo se producía un derroche grácil y solemne. Mi semen caía salpicando labios y cuello y luego resbalaba hacia el vientre o goteaba de su barbilla como una lágrima densa y enorme.

Entonces, con brazos y piernas enlazadas, iban renaciendo nuestros cuerpos: descubríamos que los miembros nos pertenecían en exclusividad y que marcaban la diferencia y la distancia. No hacía falta que algún acontecimiento viniera a deshacernos. Éste ya había ocurrido; no se hallaba en la historia que hacíamos, sino que nos precedía. Desde que Li perdió a su padre, desde que cruzó medio mundo y vino aquí, desde que me propuse sobrevivir harto de todo pero abrazado al hartazgo, desde entonces estábamos condenados.

El silencio caía sobre nosotros como una membrana que al espesarse deshacía el abrazo. Permanecíamos un rato uno junto al otro e iba creciendo una turbación para la cual no encontrábamos nombres. La mente se detenía en las sábanas humedecidas por el sudor, en el semen cristalizado sobre la piel, en el hambre, la sed o el embarazo de un pudor recién descubierto. La batalla por construir una fortaleza con dos cuerpos, por hallar alguna respuesta o seguridad había terminado. Li se levantaba y desaparecía en la ducha, sin decir palabra, ansiosa por borrar con agua y jabón las marcas de nuestro trato. La veía atravesar el cuarto torpemente, enredándose con zapatos y prendas de ropa dejadas en el suelo, y mi ánimo pasaba rápidamente de la ternura a algo que podía llamarse de muchas maneras y que no era otra cosa que congoja. Era un dolor terco y duro que había conocido desde que tuve consciencia del tiempo, de la soledad y del dolor mismo.

Li me había conquistado con la brillantez de sus mensajes y no se me ocultaba que tras ellos reptaba una pretensión de control. Una lesbiana se había enamorado de un hombre y éste le correspondía, pero era ella la que determinaba cuáles eran las reglas del juego. No estaba a gusto con el papel que me había tocado y el impedimento representaba una amenaza constante. Nunca había contemplado la posibilidad de sostener una relación de esta naturaleza. Si me había aventurado a ella era porque Li era un misterio. No sabía, más allá de las razones evidentes (y ni siquiera éstas lo eran del todo) por qué me había buscado, por qué se había puesto y me había puesto ante un amor (¿pues de esto se trataba o me engañaba por completo?) que en cualquier momento podía resultar imposible. ¿Dónde estaba el cuerpo de Li y el mío al estar con ella? ¿No tenía frente a mí la absurda ausencia de su cuerpo, una distancia que para siempre sería infranqueable e incomprensible? ¿Podría vivir con una mujer con la que, en mi viaje hacia ella, siempre me perdía?

Li salía de la ducha sin mirarme, peinando con los dedos el pelo empapado, con una lentitud demasiado estudiada. Subía a la cama e iba deslizado sus dedos de mechón en mechón, repitiendo sin descanso el mismo gesto. Al sentir mi mano, buscaba mis ojos. Invariablemente, luego de habernos amado, hallaba miedo en los suyos.

Unos minutos más tarde, cuando luego de salir de ducharme me vestía en el cuarto, la observaba sentada con las rodillas levantadas y la espalda contra la cabecera de la cama, absorta, todavía peinando su pelo. Entonces le preguntaba si se encontraba bien, la veía ladear la cabeza y asentir, sin que el pelo, que caía como una cortina sobre su cara, me permitiera saber si era verdad.

Intentaba estar con ella el mayor tiempo posible. Iba al restaurante cuando terminaba la jornada y muchas veces comía allí con el grupo de empleados. Según pasó el tiempo, el patrón, que era el patriarca empresarial de la familia, a quien Li estaba atada por una deuda turbia que la obligaba a trabajar para él, llegó a aceptar mi presencia casi cotidiana. Tomó incluso la iniciativa de consultarme algún asunto, ilusionado porque mi pertenencia a esta sociedad le abriera alguna

oportunidad comercial u ofreciera relaciones interesantes. A la larga se dio cuenta de que no servía para eso y me tomó como otra excentricidad de su «sobrina».

Fui parte así de muchas cenas tardías en la mesa del fondo del restaurante, en la que los empleados comían después del largo día de faena. Los familiares y compañeros de Li, libres por fin, se paraban y sentaban, se interpelaban a gritos, ajenos a todo orden o respeto, en un jolgorio en el que la extenuación se mezclaba brevemente con la euforia. Estas cenas, sin tacto ni afecto, eran el resultado de los años en que se habían soportado prácticamente cada hora del día, en la estrechez de cocinas, comedores y dormitorios que los habían convertido, más que en una familia, en una comunidad encallada en un mundo extranjero. Al estar con ellos, me venían a la mente los que se alimentaban a horas fijas en los bancos de un internado o un cuartel.

Me daba cuenta de que en la mesa se hablaba a veces de nosotros, con abierto descaro hacia Li, que entendía lo que decían. No sabía si la envidiaban por haberse agenciado un compañero ajeno a su círculo o si sencillamente lo hacían como expresión de hastío o crueldad. Según Li, no comer con ellos habría sido peor. Tenía que verles las caras todos los días y no podía dejar el trabajo. Ser independiente del todo, era algo que por lo pronto no podía ser. Esa gente, el padre del actual dueño del restaurante, había puesto el dinero para traerla con su madre de China. Le habían dado techo y sustento. Se había establecido así una obligación, que no era tan solo económica, de la que no se podía desentender.

Luego de varias semanas, según se fue haciendo evidente el poder de nuestro lazo, a la «familia» de Li dejó de importarle que pernoctara conmigo. Parecía sentirse cómoda en la casa, se movía a gusto, tomaba lo que quería, libros, alguna pieza de ropa, trajinaba cuanto quería en la cocina, pero me doy cuenta ahora que nunca pidió nada: ni una gaveta para sus cosas, ni una mesa para dibujar. Tampoco indicó preferencia alguna: un lado de la cama, un tipo de comida, una marca de producto. Era probable que tuviera que ver con su hábito de vivir casi prestada, compartiendo todo con otros, sin poseer más que unos

pocos objetos, pero acaso también era una manera de estar preparada para una eventualidad que sabía que, pese a todo, estaba al acecho. Desde que salió de su pueblo en las afueras de Pekín, no había tenido a qué aferrarse excepto a la comunidad de chinos con los que trabajaba. Vivía de la forma más leve posible. Lo único que la ataba era una deuda y la imposibilidad de abandonar el país. En los dos casos, se trataba de cadenas.

Una cosa, sin embargo, siempre estuvo clara: no podía forzar ni imponerle nada. Las preguntas hechas con insistencia no eran bienvenidas y la llevaban invariablemente a un taciturno mal humor. Debía sugerir un tema o una inquietud y obtener una explicación estrictamente factual horas o incluso días después. Era, a todas luces, una defensa excesiva, pero era incapaz de abordar áreas de su vida de otra forma. A veces pensaba que Li vivía en una estrecha lengua de tierra frente a un desfiladero. Había allí muy poco espacio de maniobra.

Éstas eran las condiciones, estaba en mí tomarlas o dejarlas. Nunca me lo dijo abiertamente, pero siempre estuvo claro. Su situación y preferencias sexuales no habían sido un misterio. Éstas, de hecho, habían sido sospechadas por mí y establecidas por ella desde el comienzo. Sin embargo, los límites eran los suyos. Mientras estuvimos juntos le correspondió una libertad que nunca tuve.

Estas incertidumbres y zonas de sombra, contrario a lo que se podría suponer, acrecentaban nuestra voluntad de estar juntos. Era como si supusiéramos que el fin ya convivía con nosotros y que había que luchar por retardarlo. El deseo crecía al saberse herido de muerte y en la cama nos sumergíamos en una marea en la que apenas percibíamos nuestras siluetas. Aun allí, no quedaban lejos nuestros temores.

De las profundidades de ese mar, surgíamos para hablar de libros y autores, de *performance art*, de Duchamp, John Cage y Diógenes de Sínope, creando una isla de pasiones compartidas en la otra isla que era una afrenta diaria a quiénes éramos. En la calle había quienes se detenían a mirarnos. Estábamos lejos de ser un acto de circo, pero estoy seguro que percibían nuestra extrañeza. Negociábamos así, a veces con indiferencia y a veces con soberbia, los rápidos de una

sociedad en la que siempre nos habíamos sentido de más. Aun así, la vida era mejor, indudablemente mejor, desde que Li estaba.

En la universidad, Li se había matriculado en Literatura Comparada pero había tomado también cursos en muchos otros departamentos. Sus intereses eran amplísimos y podía leer con interés tanto a Foucault como a un fascículo de la FAO. Tenía, como sus mensajes mostraron, un vasto e idiosincrásico conocimiento literario, aún más admirable cuando se sabía que había leído de pie en librerías, sin poder comprarlos y en jornadas sucesivas, muchos libros. Tomando en cuenta de dónde procedía y cuáles habían sido y todavía eran sus circunstancias, la mujer en que se había convertido, era un milagro. Trabajaba como camarera la jornada entera, pero a la hora de almorzar y en sus ratos libres consumía cantidades impresionantes de páginas. Cuando las comentaba conmigo, mostraba una comprensión profunda y original. Lo que llegaba a sus manos parecía recomponerse y el texto de otro acababa siendo, por su lectura, un texto que se redefinía y brillaba. En todo momento estaba ocupada, usualmente leyendo y dibujando, y sólo descansaba cuando dormía. En la vigilia no podía haber un espacio vacío, un momento para la ensoñación o la vagancia. Luchaba por aprovechar, la hora, el minuto, el día entero.

En algunas ocasiones nos sentábamos a ver una película, pero al cabo de un rato, la veía tomar la libreta y dibujar sin levantar la vista.

—No descansas —decía.

—Nunca he podido —contestaba.

—No estás viendo la película.

—Claro que sí —contestaba con un dejo de soberbia—. Dibujo a partir de ella. Si no la estuviera viendo, no estaría dibujando esto.

Según pasó el tiempo, las manchas de tinta negra de sus dibujos crecieron y se multiplicaron. Dejó los cuadernos de formato pequeño y utilizó papeles progresivamente más grandes, que guardaba en un portafolio que le quise regalar y del cual estuvo agradecida como una niña. Sus obras invadieron su cuarto en la azotea del restaurante, mi casa y hasta, con una pieza sublime, la horrible pared de mi oficina en la universidad.

Era un trabajo de orfebre. Surcos sucesivos de tinta iban cerrando la superficie del papel hasta componer áreas de honda intensidad. Si los trazos hubieran sido hechos en línea recta, la mano de Li hubiera recorrido incontables metros, pero aquí ese esfuerzo se concentraba en pocos centímetros. Las líneas borraban su transcurso hasta convertirse en un cuerpo sólido y pulsante que requería un trabajo descomunal, tedioso e hipnótico. Al final, aparentemente en el papel no había nada o casi nada: una forma geométrica más o menos pura, con ligeros destellos de blanco que eran la mínima superficie que no había recorrido la punta de la pluma. El resultado era austero y deslumbrante y constituía además una poderosa propuesta conceptual. En lugar de ser un dibujo borrado, como el famoso de Kooning que concienzudamente había «eliminado» Rauschenberg, el dibujo de Li desaparecía por un exceso que parecía penetrar en el papel y a la vez flotar sobre él. Era una serie casi infinita de trazos que no se sabía dónde ni cuándo terminaban. No le interesaba averiguarlo, le bastaba con que continuara vivo, liquidando sus huellas, haciendo con la línea más fina la mancha más densa, el muro más infranqueable.

Progresivamente, mi entusiasmo llegó a ser muy grande. En los últimos años, había visto poco arte que despertara mi entusiasmo. Sería fácil pensar que el amor me cegaba y los demás tópicos asociados a esto, pero en el caso de sus dibujos, aparte del deseo de que el ser amado fuese extraordinario, estaba la contundencia de un trabajo que se realizaba con idéntica disciplina en cualquier lugar y circunstancia. Li cargaba con sus cuadernos y rollos de papel e indiferente de lo que la rodeaba se ponía a la obra. Sólo se detenía cuando la mano engarrotada no podía más.

Una vez le dije que era una Penélope, que en lugar de destejer cada noche la mortaja, construía una tan vasta y densa que no se podría terminar nunca. Mi comentario pretendió ser ligero y no pude imaginar el enigma que contuvo su respuesta. «Aunque no quiera, yo también espero», dijo y continuó dibujando, protegiéndose con un silencio que no tuve el coraje de romper.

Renació mi interés por el arte y vislumbramos la posibilidad de hacer proyectos juntos. Poco a poco nuestra relación se convirtió en una de trabajo. Ya el proceso de mi caza, la persecución que Li había realizado a través de sus mensajes, constituía una suerte de conceptualismo, con el mérito añadido de haber borrado la frontera entre arte y vida, que había sido, después de todo, el deseo de tantas vanguardias.

Una enigmática e inaudita chino-puertorriqueña llevaba a cabo, sin pretensión de ninguna clase, casi espontáneamente, con los comunes materiales que tenía a su disposición: marcadores, bolígrafos y papeles de dibujo comprados en la sección de papelería de cualquier farmacia, una obra ejemplar.

No firmaba sus piezas, afirmando que en la ejecución misma estaba la autoría. Resultó natural, pues, que contempláramos llevar a cabo un arte anónimo, cuya presencia surgiera como un hecho consumado, sin atribución posible, en los espacios más públicos y muertos culturalmente de San Juan. Las piezas, cuya realización tomara incontables y pacientes horas, se pegaban en una estación de autobuses o en los baños de un edificio de oficinas; allí quedaban como un acertijo o una mínima revalorización del espacio en que las emplazábamos. ¿Por qué emprendimos este esfuerzo que no nos iba a rendir ningún beneficio ni sería tomado en cuenta por los que historiaban estas tareas? La respuesta no era fácil de formular. Basta decir que fue una forma de amor y de rabia.

Nuestros trabajos adquirieron mayores proporciones y llegué a implicarme plenamente en ellos. Desempolvé mis cámaras y con la colaboración de Li, fotografié de cerca las caras de los cocineros de varios restaurantes chinos. Una quincena de rostros que rara vez veían el sol, con pústulas, manchas y ojos inyectados de sangre, fueron reproducidos en varios centenares de copias. Li y yo pasamos madrugadas encolándolos junto a anuncios de conciertos y concentraciones políticas. Ningún mensaje los acompañaba. Era una línea de caras que una mañana sorprendía en las avenidas a peatones y automovilistas. En la radio hubo quien comentó que se trataba de candidatos desconocidos a las elecciones. Nadie, salvo un par de escritores, supuso que podía ser una obra de arte. Nos encantaba, que

según pasaban las semanas, continuaban respetándose las imágenes. Nadie se aventuró a dibujarles un bigote ni las desprendió de la pared.

En otra ocasión, Li sacrificó una treintena de dibujos de manchas, hechos con paciencia infinita, y los pegó en cada una de las puertas de los apartamentos de un condominio de la avenida Baldorioty de Castro, al que penetramos trayendo las hojas y el pegamento escondidos en una caja de pizza.

Ésta fue la única intervención en que Li permitió que la fotografiara. Quedan media docena de imágenes en las que aparece organizando los dibujos, poniéndoles pegamento, sonriendo junto a una puerta intervenida.

Honramos también la manera en que nos habíamos conocido, cuando Li trazó con su tosca letra de molde, que iba inclinándose según progresaba el renglón, una serie de frases, que al ser escritas en lugares públicos, en paredes o sobre el pavimento, resultaban alucinantes. Recuerdo varias que habrán descubierto incrédulos los ciudadanos en distintos puntos del área metropolitana: «Un pueblo que como jefe del Estado vota a una efigie que en su vida ha leído a un libro, ¿está tan lejos de quemar libros?» o «Si no hay un solo sitio en el que no hayas sufrido, ¿qué otro motivo puedes invocar en apoyo de una vida errante?» Recuerdo que a Li le gustaba particularmente ésta: «Los hombres no pueden traducir claramente lo que hago aun si lo están viendo». Ésta era la definición más precisa de nuestro empeño.

A menudo me he preguntado por qué optamos por el anonimato. Probablemente supusimos una incompreensión e indiferencia casi totales. Además, me dejé llevar por los deseos de Li, que encontraba algo voluptuoso en desaparecer. Era el método que ya había empleado en los mensajes que me había dirigido y había sido así, desdibujándose, como había logrado vivir sus pasiones, entre los chinos. Quizá, también, había de su parte una intención de control casi absoluto. No había una autoridad personal mayor que la de esfumarse sin huellas, como si nada de lo hecho con dedicación y gran trabajo hubiera existido.

La vida de Li había sido determinada por eventos y compromisos que la ataban indefinidamente. La inmigración, la pobreza, las deudas familiares habían significado una especie de servidumbre. Lo que

emprendía estaba voluntariamente cubierto de misterio. Construía un juego de espejos, en el que a la larga, no se sabía quién era reflejado o, incluso, si había alguien reflejado. Así podía hacer lo que quisiera prescindiendo del entendimiento o del juicio de los demás. En su mayor esfuerzo estaba también la mayor desposesión, pero de esta manera podía ser libre.

Un sábado que Li tenía desocupado y que íbamos a pasar juntos, encontré una nota al buscarla en la azotea. Había tenido que salir antes de la hora convenida a poner una orden de materiales para el restaurante y aprovecharía el viaje, a la tienda de productos orientales, para visitar a unos parientes. Me daba la hora en la que la debía buscar en el local del distribuidor, que quedaba frente a la base de Isla Grande.

Era el primer mensaje que Li me escribía en mucho tiempo. Había sido redactado con una escritura común y corriente, que me hizo añorar la letra de molde de los antiguos.

Tenía tiempo antes de encontrarme con ella, así que sin prisa recorrí la avenida Ponce de León hasta llegar a Miramar. Me gustaba esta arteria de la ciudad, especialmente cuando no había tráfico. Al llegar al comienzo de Santurce, que había sido construido sobre una colina, se sentía una vibración en el aire y una luz diferente a la del resto de la ciudad, que probablemente se debían a la cercanía del océano. A lo largo de los años, había hecho este recorrido un gran número de veces, sobre todo en días de asueto, para combatir el aburrimiento en una ciudad que parecía muerta. Ese día, sin embargo, tenía un objetivo.

Luego de estacionar, fui a desayunar a una repostería. Al sentarme junto a la vidriera, me di cuenta de que había estado allí hacía unos meses, un sábado también, cuando ignoraba quién podría ser el autor de los mensajes. La situación había cambiado de manera significativa. Me era grato comprobarlo, pero esta consciencia iba acompañada de un presentimiento incómodo, que sugería la inestabilidad de todo estado y relación. En unos meses podía estar en ese mismo local, escuchando la voz increíblemente infantil de una de sus dependientas, y estar muy lejos del actual orden de cosas. La reflexión era un tópico, pero tras su banalidad, yacía la contundencia de la realidad. Hasta ese

momento, no estaba del todo claro lo que significaba para Li. Vivíamos al vuelo de los días, sin habernos propuesto un futuro. Aun nuestros proyectos artísticos, se hacían en un presente absoluto, que no requería ninguna anotación en el calendario. Esta tendencia me resultaba inquietante, pues encarnaba la incertidumbre. Me había enamorado de Li, disfrutaba cada momento que pasaba en su compañía y no parecía que ella estuviera dispuesta a hablar de ningún lazo, ni siquiera del que hubiera dejado apalabrada la prolongación de la situación presente. En ocasiones, me resultaba tan incomprensible como los chinos con los que había vivido toda su vida.

Fui a pie hasta la tienda de productos orientales. Nunca había entrado a ella, pero había visto muchas veces su fachada al pasar por la avenida Fernández Juncos. En la misma cuadra había un par de bares *topless* y, un poco más adelante, el solar vacío donde había estado el prostíbulo más grande de la ciudad. A esa hora de la mañana, la zona estaba desierta.

Entré al local mal iluminado y atiborrado de mercancías, que de inmediato me hizo imaginar que había viajado a otro continente. Altas góndolas repletas de productos que nunca había visto, limitaban el paso excepto por un estrecho pasillo. Al fondo, había un viejo escritorio y un hombre que recordaba al patrón de Li, pero que a diferencia de los trajes de éste, vestía una camisa llena de manchas. Fuera de mi vista, varias personas hablaban animadamente en chino.

Recorrí las filas de estanterías, examinando las latas y botellas cuyas etiquetas estaban escritas en caracteres incomprensibles para mí. Por sus dibujos, podía identificar lo que contenían, pero me era imposible saber la naturaleza de su preparación. Al término de una de las filas, encontré una mesa baja y larga repleta de revistas y periódicos y sobre ésta, un par de tablillas con delgados volúmenes en rústica. Tomé uno. En la portada había una especie de superhéroe mecánico con una ametralladora y en su pecho de metal llevaba escrito en caracteres latinos el título de la serie de aventuras: *Predator*. Más allá de la portada, estaban los párrafos verticales. Junto a la mínima librería, había un centenar de vídeos, flanqueados por unos afiches que anunciaban películas de artes marciales filmadas en Hong Kong.

Atrás, más allá del escritorio del patrón, a quien saludé con una inclinación de cabeza, había más estanterías en las que se almacenaban pescados disecados, grandes botellas de aceite de sésamo y salsa de soya, *woks* y utensilios de cocina de todos los tamaños. Me detuve un momento a examinar las filas de frascos que constituían una pequeña farmacia de remedios orientales. Tras una cortina, se podía percibir el trajín de un número indeterminado de niños y adultos y, contra la pared del fondo del local, había una nevera enorme de la que salió una mujer mayor cargando bolsas repletas de vegetales.

Li no estaba por ninguna parte y me acerqué al patrón para inquirir por ella. Gritó una frase en chino que contestó la mujer que había salido del refrigerador y entonces señaló una puerta que no había visto. Al empujarla, me encontré con una escalera. El segundo piso daba a una galería que bordeaba un mínimo patio, que era el espacio interno entre dos edificios. De las puertas salía música o conversaciones. Toqué en una y abrió un hombre con una camiseta sin mangas y un cigarrillo en los labios. Tras él, había una cama estrecha y una mujer arrodillada en el suelo frente a una vasija con ropa y espuma. El hombre me hizo repetir la pregunta, entonces salió al pasillo y con la mano indicó que llegara al final. Toqué en la última puerta y al abrirse encontré a Li.

No nos besamos. Sin que me lo indicara por un gesto, supe que nos encontrábamos en una situación que requería un pudor extremo. Cerca de la pequeña ventana, que daba a la parte lateral del edificio vecino, había dos hombres. Li me llevó a ellos. Un anciano pequeño y muy flaco estaba sentado en una butaca cubierta por un plástico transparente y en una silla puesta al revés descansaba un hombre joven. El anciano se llamaba Wen Da y era tío-abuelo de Li, Bai Bo era su primo. Me senté en el camastro y mi amiga me trajo un vaso con té antes de venir a mi lado. Los parientes hablaban entre sí. Li parecía explicar quién era, pero supuse por la parquedad del intercambio que la noticia no era nueva y que esas palabras constituían una suerte de prólogo. Los dos hombres debían haber estado esperándome.

En las paredes colgaban caligrafías, paisajes y dibujos de aves hechos con tinta. En la mesa había útiles de dibujo y en una esquina junto a la

puerta, un centenar de libros organizados en pilas. El anciano hablaba casi susurrando, con una voz ronca. Era extraordinariamente delgado y en su sonrisa solo había un par de dientes. Preguntó, por intermedio de Li, si me gustaba el té. Volví a llevar el vaso a los labios, la infusión tenía un sabor áspero y terrestre, y asentí con la cabeza. Dijo entonces que tendría salud y larga vida si bebía varias tazas diariamente.

Noté que Bai, el primo de Li que fugazmente había visto por el restaurante, me miraba con dureza, sin dirigirme nunca la palabra. Jugaba con el vaso de té, miraba el linóleo gastado del suelo o, a través de la ventana, la pared del edificio vecino, sin intención de implicarse en la conversación. Luego de que Li riera con Wen, Bai dijo algo que la hizo bajar la vista y contestar con una corta frase que pareció ruda. Entonces el hombre apuró el vaso de té y salió sin despedirse. Desde la puerta le contestó a su prima y cuando desapareció permanecimos en silencio.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Perdona a Bai —dijo Li cuando el ruido de sus chancletas se perdió por las escaleras.—Siempre ha sido así.

—No importa —dije sin entender.

—Wen fue notario en China —dijo cambiando de asunto—, pero además estudió arte. Todos los dibujos son suyos.

Paseé la vista por las paredes. Las imágenes eran tradicionales: ríos, montañas, pájaros entre espigas de bambú, caligrafías que eran probablemente nombres de personas o citas de textos, que habían sido hechos con una mano hábil.

Por preguntar algo, inquirí si seguía trabajando.

—Dice que es una disciplina ardua y que ya no ve bien y está cansado.

—¿Qué lee? —pregunté señalando las pilas de libros.

—Libros antiguos —tradujo Li.

Bebimos una segunda taza de té en la habitación del anciano. Wen Da tendría la gentileza de mostrarme sus pinceles, los rollos de papel de arroz, las tabletas de tinta. Hurgaría entre sus libros y pondría en mis manos amarillentas ediciones en el original de Huanchu Daoren, Huang Po y Chuang Tzu. Al identificar los nombres mencioné el Tao.

Wen se mostraría encantado de que supiera algo del tema y hablaría con entusiasmo. La traducción de Li sería excesivamente escueta:

—Habla de prácticas taoístas que ha seguido.

—¿Por qué está aquí? —inquirí.

—Vino con nuestro grupo —explicó Li—. En realidad, no es mi tío abuelo, pero da lo mismo pues lo quiero igual. Trabajó con nosotros en los restaurantes, fue cocinero muchos años, pero era diferente de los demás. Ya ves, tiene libros y es pintor.

—¿Lo vienes a ver a menudo?

—Siempre que puedo. Es el único que considero mi familia.

—¿Y Bai, tu primo?

—El no cuenta, como los demás.

—¿Por qué se fue?

—No quiere verte.

—¿En serio? Le molesta que estés con alguien que no es chino.

—Es más que eso y no vale la pena hablar del asunto. Bai, como todos nosotros, ha pasado su vida entre *woks* o viendo películas de kung fu. No conoce nada más y es un miserable.

—¿Pasó algo?

—Muchas cosas pasaron, pero ya no importa —dijo Li.

La pareja del cuarto vecino, discutía en el pasillo. Wen miró a Li con resignación. Sacó de la mesa de noche un billete de cinco y varios de uno y se los entregó a mi amiga, que a pesar de sus esfuerzos, no pudo devolvérselos.

El anciano dijo que regresara cuando quisiera y que cuidara de su «sobrina». Bajamos a la tienda, Li guardó la factura que le entregó el patrón y, enceguecidos por la luz del mediodía, salimos a la calle.

Pasamos el día de paseo por el viejo San Juan, comiendo *sushi* y helados en El Condado, visitando todas las librerías que encontramos en nuestro recorrido. No abundaban los días en que podíamos disponer de tantas horas para estar juntos. Además, tenía el aliciente de haber conocido a Wen Da y Bai Bo. Li me había permitido entrar en contacto con elementos significativos de su pasado, e interpreté este gesto como una demostración de cercanía y compromiso.

En la noche, dimos una gran vuelta en automóvil y acabé, nuevamente, invitándola a comer. Estábamos contentos, Li había comprado libros y alguna pieza de ropa; habíamos corroborado además cómo varias de nuestras pintadas e intervenciones todavía interpelaban a los transeúntes. En el apartado de la pizzería, Li se sentó a mi lado y sentí su cuerpo acomodándose, buscando el calor del mío. Esa noche se quedaría en casa y no tendría que volver al restaurante hasta el mediodía del domingo.

La noche fue memorable. Algo movía a Li, que como nunca había tomado la iniciativa en la cama. Sus manos y piernas, todo su cuerpo, se batía contra mí con un deseo que me encendía y que era un don inestimable. Permanecía boca arriba mientras iba explorando cada resquicio de mi piel, dosificando sus movimientos para llevarme una y otra vez al borde de un gozo excelso. Se dedicada a mi placer, impidiendo que mis manos obraran sobre ella, como si esa noche se hubiera propuesto construir mi júbilo. No le bastó que me derramara larga y profundamente entre sus labios, sino que quedó mirándome sin pestañear, dejando resbalar la esperma de la boca a los senos, comunicándome así que nada la separaba, que ella era la única que podía enriquecer de esa forma mi carne.

Salí de la ensoñación, que era una prolongación deliciosa de lo que acababa de vivir, al sentirla de nuevo entre mis piernas, afanada en revivir mi miembro, con un ansia que me nutría y que impregnaba de extremo a extremo mi cuerpo. No entendía lo que hacía; por qué pretendía que me entregara así a ella, por qué se empeñaba en poseerme.

Desperté sin tener noción alguna del tiempo transcurrido y la encontré entre mis brazos, dormida, ovillada, parte de mí. A lo lejos se escuchaba la sirena de una ambulancia o de un carro de policía. Fue naciendo en mí el terror de que algo se interpusiera entre nosotros. Inmóvil, escuchando el ritmo casi imperceptible de su respiración, luché por deshacerme del miedo, procurando poseer alguna certeza. Al observar en el techo de la habitación las sombras danzantes y nocturnas de los árboles, supe que mi mente intentaba producir un pensamiento que tardaba infinitamente en llegar. Era esto lo que me

había sacado del sueño. No sabía exactamente lo que era y comprobaba, en ese momento, que no quería averiguarlo. Estaría allí, anunciándose perennemente, en una mente detenida ante el abismo.

Durante semanas fuimos corrientes de fondo que viajaban para encontrarse. Cada uno poseía una energía elemental que iba hacia el otro sin procurar explicaciones. Viví tan intensamente que pensar y temer pareció superfluo. Por una vez, en la brevedad de ese periodo, ni el pasado ni el futuro contaron para mí.

Llegué a conocer el desarraigo de los chinos de Puerto Rico, la honda introspección de su tristeza, que ahogaban en las jornadas en que trajinaban sin pausa. Estaban resignados a su suerte y, tan extenuados, que no les quedaban fuerzas para desear otra vida que la de las cocinas. Así se explicaba su endogamia, su menguado empeño por aprender un idioma o salir a conocer, en su contado tiempo libre, la sociedad en la que habían vivido por años. Li se destacaba en este panorama, pero también estaba tan determinada por él como ellos. Una vida distinta sólo le resultaba imaginable si mediaba un corte nítido, si un día partía lo más lejos posible del clan del que había sido parte.

Volví a ver a Wen Da varias veces y llegué a hacer amistad con un grupo de cocineros taciturnos y terribles que podían ser generosos y amables, cuando se acordaban de las mujeres e hijos que habían dejado en un continente al que no regresarían. Solamente Bai no hizo esfuerzo alguno por acercarse. Era un hombre áspero, con marcas de acné y una calvicie prematura, unos años mayor que Li. Los empleados le guardaban cierta distancia y ocupaba el último escalafón en la jerarquía de las cocinas. Luego de cerrar el restaurante, cuando comían en la gran mesa del fondo, se sentaba en una esquina concentrado en su escudilla, casi ajeno a las conversaciones. Engullía apresuradamente todo lo que ponía en ella, como lo hacen los presos o ciertos animales. Cuando podía, apostaba el jornal a las cartas, jugaba dominó o se entretenía con películas de artes marciales. En su día libre, dormía la borrachera de la víspera. Li y él se trataban poco, pero con una sequedad que resultaba evidente. Solamente la madre del

patrón, que era su tía, se mostraba bien dispuesta hacia él, para disgusto de Li.

Tuvimos una vida que se pareció a la de cualquier pareja. Mi relativa aceptación por los chinos del restaurante, había hecho posible que Li pasara casi todas las noches en casa. Debí acostumbrarme a dormir poco, pues después de que terminara el turno nocturno, era que Li llegaba. Comíamos y conversábamos y luego pasaba un rato leyendo a su lado. La sentía afanarse con sus papeles y tintas. A veces, inmersa en sus pensamientos, movía los labios en silencio como si hablara o canturreara. Levantaba los ojos del libro cuando la escuchaba dar un largo y hondo suspiro. Estiraba entonces los brazos sobre su cabeza, los senos se le marcaban y la tela de la blusa dejaba ver parte del vientre y las caderas. Iba hasta ella y comenzábamos a desvestirnos.

En otras ocasiones, el rasgar de la pluma sobre el papel era tan violento, que sabía que el momento no era apto para trances amorosos. Debía esperar hasta que sus manos no pudieran más y esto podía durar una o dos horas. Al dejar la pluma estaría extenuada, pero poseía una placidez que sólo experimentaba luego de sus batallas de tinta.

En las mañanas, me levantaba sin despertarla y me preparaba para el trabajo. Junto a la cama, tirado en el suelo, estaba el bolso en el que traía la ropa, los libros y los materiales de dibujo. Li saldría de la cama más tarde y pasaría la mañana leyendo. Luego prepararía algo de comer e iría caminando hasta el restaurante.

Las jornadas de trabajo se convirtieron en la ansiosa espera de los días libres. Teníamos entonces un día completo y la mañana del segundo para nosotros. Ya estaba hecha nuestra rutina de paseos, restaurantes y librerías; ya sabíamos que regresaríamos a la casa para hablar, leer y hacer el amor. El periodo de la noche posterior a la cena, era un regalo, un tiempo que nos hacía creer en la redención.

Ilusionado, tranquilizado por esta normalidad, fue inevitable que una mañana de domingo me aventurara a abordar el tema. Posteriormente me arrepentí muchas veces, pensando que mi torpeza había sido imperdonable. Hoy sé que fue imposible, y por esto mismo injusto,

que me exigiera otro proceder. Desde la noche en que me había pedido que no la penetrara, buscaba una respuesta.

—¿Nunca me vas a dejar? —pregunté.

—¿Dejar qué? —En el timbre de su voz se presentía la veloz aparición del pánico, pero ya no podía detenerme. Igual que yo, Li debería haber aguardado mucho tiempo el momento en que haría esta pregunta.

—Hacer el amor plenamente —expliqué.

—No sé.

—Te quiero Li, es natural que lo desee y para mí es importante.

—Supongo que sí.

—¿Entonces por qué no? Hacemos todo lo demás y lo disfrutamos. Me parece que te gusto. ¿Por qué no llegar a ese punto?

—Hay cosas que son difíciles.

—¿Por qué no intentas explicarlas? Te proteges demasiado. Ya viste cómo te acercaste con los mensajes. Pudiste en cualquier momento salir del juego.

—Pero no lo hice.

—Ni yo tampoco. Apenas hablas de ti. Sé quién eres por lo que haces y casi nunca por lo que dices.

—No estoy acostumbrada a hablar de mí. Dicen que es una cosa china.

—Pero ahora estás conmigo y puede ser diferente.

—Lo sé.

—No tiene que ser hoy, piénsalo y confía en mí. ¿Qué puede pasar?

—Todo.

Quedamos en silencio. Durante la conversación Li no me había mirado. El pelo ocultaba su perfil. No podía aceptar que no estuviera dispuesta a aclararme nada.

—¿Prefieres a las mujeres? ¿Es eso?

—A veces preferiría a una mujer, pero no está tan claro desde que te conozco.

—¿Qué es lo que no sé de ti?

—Muchas cosas.

—¿Qué? —pregunté.

—Lo que no puedo decirte.

—¿Y eso es? —pregunté amargamente sorprendido por la emoción

que me sobrecogía.

—Lo que no puedo decirte —repitió Li.

Al día siguiente, me informó que estaba enferma. Cuando sonó el teléfono, pasadas las once y media, no fue una sorpresa la gravedad ni el recelo. Dijo que nos veríamos la noche siguiente, cuando se sintiera mejor, pero estuve seguro que tampoco vendría. Veinticuatro horas después ni siquiera contestó mis llamadas.

Pensé que era injusta. Lo que había abordado no era una nimiedad y no podía ignorarse indefinidamente. Podía incluso, al menos así lo suponía, aceptar su veda, pero era necesario que me mostrara por qué. No podía estar frente a un muro ante el cual no cesaba de interrogarme. Era imperioso saber por qué una mujer que supuestamente se guardaba de los hombres había llegado a posesionarse de mi vida.

Transcurrieron días aciagos, en los que, como antídoto ineficaz a su ausencia, recorrí la ciudad sin orden ni destino. En las noches me sentaba a escribir la historia de nuestro encuentro como antes ella hacía sus dibujos: era el relato de una línea obsesiva que desembocaba en una geometría ilegible.

Resultaba difícil así, sin explicación ni contacto, aceptar el naufragio. Ya no podía dejar pasar la vida presuponiendo que no pasaría nada, que los años en esta ciudad no serían más que lo que conocía hasta el asco. Este deambular por calles y avenidas, sin ningún lugar a dónde ir, con la vaga esperanza de que algún día encontraría una salida que permitiera la ilusión momentánea de que se había partido, de que era posible otra vida o una situación que pareciera de verdad otro mundo.

Era una esperanza vana e inoperante, pero estaba clavada en mi mente y en la de tantos otros, como si la historia no hubiera permitido otra idea a esta sociedad. Era ésta una de las señas de identidad del país; era ésta nuestra obsesión con la salvación y la huida.

Me recordaba con frecuencia que debía vivir en la incertidumbre. Li se resguardaba pero volvería. Era difícil de tragar en ese momento, pero prefería el hueco que ahora tenía en el pecho al tiempo inútil de antes de conocerla. Esperé. Sufrí al saber que estaba obligado a hacerlo. Pasé noches escribiendo, aguardando que el timbre del

teléfono sonara para detenerme, para decir basta ya. Pero Li no llamó y comencé a preferir su ausencia, la certeza de que, una vez más, había perdido a alguien. Saber que nada iba a quedar, que quién sabe por cuánto tiempo mi vida volvía a ser un susurro, una mancha de dejadez y olvido, era extrañamente una manera de consolarme.

Supe que Li emergía de las profundidades cuando al regresar a casa una tarde, encontré en el buzón un rectángulo negro. Había pegado allí uno de sus dibujos. Éste parecía pertenecer a una serie nueva, ya que el trazo fino de la pluma dejaba muchos pequeños espacios en blanco y la impresión que producía la mancha, una suerte de nube flotando en el espacio, había sido creada probablemente por la escritura y reescritura de una frase o palabra. No estaba mal y tuve curiosidad por ver cómo se vería este procedimiento en un formato mayor. Al dorso del papel, estaba la acostumbrada letra de molde inclinada, que no me había sido dirigida desde que había descubierto a la autora de los mensajes. Eran cinco cortas líneas: «Tengo más posibilidades de salvarme a través del infierno que del paraíso. Acude esta noche al interior del Cine Paradise y búscame en la máquina de imágenes».

Li volvía a sus viejas maneras. Me pregunté si iniciábamos así una etapa más plena o si era un retroceso al periodo anterior a nuestra vida común.

El Cine Paradise quedaba en Río Piedras y, si no me fallaba la memoria, era una ruina. En la adolescencia y en la primera juventud había visto allí incontables dobles tandas y algo de teatro, según el local fue pasando de una administración a otra, según sus dueños tomaron el riesgo de una temporada de cine de arte y ensayo o de películas de Hollywood ya estrenadas u optaran por la fácil alternativa de un cine italiano de subidas escenas íntimas. Al final, el edificio que tanta fantasía albergó, había sido abandonado y en él incursionaban vagabundos y drogadictos, hasta que los propietarios o el gobierno municipal tapiaron sus entradas.

Esa noche vería si me equivocaba y había algo nuevo en el Paradise. Lo que era indudable era que este mensaje ya no poseía la magia de los anteriores. Al saber quién era su remitente, resultaba una

complicación innecesaria. Una llamada por teléfono o una visita a la que era, si ella lo quería, también su casa, ahorraría los esfuerzos de desplazamiento y búsqueda. Aun así tenía la intención de acudir esa noche a Río Piedras y sentía una expectativa que rayaba en la felicidad.

Desde temprano estuve listo, pero postergué la salida porque quise poner algo de orden en la sala y el dormitorio. Los días sin noticias de Li habían producido su cuota de dejadez. Despolvé, barrí, puse una tanda de ropa en la lavadora. Recorrí la casa, esperando sin propósito alguno, que la oscuridad de la noche se asentara. Fue pasadas las siete que subí al carro y me dirigí a Río Piedras.

La avenida Muñoz Rivera estaba, una vez más, intransitable. Hacía tiempo que no pretendía entender la lógica del tráfico de San Juan. A esa hora, los embotellamientos de la salida del trabajo debían haberse despejado y las calles estar libres. Sabía, sin embargo, que un accidente a kilómetros de distancia o, inexplicablemente, como era el caso entonces, un cielo encapotado, bastaba para que se trastornara la circulación. Lentísimamente fui pasando semáforos inútiles, que ante el caudal de automóviles, habían dejado de ordenar el tránsito.

Al girar en la avenida Universidad, encontré una situación similar. Río Piedras se encontraba desbordado por vehículos y transeúntes. Frente a los bares, cafeterías y colmados la gente se arremolinaba más allá de las aceras y no tenía idea por qué había tanto movimiento. Tomé por una bocacalle y me topé con otro tranque. Me armé de paciencia, di muchas vueltas y finalmente pude estacionar lejos, en una calle cercana al corral de autobuses, cuando eran ya pasadas las ocho.

No sabía qué motivaba tal afluencia de público a una parte de la ciudad que, normalmente, se encontraba poco concurrida en la noche de un jueves. Según me acercaba a la calle de las librerías, donde se encontraba también el Cine Paradise, el gentío se hacía más denso. Escuché el rumor de una voz de mujer que daba un discurso y vi que en los postes del alumbrado habían colgado pancartas que anunciaban la inauguración de la temporada de *Noches de Librerías*. Entendí por qué Li me había convocado allí. Quería que nos encontráramos en la multitud que acudía a la celebración. Era uno de los pocos lugares y momentos en que los libros parecían contar en la ciudad.

Entré por la avenida Gándara al tramo de la Ponce de León donde estaban las librerías, sin razón aparente pues no era el camino más corto. Este pedazo de arteria, que se encontraba ya dentro del casco de Río Piedras, nunca me había parecido formar parte de la avenida que cruzaba la ciudad hasta el viejo San Juan. Este humilde fragmento, donde estaban las principales librerías de Río Piedras, debió merecer su propio nombre. Poco tenía que ver con el resto de la avenida.

En La Tertulia había mucha gente, tanto dentro como fuera, muchas caras conocidas que prefería no detenerme a saludar en ese momento. Una o varias presentaciones de libros se estarían llevando a cabo allí esa noche y lo mismo ocurriría en la Librería Mágica y acaso también en las otras que se encontraban en esa manzana. La música venía de más adelante. Allí estaba el Cine Paradise y la plaza frente a una de las salidas del Tren Urbano. La calle estaba cerrada al tráfico y era difícil transitarla por la cantidad de gente. Me preguntaba cómo iba a encontrar a Li en esa muchedumbre, cuando sentí que me llamaban. Era un hombre joven que había leído mis libros y escribía. Cada vez que me encontraba con él, tenía la amabilidad de referirse a ellos. Conversé unos minutos, antes de que pudiera recordar su nombre. Luis Rosario tenía una forma particular de pronunciar las últimas sílabas, en la que parecían combinarse una cuna humilde y cierta pedantería. Era un infatigable animador de revistas literarias, cuyos pocos números se publicaban en pueblos del interior y rara vez llegaban a una librería de San Juan. Aprovechaba nuestro encuentro para proponerme una entrevista que quería publicar en alguna de éstas. Me sorprendía cómo se agigantaban en el interior del país las magras reputaciones de los escritores de la capital. En el mundo literario sanjuanero ocurría lo contrario y aquí no se desperdiciaba una oportunidad para no leer o no hablar con un colega. Intercambié con Luis direcciones electrónicas y números de teléfono y nos despedimos con un abrazo.

A pocos metros, zigzagueando entre la gente, di de frente con un editor que no tuvo más remedio que saludarme. Hacía tiempo que no contestaba mis llamadas y el texto, que le había entregado hacía unos meses, yacería arrinconado en su oficina sin que le hubiera prestado atención alguna. Me saludó a gritos, llamándome «Poeta» e hilvanó

una conversación de ametralladora, imposible de interrumpir, en la que se quejaba de las pérdidas del negocio, anunciaba nuevos títulos, saludaba y me presentaba a gente que circulaba a nuestro alrededor, para al final despedirse exigiéndome que lo llamara a la mayor brevedad, porque esta vez no podía pasar más tiempo sin que nos reuniéramos.

Tuve que detenerme más veces, pues concentrados en menos de cien metros había una infinidad de compañeros de trabajo, antiguos estudiantes, gente con quien había coincidido a lo largo de los años en exposiciones, conferencias y presentaciones de libros. Esa noche el mundo cultural de San Juan, por lo general apenas perceptible, ocupaba la calle.

Al fin pude llegar frente al Cine Paradise. En la plaza, junto a la estación del Tren Urbano, habían levantado una tarima y varios puestos de comida. Un conjunto de *reggae* tocaba una canción melosa y larga y por todas partes había gente comiendo pinchos y bebiendo cerveza. El cine estaba tal como lo recordaba: una pared de bloques de cemento sin empañetar, sobre parte de la cual se había pintado un mural, tapiaba por completo la entrada. Permanecí allí, escuchando la música, parándome de puntillas para ver si veía a Li.

Entonces sentí que alguien se dirigía a mí. Al volverme, descubrí que era Máximo Noreña. Junto a él estaban los niños con los que lo había visto hacia unos meses en un centro comercial y una mujer que debía ser su esposa. Me preguntaba cómo se podía entrar al Cine Paradise.

—¿Se puede entrar? —contesté sin poder darle una respuesta.

—Se tiene que poder —afirmó Noreña—, tengo que proyectar allí un vídeo esta noche.

Al tenerlo frente a mí, podía percibir en Noreña, la mezcla de mal humor y timidez que caracteriza a muchos escritores. Había sobrevivido a sus demonios y a la indiferencia que por mucho tiempo sufrió su trabajo, empeñado en armar libros que no eran sino la reiteración de unas desgarraduras. Un mal de fondo reptaba en todo lo que escribía, pero si algo validaba su obra era que no huía de ese dolor; no se dedicaba a otro asunto que no fuera la exploración de ese territorio desprovisto de colores que había convertido en literatura. Al final, luego de años, había obtenido un éxito relativo, que le había

permitido suponer que al menos trabajaba para cierto público. Sabía, no obstante, que muchos lectores y escritores hubieran preferido que Noreña nunca llegara a formular el universo literario en el que los tópicos del Trópico no justificaban el viaje, a no ser que se quisiera asistir al fin de las quimeras.

En los últimos años, había hecho unas cortas películas. Por lo visto, una de ellas se proyectaba esa noche, en la ruina del cine al que no sabíamos cómo entrar.

—Una amiga me citó también allá dentro —dije—. Me extrañó, porque lleva años cerrado.

—Pues hoy lo abren por alguna parte, porque piensan restaurarlo y por eso organizan esta Noche de Librerías. Soy Máximo Noreña. Mucho gusto. Mi esposa Isabel. Mis hijos. He leído algún libro tuyo. Te reconocí por la foto de la solapa.

—Yo casi todos los tuyos. Es un placer.

—Algo tenemos en común —dijo Noreña—. Por lo menos un gesto ante estas calles.

Mientras hablábamos, Isabel había preguntado por dónde se entraba.

—Dicen que es por la parte de atrás —explicó.

—Vamos juntos si quieres —propuso Noreña.

Entramos a un callejón, que bordeaba la parte ciega del teatro. Al fondo habían colgado luces de colores y se arremolinaba la gente. Corría una brisa demasiado fresca para la temporada.

—No conozco el nombre de esta calle, la del fondo me refiero —dijo Noreña mientras caminábamos—, pero recuerdo hace muchos años, cuando todavía era un adolescente, que había allí una librería. *La Contemporánea*, así se llamaba. No era muy buena, pero el dueño era un español que había vivido en Cuba hasta la revolución y le decían *El Colorao*. Tenía algo que ver con la dueña de *Thekes* porque allí se le veía también. Algunos de mis amigos eran audaces ladrones. Iba con ellos, pero nunca me atreví a hurtarle un volumen. Siempre pagué y no me sobraba el dinero. Sentía que había que proteger al Colorao. No quería que se molestara, cerrara la tienda y nos dejara sin municiones.

En la anécdota palpitaba el tenor del mundo literario de Máximo Noreña. En él las librerías, los autores y los libros convivían con las calles de la ciudad y parecían tener el mismo peso que los personajes y

la acción. Con los textos de otros, releyéndolos, alterándolos, había creado los suyos, en una sociedad que apenas tenía afición por los libros. Era un hombre orgulloso y seguramente poseía la soberbia del que se ha empeinado en seguir su visión hasta el agotamiento y la inutilidad de la victoria pírrica. Había aceptado con una resignación, que en ocasiones parecía una manifestación extática, la marginalidad del artista. En sus libros, San Juan siempre era el resultado de la mirada de un escritor. Alguna vez, alguien se lo había echado en cara y Noreña había contestado que otros las fundan, las construyen y dominan, pero que los escritores son los que inventan las ciudades.

Entramos por una rampa lateral y descubrimos un espacio grande como una plaza pequeña. Las butacas habían desaparecido, dejando vacía una larga extensión de cemento, flanqueada por altos muros sin ventanas.

—Miren, no hay techo —dijo Isabel.

Levantamos la vista. Sólo quedaban las vigas de acero en las que crecían unas enredaderas y a través de ellas se podían ver las pocas estrellas del cielo nublado.

—Lo deberían dejar como está —dijo el escritor—. Se imaginan este espacio crudo para hacer teatro, danza o simplemente para venir a conversar. Una ruina genuina no estaría mal en una ciudad que siempre le da la espalda a su pasado, que borra lo que fue con un par de condominios. Cualquier alcalde es capaz de perpetrar aquí un estacionamiento.

Más de un centenar de personas paseaban por la explanada. Muchos tenían la edad para recordar las horas pasadas allí, cuando el cine estaba aún en funciones. Máximo fue hasta la mesa donde se encontraban los organizadores, llevando en la mano el disco de su película. Sus hijos correteaban por la explanada e Isabel saludaba a una pareja. Caminé por el teatro en busca de Li. Saqué el dibujo del bolsillo y volví a leer: «Acude esta noche al interior del Cine Paradise y búscame en la máquina de imágenes». No tenía la menor idea de lo que podía significar.

—¿Puedes creerlo? —preguntó Noreña cuando regresó a mi lado—. Han traído un proyector pero han olvidado el sistema de sonido.

Pretenden que ponga la película como si fuera cine mudo. Me he negado y han prometido buscar unas bocinas. Habrá que esperar, pero quién sabe cuánta gente habrá cuando las traigan. Además, va a llover.

—Esperemos que no —dije observando el cielo.

Recorrí con Noreña el recinto. Al final, en lo que había sido el vestíbulo, vimos unas escaleras que habían perdido el barandal. Estaba oscuro. Máximo llamó a sus hijos y subimos los cuatro tanteando la pared. Arriba estaba el pequeño balcón del cine, desde el cual se podía observar magníficamente la plaza formada por la nave. Estaba claro por qué Li me había citado precisamente en ese lugar, era un espacio inesperado y casi mágico al que sólo se podía acceder esa noche.

A nuestra espalda había, en cada extremo, unos escalones y dos entradas sin puertas. Máximo pidió a sus hijos que lo esperaran antes de bajar y entró conmigo al cuarto que conservaba el techo y estaba desprovisto de luz salvo por la que entraba por unos ventanucos. Vimos la silueta de dos moles de hierro. Noreña se acercó y descubrió que eran los proyectores cuya maquinaria estaba corroída por el óxido. Inspeccionaba las enormes bobinas cuando llegué junto a él.

—Impresionan —dijo—. No imaginé que pudieran ser tan grandes. Pensar que por aquí pasó todo: el neorrealismo italiano, Fellini, Passolini, la *Nouvelle Vague*, las comedias soporíficas y vagamente pornográficas con que matamos tantas tardes y noches. Es increíble que hayan dejado esto aquí.

—Sí —dije, viéndolo jugar con las ruedas y manivelas, como si el proyector fuera un monumento salvable y estuviera considerando llevárselo a casa.

—Fue una gran máquina de imágenes. Por aquí llegaban los sueños a Río Piedras.

Quedé asombrado. Máximo Noreña acababa de decir la frase que Li había escrito en su mensaje.

—Has dicho las mismas palabras que una amiga me escribió esta tarde.

—Ah, sí. ¿Cuáles?

—Lo de la máquina de imágenes.

—Es bastante lógico. Casi una descripción exacta.

—Mi amiga pidió que viniera aquí, a la máquina de imágenes, para encontrarme con ella.

Estábamos solos en el antiguo cuarto de proyección. Afuera los hijos de Noreña tiraban algo contra la pared. Menos gente debía circular por el cine, porque su rumor había amainado.

—Aquí no hay nadie —dijo Máximo.

—Ya lo sé. Son las nueve pasadas. Quizá llegué tarde.

—¿No te citó a una hora? —preguntó.

—No.

—Pues tu amiga te lo pone difícil si no sabías que los proyectores estaban aquí.

—No lo sabía.

—No se pueden pedir milagros —concluyó Noreña.

Dudé en contarle la historia. Pensé que si había alguien que pudiera comprenderla era él. Pero no dije nada.

Máximo había salido a ver lo que hacían sus hijos. Pasé la mano por los montículos de óxido de la máquina de imágenes y miré alrededor. En el suelo había basura y montones de hojas secas. Moví con el zapato una pieza de metal que debió formar parte de los aparatos. Me puse de puntillas para mirar por uno de los ventanucos. Una cantante movía las caderas frente al micrófono, acompañada por un guitarrista con una melena *rastafarian*. La multitud se dispersaba y abría sus paraguas. El cielo estaba pálido por el reflejo de las luces de la ciudad. Comenzaba a llover.

Iba a salir al balcón por la otra puerta del cuarto de proyección, cuando me percaté que había algo tirado en el suelo y me incliné a recogerlo. Era una hoja pequeña de libreta de dibujo. En su parte superior había un pedazo de cinta adhesiva. La letra de molde de Li decía: «La Tertulia. El tercer *Tres en uno*. No tardes». El papel se había despegado o alguien lo había arrancado.

Cuando salí, Máximo Noreña ya había bajado con sus hijos a la explanada. Lo observé hablando con los organizadores que se apresuraban a empacar el proyector antes de que comenzara el aguacero. El cine se vaciaba y no había llegado el equipo de sonido.

—La función ha marchado perfectamente —dijo Noreña al verme—. Supongo que nos tendremos que ir —añadió dirigiéndose a Isabel.

—Debo encontrarme con mi amiga en La Tertulia. Me dejó un mensaje.

—¿En la máquina de sueños?

—Lo encontré en el suelo. Debió caerse.

—Pues nada, hasta otro día.

Estreché su mano y me despedí de su mujer. Al salir al callejón caí en cuenta de que no le había pedido su número de teléfono ni sugerido un nuevo encuentro. Pensé que era un verdadero imbécil.

Cuando llegué frente a la plaza donde estaba el escenario, la llovizna se convertía casi sin transición en aguacero. La gente corría a guarecerse bajo los balcones o en el vestíbulo de la estación del tren. La calle, ahora sin gente, era un mar de desperdicios y vasos de cerveza. Era una lluvia fresca y ventosa que traía olores de tierra. No podía esperar a que se aplacara y me resigné a empaparme. Llegué a La Tertulia con la camisa pegada a la piel.

Entre las mesas de la librería había más personas que huían de la lluvia que compradores y en ninguna de sus dos salas estaba Li. Saqué del bolsillo del pantalón el mensaje que había doblado en cuatro y fui a la sección de literatura puertorriqueña. Busqué en las estanterías la primera letra de mi apellido. Había allí una pequeña pila de *Tres en uno* puesta de manera que se viera la portada del libro. Tomé uno y lo abrí, haciendo que sus páginas pasaran rápidamente una tras otra. No había nada. Volví a la pila. Había cinco. El mensaje hablaba del tercero. Lo tomé e hice lo mismo. Vi una mancha vertical que no pertenecía al texto. Busqué hasta que encontré el papelito. «No has venido. Simone».

Había tardado demasiado. Era la primera vez que el mecanismo de relojería suiza de los mensajes de Li no funcionaba. Se afirmaba así el tiempo de los desencuentros.

El mensaje hallado en el libro era glacial. Su frialdad se reafirmaba por el nombre que había utilizado para firmar. Era como si los tiempos se confundieran y ya no se supiera qué verdaderamente era el presente. Una consecuencia se destacaba de todo el asunto: la elaboración de sus telas de araña, en el contexto de nuestras relaciones de entonces, rayaban en la estupidez. Li se había esfumado un día y

semanas después me convocaba a un lugar en el que había cientos de personas, para dejarme un mensaje mal fijado en un sitio recóndito, que a su vez me remitía a otro. El procedimiento resultaba fútilmente laberíntico. Antes no nos conocíamos y los mensajes creaban un excitante juego al escondite. Ahora no eran más que una complicación innecesaria, que podía haber sido evitada con una llamada o una visita.

El tenor del mensaje no daba muestra alguna de que compartiera esta reflexión. Probablemente supondría que no había querido venir o que había llegado tarde a propósito.

Esperé unos minutos a que amainara la lluvia hojeando las novedades. Al ver que el chaparrón no daba señal de aplacarse, decidí acabar de mojarme hasta los huesos. Junto a la puerta estaba el dueño. Alfredo Torres conocía a todo el mundo que compraba un libro, así que luego de saludarlo le pregunté si había visto por la librería a una mujer china.

—¿Una china? —preguntó dudando de lo que quería saber.

—Sí, una china, una muchacha.

—¿Ah, tú dices la compañera de Carmencita?

—¿Carmencita? —pregunté sin saber de quién hablaba.

—Por aquí estuvo la china que es compañera de Carmen Lindo.

—Sí, ésa —respondí desconociendo si en efecto era Li, impactado por una información que era primera noticia.

—Estuvo por aquí —explicó Alfredo—, pero hace rato que debe haberse ido.

—¿No sabes adónde?

Alfredo negó con la cabeza.

—¿Oye cuando regresa Carmen de California? —preguntó, pero no obtuvo mi respuesta, porque salí corriendo.

La lluvia era densa. Alrededor de mí se apresuraba gente bajo paraguas o pedazos de cartón, que reían y chillaban al pisar los charcos.

Como resultaba inútil apurarme, pues había estacionado lejos, pronto dejé de correr y caminé sin apremiarme, casi satisfecho con los

golpes de los goterones que ayudaban a que no pensara demasiado en lo que Li había decidido que ignorara.

Quedé prácticamente solo en las calles anegadas y, cuando llegué a mi automóvil, tuve que hundir los zapatos en dos palmos de agua. La inoperancia de las alcantarillas de Río Piedras era notoria. Al sentarme al volante, no tomé el camino más corto por la avenida Gándara, sino que permanecí en esas calles, haciendo un recorrido por el corral de autobuses, la Plaza del Mercado, la de la Convalecencia, por sólo ver cómo era la ciudad bajo la lluvia. No quería regresar de inmediato a casa. La noche había sido un chasco, salvo por el encuentro con Máximo Noreña, de quien también me había despedido de una manera apresurada y torpe, gracias a las complicaciones de Li. Al fin y al cabo, sólo quedaba en limpio el fracaso de nuestro encuentro y el dato inquietante que me había proporcionado Alfredo.

Pasé frente al Cine Paradise, pues la policía había vuelto a abrir la calle al tráfico. Cerca de La Tertulia, pegado a los edificios para tratar de mojarse lo menos posible, vi a Máximo Noreña llevando en brazos a uno de sus hijos y tras él, a Isabel y el niño mayor. No era el único para el cual la noche acababa mal.

Al transitar frente a los portones de la universidad, tuve una idea. Li habría regresado a pie a la azotea del restaurante y era probable que el aguacero la hubiera pillado a medio camino. Podría estar todavía en la calle. Tenía que hacer lo posible por encontrarla. Necesitaba saber por qué no me había hablado de Carmen Lindo y qué significaba esto. Recordé que había escrito en el mensaje: «Tengo más oportunidades de salvarme a través del infierno que del paraíso». Necesitaba también saber por qué.

Giré en cuánto pude y enfilé el auto hacia la avenida Muñoz Rivera. La recorrí hasta la altura del sushi bar en el que trabajaba, pero no la encontré en las aceras ni guarecida en ninguna de las paradas de autobuses. Rehice camino a toda velocidad y tomé entonces la Ponce de León, que era una vía paralela. Las aceras mojadas centelleaban bajo la luz de los postes y no se veía un alma. En las mesas exteriores del McDonald's cercano a la calle Betances, percibí las siluetas de varias personas que aprovechaban el exiguo techo. Cuando estuve frente a él, vi al vagabundo gordo y barbado, envuelto en bolsas de

plástico, que hacía años deambulaba por la zona, y a un par de hombres que acostumbraban pedir limosna en el semáforo próximo. Iba a abandonar la búsqueda cuando me percaté que un poco más adelante, semioculta en la esquina del local, estaba Li. Frené violentamente y abrí la puerta. Vino a sentarse totalmente empapada, temblando. Vi sus ojos. Había llorado.

En casa, Li se dio una ducha caliente y se metió en la cama. Poco después me acosté junto a ella. Los dos miramos en el techo las sombras de los árboles que el viento de la tormenta hacía bailar con fuerza. Al cabo de un rato, Li cambió de posición y buscó el calor de mi costado. Se durmió en un instante, sin que ninguno de los dos hubiera hablado de lo acontecido esa noche, sin que me hubiera atrevido a preguntar si había sido o era la amante de Carmen Lindo.

La bolsa de Li volvió a estar casi todos los días en el suelo junto a la cama. Superficialmente, nuestra vida volvió a ser como antes. Cada cual estaba atado a su trabajo y nos dedicábamos el tiempo libre. Como era de esperar, los recientes acontecimientos, unidos a nuestra incapacidad para aclararlos, crearon zonas grises y un cierto desgaste. No poseíamos la misma frescura ni el mismo deseo y los silencios comenzaban a pesar. Aun así, no puedo negar que estaba contento de tenerla cerca.

Pronto Li cayó enferma con una mala gripe. La fiebre y los dolores le hicieron imposible trabajar y pasó días en cama. Se incorporaba para tomar una sopa o un té, conversábamos unos minutos y volvía a cubrirse con las frazadas. Durante horas interminables sólo se podían ver unos mechones de su pelo sobre las almohadas. Llegué a pensar que fingía la gravedad o que prolongaba voluntariamente su recuperación, para así tener la coartada de una especie de desaparición doméstica que diferiría la entrada en materia.

Durante casi una semana, no leyó ni dibujó y fui para ella una sombra que venía a preguntarle cómo se sentía.

Asumí su convalecencia con una imposible combinación de paciencia y desasosiego. Quise pensar que la vida nos daría la oportunidad de

renacer. Pasaron los días en una suerte de ensoñación y me convencí que aguardar equivalía a actuar.

Entre clases en la universidad, al conducir o cuando despertaba de madrugada sin razón aparente, tuve la certeza de que me equivocaba. En el fondo, tenía miedo y una consciencia aguda de nuestra fragilidad. Las pequeñas alegrías diarias, los trances amorosos, podían durar casi indefinidamente, pero de la fuerza elemental que pacta la unión entre dos seres, ya cabía dudar. Esta interrogante, que probablemente estaba en ambos, era un secreto del que irracionalmente queríamos protegernos, como si la duda fuera una afrenta y una traición.

Esperábamos, sencillamente esperábamos, sin saber qué, sin ni siquiera tener idea de si serviría para algo.

Con la intención de liberarnos de la atmósfera sombría que había invadido nuestro ánimo, en uno de sus días libres, cuando ya había recobrado la salud, le propuse a Li que saliéramos de San Juan. Me sorprendió que accediera, dado su raquítrico interés por este tipo de actividades.

Luego de llevarla a comprar un traje de baño, tomamos la carretera número 3 en dirección de Fajardo. Quería que pasáramos unas horas en la playa, antes de comer en algún pueblo de la zona. Camino del balneario, Li se veía alegre, con la cara despejada. Cambiaba continuamente de emisoras de radio y escuchaba con la misma actitud risueña una sinfonía, una tonta canción de amor o la prédica de un evangélico. Finalmente la volvía a ver como antes.

Me preocupaba que Li se aburriera o se sintiera cohibida en la playa, pero nada más llegar al balneario, vi cómo exhibía la extrema palidez de su cuerpo con un inusual desenfado. Se acostaba a tomar el sol, chapoteaba en unos pocos palmos de agua, hacía castillos de arena y entró conmigo al mar sin azorarse hasta que el agua llegó a cubrirla.

En momentos así, poseía un encanto casi infantil. Era leve y flexible, pero a la vez dejaba entrever una indefensión, de la que probablemente no era del todo consciente, causada por estar en un espacio abierto. Su vida había transcurrido en pequeñas estancias,

restaurantes y cuartos de azoteas, entre un grupo restringido de inmigrantes aislados en un país que les era muy extranjero. Aunque el contacto con el mar, el sol y el aire, que eran determinantes en una isla, la nutrían, parecía estar fuera de sus puntos de apoyo, habitando solo momentáneamente un lugar que jamás sería del todo suyo.

Tumbado en la arena la veía cavar el foso de uno de sus complicados castillos y me daba cuenta de cuán cerca quería estar de ese cuerpo que simultáneamente se entregaba y negaba. No dije una palabra, pero luché insistentemente por encontrar la forma de hacerle patente mi emoción. Uno sabe que ama a alguien cuando teme por su sufrimiento. Allí, a su lado, enceguecido por el sol del mediodía, estaba trastornado por un dolor que no era el mío, ante el cual no podía hacer casi nada. Entonces, Li no era ni un cuerpo deseado ni una china ni siquiera una mujer. Abstraída completamente en sus castillos de arena, era entonces un ser cuyo secreto dolor había vislumbrado. Sus circunstancias, lo que hacía o no hiciera, lo que sabía y desconocía de sí misma, dejaba de ser pertinente. Era directa y rotundamente una forma de vida capaz de sobrecogerme, porque sabía hasta qué punto estaba herida. Era similar a mí, sin duda, pero deseaba por encima de cualquier cosa, incluso de mi propia felicidad, que no sufriera, que pudiera estar eternamente así: jugando en la arena, con la despreocupación de una infancia que le había arrebatado la historia. El amor era, lo comprobaba en esa playa, el intento imposible y fallido de proteger a alguien de su biografía.

—¿Sabes algo Li? —pregunté mirándola con los ojos entrecerrados.

—¿Qué?

—Eres muy bella.

Permaneció arrodillada en la arena, mordiéndose un labio. Nunca la había visto sonrojarse.

Entrada la tarde llegamos a los restaurantes de Naguabo. Traíamos un hambre tremenda y aguardamos con impaciencia los chillos. Recordé que había estado allí por última vez con Julia y Javier, hacía ya más de seis meses. Desde que descubrí a la autora de los mensajes los había evitado y al final tuve que explicar la última vez que Julia llamó por teléfono. ¿Alguna vez había sentido algo semejante por el

sufrimiento de Julia? Suponía que sí. La prueba era ese instante en que la recordaba y deseaba que las cosas hubieran marchado de otra manera. ¿Mis mujeres habían reciprocado esa emoción? No podía estar seguro y sospechaba que no siempre disfruté de este beneficio y esto contaminaba la memoria. El amor se vive como un gozo inconsciente y lo que se añora al final es la existencia sin recuerdos que creó esa eternidad manejable, de pequeño formato.

Li comió con exuberancia, dejando absolutamente limpio el espinazo del pescado, el plato de ensalada y el de tostones. Luego pidió un flan y estuvo a punto de ordenar un segundo. El sol le había venido bien, incendiando sus mejillas y hombros, haciéndola saludable y rotunda.

Regresamos a San Juan al atardecer, cuando la carretera número 3 era un pozo de melancolía suburbana. Li tomó la mano que agarraba la palanca de velocidades y juntó su cuerpo al mío. Se repetía exactamente el gesto que había inaugurado nuestra relación. La sentía muy cerca, como si asistiéramos a un nuevo comienzo.

Luego de bañarnos e instalarnos para pasar la noche en casa, noté algo peculiar en Li. Se desplazaba incesantemente por la sala, hurgando en su bolsa, trayendo de la cocina un vaso de leche con galletas, desnudándose, cambiándose de ropa. Componía así una coreografía que me era dirigida.

Finalmente se decidió por un pantalón corto y un tope sin mangas y se acostó en el sofá. Estiraba sus piernas, en espera, al acecho. Esta vez no había sacado de su bolsa, que llevó al dormitorio junto a la cama, un libro ni los útiles de dibujo. La vi sonreír. La vi hacerme muecas. Reí al ver su pantomima del aburrimiento: clavaba la mirada en el techo y movía los pulgares en círculos con las manos entrelazadas sobre el vientre. Con un talento raro, al acompañarse en su caso por una parodia de los usos comunes, Li tenía un singular poder de seducción. Los mensajes con los que había armado nuestro encuentro, no eran la única muestra de su habilidad.

Caí sobre ella en el sofá y en un solo movimiento nos enlazamos, llevando las manos bajo la ropa que se desprendía de las pieles como una envoltura de papel. Tomaba sus senos y hundía en ellos la cara, el pecho, la entrepierna. Nuestros cuerpos se movieron como una esfera

que caía del sofá a la alfombrilla de la sala y luego más allá, hasta el suelo desnudo y frío. No pronunciamos una palabra. Nos entendíamos desde los vientres, los músculos de las piernas, desde el interior de la boca.

Agarrados, casi arrastrándonos, como si huyéramos de un incendio, fuimos a la cama. Solamente la mirada ciega y fija, de párpados entrecerrados, aseguraba que no se asistía a una pelea, pues cada uno movía las extremidades del otro con una fuerza, que si bien no pegaba, no respetaba nada: ninguna separación, ningún pudor, ningún límite.

Li se sentó sobre mí. Agarré sus caderas, pero se interpuso con un manotazo. Mi miembro erguido resbalaba contra la piel sudada de su vientre, entre el comienzo del pubis y el ombligo. Entonces sus brazos inmovilizaron los míos. El pelo le tapaba casi por completo el rostro enrojecido, sumido en sí mismo, y sus labios estaban hinchados y brillaban por la humedad de la saliva. Alertado por la exaltación del placer, me percaté que estábamos ante algo que no se detendría. Li traspasaba un umbral y se desbordaba con una energía que le sería imposible dominar.

Tomó mi miembro y lo llevó a su boca. Era de ella, era algo que amasaba con su lengua, con una superficie de tejido húmedo y suavemente áspero, era un pedazo de carne vibrátil del cual ella era la maestra de obras. Y luego, en un movimiento que tomó un segundo, pero en el que se cifraba toda su vida, desde el fango de los campos de arroz de las afueras de Pekín hasta la mugre de las cocinas chinas de San Juan, los cuartos de las azoteas de los restaurantes, el dominio ejercido por sus familiares y la soledad, el dolor y la esperanza, volvió a estar sentada sobre mí, con una mano agarrando lo que ya no soltaría, frotando con él la entrada de su sexo.

Así, con una concentración tan absoluta que Li parecía perdida e irrecuperable, respirando mal, a punto de llorar, fue dejando que la penetrara milímetro a milímetro, moviendo lo justo las caderas, acomodándose, como si mi miembro fuera una pieza perdida o el sabor de una fruta de otro continente. Cuando la mitad estuvo dentro, un solo movimiento me hizo entrar en ella y su cuerpo cayó sobre mi pecho. Entonces hubo un segundo, una pausa casi imperceptible, en la que los dos estuvimos conscientes de lo que ocurría y supimos que

nada había que hacer. Fue un momento mágico, sin palabras, sin una mirada, sin contactarnos en el contacto más absoluto, un espacio que ambos descubríamos simultáneamente y en el que nos ofrecíamos la libertad de perdernos en un placer que era casi autista. Un instante después, regresados de ese mundo sin tiempo ni identidad que habíamos atisbado, nuestras caderas se movieron con un ritmo creciente que luchaba contra el dolor y la separación y que confundíamos con el éxtasis y acaso también con el amor.

Su cabeza presionaba contra mi cuello, contra mi cara, contra el esternón. La fuerza salía de las entrañas por conductos hinchados de gozo, en una oleada de furia y júbilo que conducía a la muerte momentánea y espasmódica en la que se iba la vida y, a la vez, se renacía.

Y luego, supe que un tiempo indefinido había transcurrido cuando la sentí volver a moverse sobre mí con un jadeo que remedaba el llanto, mientras acariciaba su espalda inundada de sudor. «Por fin, por fin», repetía en mi mente como si fuera la más nítida afirmación de felicidad. Entonces, levantó la cabeza y buscó mis labios y reanudó el movimiento de sus caderas, haciendo resbalar el miembro que todavía permanecía erguido sobre las paredes cubiertas de semen de su sexo. Y fue de nuevo un cuerpo que era acción y entrega y supe que asistía a algo cuya contundencia nunca podría olvidar: ese cuerpo que pugnaba por respirar, que me aplastaba y regaba con su sudor, dispuesto a reventar, a deshacerse, a desmembrarse, con unas caderas descomunales que se abocaban a la entrega y al sacrificio.

Un ruido debió despertarme. Abrí los ojos y observé por la ventana un pedazo de cielo muy oscuro que indicaba la proximidad del amanecer. En el techo las sombras de los árboles estaban detenidas en una madrugada sin viento. Al cambiar de posición, descubrí que Li no estaba. Me incorporé atontado por el sueño. La luz del baño estaba apagada. Al rodear la cama, vi que su bolsa no yacía en el suelo.

Salí del cuarto sin hacer ruido y fui por el pasillo hasta la sala. Había una sombra frente a la puerta. Muchas acciones pasaron por mi mente, que inmediatamente supo que algo se destrozaba, pero opté

por simplemente encender la luz. Como si un relámpago hubiera pasado sobre su cabeza, Li giró espantada.

—¿Adónde vas? —pregunté. Estaba desnudo, junto a la mesa del comedor, frente a una mujer que llevaba todas sus pertenencias al hombro.

—Me iba al restaurante.

—Creo que todavía no abren.

—Quiero decir que iba al cuarto de la azotea.

Li puso la bolsa en el suelo y se dejó caer en el sofá.

—¿Te aparece adecuada la despedida?

—No. —Negó con un murmullo que contuvo la última palabra de la que fue capaz antes del llanto.

No me acerqué. La dejé ahogarse en un lamento que intentaba amortiguar con un movimiento entrecortado de sus manos que iban a su rostro y no llegaban a tocarlo y fui a vestirme. Al regresar, pasé por la cocina y serví dos vasos de agua. Puse uno frente a Li y me senté en una silla. Sabía que había llegado el momento en que haría todas las preguntas, las que tantas veces había evadido y las que hasta ese instante ni siquiera había vislumbrado.

No tenía intención de consolarla. Su intento de huida impedía la compasión. Ya nada quedaba en su sitio. Sentía un dolor tremendo, casi inhumano, que era una sangría que debía ignorar para no deshacerme.

Por un instante, Li bajó las manos que tapaban su rostro y me miró. Esperé un segundo antes de hacer la pregunta cuya respuesta no había parado de imaginar.

—¿Qué te hizo Bai?

La voz en sordina salió de un cuerpo doblado en dos, que se balanceaba de atrás hacia delante.

—Me violó.

—¿Cuándo?

—A los trece años. A los catorce. A los quince... —La frase quedó interrumpida por su derrumbe. Lloraba sin control y parecía querer ocultarse en el mismo centro de la habitación como si mi presencia fuera atroz. Pero aun así, parecía estar dispuesta a hablar—. Tantas veces, que probablemente ya no pudo llamarse por ese nombre.

Compartíamos el mismo cuarto, con otros primos. Venía a mi cama cuando se dormían y al principio no sabía o no quería saber lo que hacía. Por supuesto no me tomó mucho entenderlo y darme cuenta de que era algo terrible, pero cómo confesarlo y a quién. A mi madre, que aún estaba viva, no podía. También, me hice de ideas, era una adolescente tonta y supuse que tenía algo que ver con el amor, con lo que ocurría y siempre se resolvía en las películas de Hong Kong, cuando los personajes no se mataban a golpes. Servía también para soñar, para olvidar la basura de vida que llevaba, esperando que él subiera a mi cama. Bai era irresponsable y egoísta, pero tenía con él un vínculo secreto, algo que nos unía en las noches, cuando todos dormían como las bestias de carga que eran.

«Nos descubrieron cuando quedé embarazada acabados de cumplir los quince años. La esposa del patrón consiguió que le enviaran de Hong Kong unas raíces con las que hizo una infusión que cocía durante horas y que tomé en ayunas durante diez días. Me encerraron en un cuarto de la azotea, con náuseas y dolores, y me volví medio loca. Al final llegaron los espasmos y una fiebre como nunca he vuelto a tener en la vida. Me llevaron al Centro Médico justo a tiempo porque tuve una hemorragia. Al fin y al cabo, el tratamiento fue efectivo, porque perdí al bebé».

Me incorporé para acercarle el vaso. Li bebió y miró hacia la calle antes de proseguir.

—Quedé marcada. Puedes imaginar lo que es la moral pequeño burguesa en estos casos, pero no tienes idea de lo que ésta o, más bien su caricatura, puede ser en una manada de chinos ignorantes. A Bai lo mandaron durante años a un restaurante en San Germán, como quien dice en el fin del mundo. No lo volví a ver hasta que fui adulta. Por suerte, lo hacía bastante bien en la escuela y ahí pude refugiarme, hasta que pataleé y pataleé para que me dejaran asistir a la universidad. Pero nadie se acercó a mí como antes ni nadie pensó que era una víctima. Me rodeó para siempre un aura de suciedad y habladurías. Les convenía, hasta lo disfrutaban y así no tenían que inventarse una consciencia. Mi madre murió sintiéndose que la había desgraciado, convencida de que sería siempre una infeliz.

«En la universidad me di cuenta de que algo había cambiado, de que

habían desaparecido muchas ilusiones y que ahora tenía ante los hombres un muro construido con terror y vergüenza. También me enteré, así de grave era mi caso, que esto era una posibilidad, que le ocurría también a muchas mujeres y se llamaba lesbianismo. Tuve algunos lances con algunas compañeras que, al final, acabaron muy rápido, pues continuaba siendo la china que trabajaba seis días a la semana y vivía en una azotea. No debí resultar muy divertida y, en realidad, ellas tampoco lo eran para mí.

«Odio a los chinos, está mal que lo diga, pero es así. Odio a Bai y por eso a todos los chinos que miraron en otra dirección como si nada de esto tuviera que ver con ellos. Destruyó un pedazo entero de mi vida, un pedazo que es imposible de recuperar, que nadie, tampoco tú, podrá devolverme. Por eso me iba, a pesar de lo que pasó esta noche. Ésa era la despedida. Quería que supieras que estaba dispuesta a llegar hasta donde nunca pensé que podría y además, aunque no quisiera admitirlo, albergaba alguna esperanza. Me preguntaba qué sentiría, si en tu cuerpo se inmiscuiría el de Bai, si llegaría a estar bien o a hallar eso que no sé cómo se llama y perdí para siempre. Muchas veces traté de hablarte de esto, sé que lo esperabas de mí, que me ofrecías la oportunidad, pero las palabras no llegaban. Hoy lo hicimos, pero es como si mi cuerpo no tuviera realidad. Estaba ahí, créeme no estoy ida, actúa, goza, pero al final ese cuerpo es un espejismo. Algo que no está por completo o que queda como una tragedia de la que ya nadie es responsable.

«Si hay alguien que no merece mis problemas eres tú. Todo comenzó como un juego, un juego muy serio, porque tus libros me deslumbraron y cuando supe quién eras me gustaste. No sabes cómo disfruté el volver a fantasear con un hombre. No pensé que íbamos a conocernos. Aun cuando pasó, pensé que no estaba ocurriendo. Estaba muy sola entonces y no sabía qué hacer y nuestro encuentro creció demasiado rápido. Antes sólo me había enamorado de mujeres y tuve la esperanza de que a través de ti algo distinto pudiera pasar. Es una estupidez, pero una tiene esos sueños, esas fantasías de volver a ser como todo el mundo. Como si eso fuera posible o valiera la pena.

«No sé si te he usado. No sé si el amor que siento por ti será una forma de uso. Probablemente sí y por eso me iba también. Reconozco

que era una muy mala manera. Hace un rato estaba al borde del pánico y a la misma vez completamente insensible. No pido que lo comprendas ni que me perdones. Pero siento que no puedo quedarme, que si lo hago todo será peor».

—¿Y Carmencita? —pregunté sabiendo que sólo se me contaba una parte de la historia.

—¿Qué?

—Carmen Lindo, la socióloga. Li y Lindo, parece una broma.

—Ella te conoce.

—Lo sé. Estuvimos en un congreso. No entendí una sola palabra de lo que dijo. Aunque es una fanática de Derrida o de Déri-da como ella dice.

—No está bien que te burles.

—Pensé que te gustarían otras mujeres.

—En todo caso, no serán las que a ti te atraigan.

—Pues tienes muy mal gusto.

—Me da igual lo que pienses. Fue mi profesora e hizo mucho por mí. Luego tuvimos una relación. Se fue a enseñar a Estados Unidos. Ahora ha vuelto.

—Por eso me dejas. Porque ha regresado.

—No.

—¿O sea, me vas a decir que es una casualidad?

—Tampoco. No menosprecies lo que dije. Puedo aceptar que no lo entiendas, pero no que me tomes por idiota o falsa. Si tu orgullo te lleva a ver fantasmas por todas partes, ya sabrás tú. Además este asunto nada tiene que ver con el orgullo. No soy quien tú quisieras que fuera. Te lo dije desde el primer momento: soy lesbiana. De acuerdo, una lesbiana bastante liberal y por esto mismo, alguien con muchos problemas. Carmencita y yo tenemos una historia tanto como tú la tienes conmigo. Comprendo que esto te amenace y enfurezca, pero a ella también, al menos tanto como a ti. Y ahora que sabes mi historia, ponte en mis zapatos.

—No la conozco toda y lo que sé me lo has dicho muy tarde.

—Lo hice cuando pude y no creo que hubieras preferido que no acudiera a nuestra primera cita en Castle Books. Además, esto no es la sustitución de uno por otra. No es eso.

—¿Entonces, por qué huías luego de lo que pasó esta noche?

—Precisamente, por eso que pasó, porque eso no había pasado, porque eso me lleva a una situación en la que no sé si puedo estar.

—¿Por qué no?

—Ya te lo he dicho: porque Bai me violó y no protesté, no di la voz de alarma, por miedo, por vergüenza, porque me enamoré de un perro que sólo pensaba en lo que tenía entre las piernas; porque luego no pude estar con otro hombre y, como cualquier muchacha los encontraba atractivos y los deseaba; porque soy una mujer que no fue más que la china del barrio, del restaurante, de la escuela, del Departamento de Literatura Comparada; porque me acerqué a mujeres y me enamoré de muchas y me dejaron hecha trizas; por lo que llevo roto y no sé si podré componer algún día.

Estaba amaneciendo y fui a la cocina a hacer café. Observaba a la mujer que me había enviado los mensajes y me daba cuenta de que no sabía quién era. La que había imaginado, la que cabía dentro de mi vida, quizás no existía. La que ahora hablaba frente a mí era un amasijo de cosas que no podía comprender, que se encontraban en un lugar inaccesible para mí, más allá de una frontera que probablemente existiría siempre. Esa mujer estaba a un paso, sentada en el lugar que había ocupado en el sofá desde que la había descubierto a punto de irse, con su bolsa a los pies, y era la absurda ausencia de un cuerpo amado.

Tiempo después supe por los cocineros que esa mañana Li había subido a la azotea y tocado a la puerta de Bai, que como comúnmente ocurría había ido ebrio a la cama en la víspera de su día de asueto. Una intensa discusión se había desatado, en la que los vecinos se vieron obligados a intervenir, cuando Li comenzó a pegarle. La algazara terminó, al ser separada de su primo por varias manos. Entonces Li tomó su bolsa y partió corriendo. No se presentó al trabajo esa tarde y no regresó sino dos días después, para enorme disgusto del patrón.

Entonces, nadie me diría nada, a pesar de que en los días siguientes visitaría varias veces el restaurante. Los empleados me daban a entender que Li no estaba o se ocultaba para no recibirme. Supuse que arribaba de la forma más cruel el final anunciado. Al conducir por la

ciudad, veía los ya viejos pasquines con las caras de los cocineros y no podía imaginar que algo tuvieran que ver conmigo. Me convertía en otro transeúnte, en otro automovilista más que no tenía la más remota idea de lo que representaban.

Ni siquiera tuve ánimo para ver a Diego, cuando pasó unos días de vacaciones en el país. La idea de contar la historia de mi relación con Li, y en esos momentos no hubiera podido hablar de otra cosa, me producía una mezcla de fatiga y de sensación de ridículo. Me había dejado llevar, era ésta la medida de mi desamparo, por una charada de mensajes anónimos y había terminado quemado por una historia esperpéntica. Puse tantas excusas, cada vez que hablamos por teléfono, que al final sentí tanta vergüenza como si le hubiera contado hasta el último detalle del asunto.

Durante jornadas, rehice en la mente las últimas horas pasadas con Li. La mañana en la playa, la comida en el puerto de Naguabo, la noche, su cuerpo sobre el mío, que había abierto todas las esperanzas. Y luego, lo que había parecido incomprensible y cruel y era, en realidad, el ensayo desesperado de una explicación. Quedaba herido, aturdido, víctima de una rabia que no se agotaba; pero sabía también, que ese día armado por ella con la premeditación con que había hecho sus mensajes, era tanto una traición como una declaración de amor. Esto no era un consuelo, puesto que nada podía entonces aplacarme, pero reconocía lo que había hecho, su intento por llegar a mí, dando un paso que no habría de repetir. Era un regalo. Algo, que en mi miseria brillaba. Pero era un trofeo atroz.

Las parejas se niegan a verlo, pero toda historia de amor tiene un final. Las uniones que duran la vida entera, son sobrevivientes, luchadores empecinados contra el desmoronamiento. Y una de las raras bellezas de la existencia es el empeño que ponen en no sucumbir. Pero el hecho permanecía: lo amoroso constituye una historia y las historias tienen siempre un desenlace. Al final está la muerte física u otra de sus formas.

Como tantos otros, mientras duró mi contacto con la mujer amada me empeciné en cegarme. Debió resultar evidente que no podríamos sobreponernos a nuestras diferencias. No era un detalle nuestras

preferencias sexuales, como tampoco lo era la turbulencia emocional de los que habitan la capital de su dolor. Esa ciudad que se sobreponía a la que nos rodeaba seguía en nosotros, nos habitaba con un daño que renacía con cada amanecer. Además, ¿qué queríamos el uno del otro? ¿Li me había escogido por suponer que podía comprender los jirones de su historia? ¿Pero, verdaderamente, podíamos compartir el mismo camino? ¿Qué sabía de ella cuando su cortejo había sido una disquisición sobre el ocultamiento?

Estaba atado a esa mujer, feliz por primera vez en años, pero casi a diario, antes que la luz del día o el timbre del despertador, me despertaba una oleada de ansiedad. Yacía en la cama, con los ojos abiertos, sin palabras, observando el movimiento turbulento de mis nervios, como si asistiera a un espectáculo indescifrable. En el alba de los días más felices de mi vida, ensayaba la zozobra que nos perteneció desde su primer mensaje.

Al no poder permanecer en casa, porque allí me torturaba la noción de que debía estar a la espera de Li, pasé horas en la calle a pie y en automóvil. Recorría la ciudad cubierto por una costra, negado a cualquier contacto. Era una asfixia parcial en la que pretendía prescindir de los demás, ausentándome de una relación que aun así imponía a todo el que encontraba en el camino con mi disposición malsana y mi torva faz. Sabía que mi proceder era estéril, que la mala leche dirigida a los habitantes de la ciudad sería recibida con indiferencia por más que me empeñara en su desprecio. No obstante, no podía detenerme y al caminar o conducir mi mente repetía las mismas ideas hasta extenuarse. Era un motor desregulado por la furia.

Llegué a caminar hasta puntos tan lejanos, que el regreso en la noche, a veces bajo la lluvia y con el cuerpo deshecho, tomaba horas. Fui hasta Carolina, hasta el casco de Bayamón; me encontré un atardecer del otro lado de la bahía, en el terminal de lanchas de Cataño. La zona metropolitana de San Juan fue siempre un desierto poblado por imbéciles y sabía que el más señalado de todos era yo, que una vez más quedaba hecho un montón de músculos y órganos, que pese a todo, seguían empecinados en sus funciones, sin que pudiera proveerles sentido ni reposo.

Una noche, luego de vagar por horas, con hambre, estacioné el auto frente a un restaurante chino de la avenida Esmeralda. Había otros locales de comida en la zona, pero no podía sufrir la soledad en una mesa, leer la carta y esperar a que el mozo me atendiera.

Los restaurantes chinos proveían la versión criolla de una comida rápida y solitaria. El de la avenida Esmeralda era como cualquier otro: mesas con topes de fórmica, techos falsos, neones, el pequeño altar plástico detrás del mostrador, con un falso palillo de incienso coronado por una bombilla roja que pretendía eternizar la ofrenda.

Comí con los ojos metidos en el plato de cartón, ajeno a los pocos que a esa hora ya tardía ocupaban el recinto. Al tirar el tenedor sobre el puñado de arroz que no masticaría, surgió el recuerdo. Había estado allí, en ese mismo restaurante, hacía muchos años, justo antes de entrar a la universidad, en una noche de verano con Diego y otros amigos. Allí, en una de esas mesas, sorbiendo unos helados, habíamos conversado de libros y política. Todavía no me había enamorado ni me había acostado con ninguna mujer. Detrás del mostrador, mientras hablábamos, aparecieron dos adolescentes. Observé detenidamente a la muchacha oriental, sintiendo una ternura repentina que sólo se puede tener cuando no se ha conocido dolor ni desengaño. En ese restaurante de la avenida Esmeralda, una certeza imperiosa y anárquica me aseguraba que esa niña había sido Li y que hacía muchos años habíamos coincidido por primera vez en las líneas de fuerza que formaban la ciudad. La idea no era del todo descabellada, pues sabía que en su niñez y adolescencia había visitado con regularidad los restaurantes controlados por el clan familiar. El muchacho, que la reminiscencia había dejado sin facciones, podía ser Bai. Era posible que hubiera estado frente a ellos justo antes de la catástrofe. En los extremos de ese tiempo, volvía a encontrarme allí, deseando el mismo cuerpo, con el mismo amor sin respuesta.

Sin saber con claridad lo que pretendía, desde que tuve o inventé el primer recuerdo en el restaurante de la avenida Esmeralda, volví a trazar nuestros pasos. Regresé a la tienda de productos orientales frente a la Base de Isla Grande y pregunté al patrón por Wen Da. Al verme solo, me miró con desconfianza y pidió que esperara, pues el

anciano había salido. Pocos minutos más tarde, sonó la campanilla de la puerta y Wen entró con una mujer. Comenzaba el verano y el «tío abuelo» de Li vestía una camiseta sin mangas y unos pantalones cortos, que más bien parecían anticuados calzoncillos, por los que salían unas piernas que no eran más que huesos con venas brotadas. El viejo no me vio o si lo hizo no me reconoció, porque permaneció a mi lado frente a la mesa del patrón tratando algún asunto. En la muñeca esquelética tenía un reloj enorme y antiguo, con la esfera totalmente manchada de amarillo. Nunca había visto uno como ese y supuse que debía ser uno de los pocos objetos que conservaba de China.

Finalmente decidí llamar su atención y lo vi enfocar en mi rostro los ojos agigantados por las gafas. Enseguida hizo una leve reverencia, estrechó mi mano e indicó que lo siguiera. Tomé la bolsa de víveres que el patrón le entregaba y subí tras él por la escalera hasta su cuarto. Esa tarde, en las habitaciones que daban a la galería, no parecía haber nadie.

No teníamos una lengua común. Wen no sabía inglés ni francés y apenas conocía un puñado de palabras y expresiones en español, pero supe igual que podía sentarme y que prepararía té. Había venido a verlo por Li, pero desconocía si este acto tendría algún resultado.

Luego de sorber de nuestras tazas y de ver a Wen trajinar por el cuarto, en busca de un rollo de papel de arroz con sus últimos dibujos, tuve consciencia de que no habíamos parado de hablar. Cada cual interpretaba lo que el otro decía. A veces una frase se complementaba con un gesto facial o las manos ensayaban una pantomima que podía significar «me gusta», «calor» o «hace muchos años en China». Wen se extendía con su pequeña voz ronca y sus manos formaban a veces una escuela, un libro, un poblado, una ametralladora, una inundación o un sueño profundo que acaso era la muerte. Cuando sus manos imitaron el vaivén de las olas y unos cuerpos abrazándose, supe que hacía la historia de su viaje a Puerto Rico. Conocí el largo viaje con escalas, el calor y el hacinamiento en las bodegas de los cargueros, el trato de la policía en un país indescifrable, un avión y luego, las cocinas infinitas e indefinidas de los restaurantes; los mismos gestos repetidos sobre un wok hasta formar una mueca de asco. En respuesta,

me hallé hablando, explicando quiénes habían sido mis padres, cuándo y de qué manera habían muerto y, con una emoción que iba agarrotándome la garganta, dije lo que no había tenido la oportunidad de comunicarles, perdones y agradecimientos, recuerdos y añoranzas que su muerte hacía inútiles. Cuando al fin callé, la mano con el reloj enorme se puso sobre las mías. Levanté la cabeza para ver a un hombre que murmuraba un consuelo que estuve, acaso por primera vez en la vida, dispuesto a recibir.

Permanecemos en silencio mientras calentó más agua. Al llenar las tazas comenzó a hablar en otro tono. No había mímica ahora, ningún esfuerzo por superar la barrera del idioma, como si Wen hubiera olvidado totalmente o no le impotara ya que no hablaba chino. No obstante, sabía cuál era el asunto. En sus palabras había una que regresaba sin cesar y se destacaba nítidamente. Era el nombre de su sobrina. Había preocupación, pero también decepción y severidad. No estuve seguro si a mí también me estaban dirigidos estos juicios. Contesté, debatí, expliqué. Wen me interrumpía cuando era apropiado, cuando era justo insertar una llamada de atención o una duda en el debate que imaginábamos. Al final, quedamos en silencio, mirándonos a los ojos.

A los dos nos había venido bien hablar. Algo más real que los idiomas, más elemental y poderoso, se había dado en esas cuatro paredes de miseria.

Entonces Wen se puso de pie y sacó de debajo de la cama un portafolio lleno de dibujos.

—Li —dijo como única explicación.

Desamarré los cordones que unían las dos hojas de cartón del portafolios combado por la humedad. Con cierto desorden, estaban allí los dibujos que Li había hecho desde la infancia: típicas tareas escolares, en las que se dibujaba una flor o una casa, regalos del día de las madres o de los padres, que en su caso habían sido dedicados a Wen. Luego se percibía la influencia del anciano, en los intentos de la sobrina por hacer paisajes de rocas y montes al estilo tradicional chino, y tras haber seguido probablemente alguna clase de arte, retratos de la madre, de primos y compañeros de los restaurantes, hechos a lápiz en papel de libreta escolar.

En la parte baja de la pila, había dibujos más recientes, realizados con mejores materiales. Entre ellos se encontraban sus primeros ensayos de abstracción: laberintos de líneas, composiciones con formas sólidas hechas al temple o a la acuarela, agresivas máquinas de inspiración surrealista.

Separadas de los demás, por el papel de cera en el que estaban envueltas, había una veintena de piezas compuestas hacía poco, porque identificaba el papel y sabía que lo habíamos comprado en una de nuestras salidas. Eran una variante de las acostumbradas manchas densas, hechas aparentemente con el mismo empecinamiento de la línea, pero en este caso, dejando más zonas blancas. A primera vista, me parecieron un entramado semejante a un panal de abejas, pero al observarlas con más detenimiento, me di cuenta que estaban formadas por una superposición de frases escritas. En ellas se encontraba algo: una palabra, una oración o un párrafo entero, que había sido escrito sistemáticamente, una y otra vez, hasta hacerlo ininteligible.

La última docena de dibujos eran casi idénticos y era lógico suponer que constituyeran una serie. Eran más tupidos y negros, como si Li hubiera pretendido solidificar las palabras. Los inspeccioné con un interés creciente, sospechando que en ellos se hallaba un mensaje que Li se había propuesto que no leyera. Una esquina, en la que los trazos de la palabra habían sido escritos y reescritos con menor intensidad, me dio la clave. Había allí, indudablemente, la forma de una b y el punto de una i. Comprobé que en varios, quizá en cinco o seis, se repetía el patrón. Descubrí así lo que Li había estado dibujando en secreto en los meses que había convivido conmigo. Había escrito un número incalculable de veces el nombre de Bai, intentando borrarlo, tacharlo, aplastarlo hasta hacerlo una mancha sólida. El resultado era un rectángulo de líneas negras, que parecía una lápida y era su intento de destruir el pasado.

En el fondo, había tres o cuatro piezas más, que teniendo la misma factura, expresaban otra dinámica. Tampoco fue fácil descifrarlas. La palabra que las formaba acabó haciéndose evidente por la curva de la c y los palos de la m. Li había escrito Carmen hasta anular el nombre. Había intentado así impedir su regreso, conjurar lo que temía iba a

ocurrir y así había pretendido salvarnos. En esos papeles de dibujo que habíamos comprado juntos, vibraba el testimonio de sus silencios.

Cuando cerré el portafolio, vi que Wen me observaba. Hilvanó frases poniendo su frágil mano sobre mi hombro. Fui asintiendo como si entendiera y estuviera de acuerdo, luego de haber comprobado que no había sido objeto de un abandono sino de una guerra perdida.

Luego de visitar a Wen, no solamente las mismas preguntas permanecieron sin contestar, sino que sentí una necesidad todavía más imperiosa de hallar respuestas. No bastaba haber visto la manifestación, expresada en sus dibujos, del tormento de Li. El que una mujer a la que los hombres habían trastornado, hubiera decidido con gran premeditación, tener una relación conmigo, era una incógnita considerable. ¿Por qué había sido escogido? No resolvía nada invocar el azar o acusarla de inconsciencia. Ninguna de esas explicaciones aclaraba nuestra historia. Además, ¿por qué me había dejado penetrarla con entrega, pasión y gozo, cuando regresaba Carmen Lindo y había decidido volver a ella? ¿Por qué me sacrificaba y por qué, estaba convencido de esto, ella también lo hacía? Ya había vislumbrado una explicación yendo a la tienda de productos orientales a visitar a Wen y ahora necesitaba saber más aunque de nada sirviera.

En los primeros días luego de su huida, al ir al restaurante en busca de Li, me había topado con las imperturbables caras de agobio del patrón y su esposa, que no me daban ninguna luz y trataban de impedir que hablara con los empleados. Era de dudar, además, que los cocineros, con los que tenía cierta amistad, pudieran aclarar algo con las enormes limitaciones de su español. Pero ni siquiera esta posibilidad había estado en mis manos. Entonces recordé a la mujer dominicana que tomaba las órdenes en la parte del local que servía el menú barato. Era amiga de Li y tendría que saber algo.

Cuando faltaba menos de una hora para que cerraran, me ubiqué frente a la entrada clausurada de un edificio, en la acera contraria de la avenida Muñoz Rivera. La sección cara del restaurante, en la que Li trabajaba, tenía cristales oscuros que no dejaban percibir nada, pero en la otra las luces de neón y las vidrieras constituían una especie de caja iluminada. Tres comensales solitarios y una pareja ocupaban los

apartados. La dominicana leía detrás de la caja. Frente a mí, en el semáforo, un adicto pedía limosna maquinalmente con un vaso de cartón que provenía del restaurante.

Mientras esperaba la hora de cierre, para cruzar y entrar, recordé las veces que le había ordenado comida a la dominicana, sin que nunca hubiera podido imaginar que un día le suplicaría que contestara mis preguntas. Li la había mencionado alguna vez. Su nombre era Glenda y estudiaba en una academia de belleza. Era mi último recurso.

Cuando eran casi las diez y había solamente una persona en el comedor, entré al restaurante. Resignada a atender a alguien justo antes de cerrar, la dominicana levantó los ojos del libro. Al ver quién era, se puso de pie.

—Li no está —dijo antes de que pudiera preguntar nada.

—No vengo a eso. Quisiera, si es posible, hablar contigo. ¿Eres Glenda, no? Li me habló de ti. Sé que son amigas. Quiero saber unas cosas. Nada más. Tomará un momento.

—Está bien, pero no puede ser aquí. Despidieron a Li y al jefe no le gustará verte en el restaurante. Espérame frente a la estación de bomberos. En diez minutos estoy allí.

Era tarde y los locales de la zona habían cerrado. Como no había traído el auto, le propuse a Glenda ir a un parque del vecindario. Era uno de esos espacios que casi nadie usaba, por la población haberse acostumbrado a vivir puertas adentro. En su centro había un busto dorado, una cabeza congestionada, grande y horrible, cagada por las palomas. Era Rubén Darío.

Nos sentamos junto a la cancha de baloncesto, bajo la luz de un poste.

—¿Supongo que sabes que tengo o tuve una relación con Li? —pregunté.

Glenda sonrió y me convencí de que no le molestaba conversar. Tendría un par de años más que su amiga y era muy distinta a ella. Iba muy acicalada, con largas uñas pintadas con un diseño de alas y el pelo alisado teñido de rojo. Estaba claro que le ilusionaba trabajar en un salón de belleza.

—Estoy al tanto desde antes que empezaran —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Que Li me contaba todo lo de ustedes. Somos amigas.

—¿Pero qué es eso de que antes que empezáramos? —pregunté.

—Cómo te conoció, lo de los papelitos que te dejaba, cómo se escondía para observarte...

—Cuenta. Li no me dijo casi nada.

—La chinita es una loca. Se bebió un libro tuyo muy triste, muy triste y se pasaba mirando tu foto. Como en ese tiempo iba a la universidad, te vio por allí y se dio cuenta que te la pasabas caminando. Por la Ponce de León, por Río Piedras, por Santurce. Le daba curiosidad por qué lo hacías, por qué ibas sin rumbo por ahí, solo siempre. Como ella me había enseñado tu foto, caí en la cuenta que a veces venías a comerte un arroz frito al restaurante y le prometí a Li que le avisaría si te veía. Efectivamente, una noche viniste y salí corriendo a anunciárselo cuando el patrón se quejó de que había dejado a la gente esperando. Li se acercó y estuvo observándote desde la puerta que une los dos locales.

«Pasamos muchos ratos libres imaginándonos quién eras y por qué estabas solo. Supongo que sabes que a Li no le gustan los hombres, bueno que antes de estar contigo, decía que no le gustaban. Por eso cuando me dijo que te escribía cosas y te las dejaba donde pudieras encontrarlas, pensé que se había chiflado o que se estaba enamorando. A todo el mundo le llega su hora y, aparentemente también, a las que no saben que son ambidiestras.

«Mientras duró, estuve al tanto de tu caza y más de una vez acompañé a Li, que se ocultaba, espiándote para ver tu reacción, cuando abrías el sobre o veías lo que había escrito en el suelo. Mi presencia servía además para que te confundieras si nos veías, pues Li no estaría sola y no podrías estar seguro de cuál de las dos era la de los mensajes. Pero nunca nos viste, eres más bobo, y nos divertimos muchísimo. Le decía a veces: Li deja al pobre hombre ya y preséntatele un día. ¿Qué puede pasar? Es raro, pero tú también, y te gusta.

«Pero Li leía y venga a leer libros enteros y a apuntar cosas en papelitos que luego te dejaba sabe Dios dónde. Y así, hasta que se encontraron en San Patricio Plaza. Mi primo me prestó el carro para que esa noche la pudiera llevar y traer. Cuando me dijo que se había

ido sin despedirse, le formé una buena, al desaparecer de esa manera pensé que no le volverías a hacer caso. Pero no ocurrió, demasiado paciente fuiste y, bueno, ya conoces el resto de la historia.

—No toda —dije.

—Si quieres saberlo, si fue por esto que viniste a verme, te puedo decir que Li te quiere y fue feliz contigo.

—¿Entonces por qué se ha esfumado?

—Porque regresó Carmen. No sé si sabes quién es. Es la mujer con quien estuvo antes.

—Crees que es así de simple. Li regresa a sus viejas costumbres y olvida en un abrir y cerrar de ojos lo que ha pasado entre nosotros.

—Sí y no. Si tú eres extraño, Li lo es más todavía.

—¿Por qué lo de Carmen ahora? ¿No se habían dejado?

—Se conocieron hace años, cuando Li comenzó a ir a la universidad. Carmen la influyó mucho, además de ayudarla en más de un sentido. Entre otras cosas llegó a pagarle las clases. Debes saber que Li no tiene dónde caerse muerta y que los chinos, especialmente el dueño del restaurante, es un negrero. A mí me pagan el salario mínimo, pero a ellos ni eso.

—Lo que me estás diciendo es que Li es sumamente agradecida y que tiene deudas.

—Las dos cosas y, por supuesto, más que eso. No es tan sencillo, como tú dices.

—¿Entonces por qué se fue?

—¿Quieres que te diga la verdad? —preguntó Glenda.

—Para eso vine.

—Porque tuvo miedo.

—¿Miedo de mí?

—No sé, quizá también. Pero sobre todo miedo a los chinos.

—No entiendo nada.

—Li no tiene a nadie —explicó Glenda— y los chinos son su mundo.

—Pero has dicho que la despidieron.

—Sí, pero eso fue los otros días. Hubo problemas y a la mujer del dueño nunca le cayó bien. No entendía por qué quería estudiar y ser diferente. Además cuando se fue de tu casa faltó al trabajo y eso no lo

perdonan esos cabrones. Son mulas y piensan que todos debemos ser como ellos.

—Pues ahora, ese miedo del que hablas, no debe existir.

—Es todo lo contrario. Ahora es que Li anda de carreritas al baño.

—¿Por qué?

—Ya te lo expliqué, porque está sola, sin casa y sin dinero.

—¿Dónde está?

—Con la profesora Carmen Lindo.

—¿Por qué con ella y no conmigo?

—Eso no lo sé. Tendrás que preguntárselo tú.

—¿Pero qué te imaginas por lo que sabes?

Glenda pensó un rato, arreglándose los collares, jugando con las páginas del libro que había puesto sobre el banco.

—Pienso, a ver cómo te lo pongo, que quiere escapar.

—¿Y por qué no lo hace conmigo?

—Porque sería todo lo contrario. Tú no necesitas escapar.

Algo voló sobre nosotros y fue a posarse en los árboles. Glenda estaba inquieta y quería irse.

—No te preocupes. Fue un pájaro —dije intentando tranquilizarla.

—No, son murciélagos. Se me van a enredar en el pelo. Debo irme ya.

—¿Dónde vives?

—En Roosevelt. Comparto un cuarto con una amiga.

—Te acompaño si quieres.

Tomamos una calle que era una larga y perfecta línea recta. Pensé que era lo menos natural que podía existir. Acaso por eso también, la ciudad se hacía tan ingrata. Había sido hecha con un molde que no correspondía con la vida.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunté mientras caminábamos.

—Seis años desde que vine en yola.

—¿Has regresado alguna vez?

—No puedo. No podría volver a entrar y regresar de nuevo en yola ni que estuviera loca.

—¿Por lo menos tienes familia en Puerto Rico?

—Unos tíos, pero dejé en Santo Domingo a mi niño. Mira es éste.

Glenda sacó una foto. Su hijo posaba en el mismo centro de un descampado. Era una imagen horrorosa.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Jean Michael —Glenda guardó la foto y añadió—: Esto no es vida.

—Entenderás a los chinos —dije.

—Claro que sí, aun si están del carajo. Lo tienen peor que nosotros porque vienen del otro lado del mundo y allí no hay quién regrese. Si Dios quiere podré ir el año próximo a Santo Domingo y regresaré con el niño. Ellos ni soñarlo. Yo digo que más que para nuestro beneficio, trabajamos para *Western Union*.

—¿Tú crees que pueda volver a ver a Li? Quisiera hablar con ella. Mi propósito no es joderle la vida.

Glenda pensó un momento.

—No te he dicho nada, pero este sábado en la noche hay una fiesta en casa de Carmen Lindo. Calle Canals, número 31, tercer piso. Yo estaré allí pero tú no me conoces de nada. De acuerdo. Ni se te ocurra saludarme. Yo tú voy y me presento, no te van a echar a patadas.

Nos detuvimos frente a la reja de un garaje.

—Es aquí. En la casita del fondo —explicó.

—¿Qué lees? —pregunté.

Glenda mostró la portada del libro.

—Me lo prestó un cocinero. Está bueno.

La tapa ajada, con orejas en los bordes, tenía un paisaje de rascacielos en llamas y el título en letras grandes: *Predator*.

Llegó la tarde del sábado sin que hubiera decidido ir a la fiesta. Presentarme de improviso a sitios a los que no había sido invitado no entraba en mis costumbres. Pasé horas sin hacer otra cosa que debatirme. Temía provocar una escena y que ésta fuera el motivo para que Li se alejara definitivamente. Sentía, sobre todo, verdadero horror a mostrar entre extraños el dolor que vivía. Al atardecer, traté de convencerme, diciéndome que Li había pasado semanas al acecho y que podía permitirme hacia ella una estrategia similar. Quise creer que hallaría la valentía de entrar al ascensor y tocar a la puerta. En mi ansiedad, éste resultaba el escollo mayor y no sabía si sería capaz de superarlo.

Hice tiempo dando vueltas en el auto. Cerca de las ocho estacioné y fui hasta la calle Canals. El número 31 era un edificio de cinco pisos

con una azotea de techos de cinc. En la planta baja había una tintorería y un pequeño supermercado que a esa hora todavía permanecía abierto. Sentía la cabeza ligera y el corazón palpitando con fuerza.

En el balcón del tercer piso había dos puertas abiertas por las que salía una luz rojiza y un rumor de música árabe. Por el fragmento del techo del apartamento que podía ver, transitaban sombras. Su escasa circulación me hizo suponer que todavía no había llegado la mayor parte de los invitados.

Observé que por la acera contraria se acercaban tres personas. Di unos pasos atrás y me oculté entre las bolsas de basura de un laboratorio clínico. Cuando el hombre y las dos mujeres estuvieron cerca, reconocí a profesores de la universidad. El hombre calvo, regordete y muy blanco era economista y se podía decir que alguna vez había sido un conocido. No obstante, hacía más de diez años que no hablábamos. Una de las mujeres debía ser su esposa y la otra era una psicóloga que se perdía por los puestos de dirección y que gustaba hacer turismo académico para afirmar, en selectas ciudades, que un mundo mejor era posible. Ése, por desgracia, debía ser el círculo social de Carmen Lindo. El profesorado establecido e indolente, de obra breve y dudosa, propenso ya a ataques de gota, paranoia intelectual y calores menopáusicos.

Desde donde estaba escondido, vi llegar a otros cortados por el mismo patrón. No todos vivían y trabajaban en el país. La llegada del verano hacía posible que acudieran a la fiesta académicos, que al no encontrar plazas en el país, habían emigrado a instituciones de Estados Unidos. El ambiente incestuoso y cómplice que crearían en la fiesta era el menos apropiado para reencontrarme con Li.

Salí de mi escondite a punto de dar media vuelta e irme a casa derrotado. Fue entonces que vi a un hombre caminando desde la Ponce de León. A veinte pasos de mí, iluminado por un poste del alumbrado, reconocí a Máximo Noreña. Debió verme desde lejos, porque sin cambiar la postura ni levantar la vista, vino directamente a saludarme.

—Buenas noches colega —dijo al estrechar mi mano.

—¿Qué haces por aquí? —pregunté.

—También tú te ves forzado a venir a lo de Carmencita.

—De cierta manera sí —contesté sin querer entrar en detalles.

—Mira que puede ser pesada. Parecería que la visita de un escritor español debería ser un evento ante el cual hay que dejar todo y acudir corriendo. Carmen me llamó a casa por lo menos veinte veces para asegurarse de mi presencia. Supongo que hay que proveerle al novelista especímenes literarios autóctonos. Nosotros por lo menos conocemos su nombre y algunos hemos leído sus libros, pero él no tendrá ni puta idea de quiénes somos. No hay nada como esta diferencia para propiciar el entendimiento literario, sobre todo cuando interpretará su ignorancia para apuntalar su valía. Si no nos ha leído, pensará, será por algo. Estas situaciones me ponen de un exquisito mal humor y temo que la noche se torne en Madrid contra las Indias Occidentales, un revival de la conquista con posibilidad, espero, de reescribir la historia.

—¿Quién viene? —pregunté.

—¿No lo sabes? —se sorprendió Noreña— Toda una figura: Juan Rafael García Pardo. Creí que a ti también te habían cazado.

—El que escribió *La hora del adiós*.

—Sí y *No volverás al norte* y otros títulos anuales sin redención posible.

—No es muy bueno.

—Es español.

—No podía esperarse otra cosa —dije riendo.

—Por supuesto, pero no se lo digas, porque anda de gira evangélica gracias al Ministerio de Cultura de su país y podría tomarnos por negritos envidiosos. Seguramente tuvo su primera noción de Puerto Rico cuando recibió el pasaje de *Iberia*.

—Probablemente.

—¿Quieres tomarte algo? —propuso Noreña—. Luego habrá que subir y es mejor no apurarse.

—Claro. ¿Adónde vamos?

—En la Ponce de León hay una cafetería.

Al sentarnos en una mesa cercana a la barra, en el local sin paredes, sentí el bienestar de haberme alejado del edificio. Máximo invitaba a unas cervezas.

—Por muchos años pensé que lo que más extrañaba de Europa eran los cafés —dijo—. Pero cuando pude regresar, después de un montón de años, encontré que hasta éstos habían dejado de corresponder a mi recuerdo. Ahora ya no he hecho nada en falta, no porque esto sea mejor, sino porque ya casi todo tiene el mismo aire y da la sensación que no se ha viajado a ninguna parte. Europa, esa que todavía se tiene en la cabeza y que es fundamentalmente una invención de la literatura, a lo mejor existió alguna vez pero definitivamente ya no me interesa buscarla ni tampoco encontrarla.

—Exageras un poco —dije.

—Claro, la exageración es un género literario —aclaró Noreña—. A lo que quiero llegar es que allá no se dan cuenta de cuán cerca están de ser nuestra copia. Nosotros estamos acostumbrados a no valer y a la pobreza de los placeres, pero ellos no. Aquí sabemos, al menos lo conoce quien tiene alguna perspectiva, que muy difícilmente se encuentra una situación propicia, que fomente la vida, la creación o lo que sea. Si uno escribe, esto es patentísimo. Pero ellos están ciegos. Todavía confían en el prestigio de sus tradiciones y en la posición simbólica (y, habría que precisar, poco más que simbólica) que sus sociedades les conceden, aun si esto se produce más por inercia o costumbre que por otra causa. García Pardo, que vive de lo que escribe, aunque no sea de sus libros sino de los articulillos que publica en la prensa, se negará a percibirse así y pensará que se encuentra varios peldaños por encima de nuestra situación. Nosotros no somos subvencionados por nadie ni podemos escribir en una prensa que es un asco y nuestros libros no existen para prácticamente nadie. Somos una isla geográfica, política y literaria. Pero no existe una gran diferencia entre la situación de un escritor español o de donde sea y nosotros, aunque ellos no lo puedan ver nunca. Y te digo la verdad, prefiero la lucidez del margen, de esta miseria.

—Allá están profesionalizados, en países como Puerto Rico es muy difícil lograr algo semejante.

—Es cierto, pero una profesionalización precaria y repleta de concesiones y renunciadas sirve para poco. Ahí está el problema. García Pardo es incapaz de quejarse, pues corre a recoger las migajas que le tiran de la mesa. No es libre, más que un escritor es un gacetillero que

vive llenando con oraciones tal número de centímetros cuadrados en las páginas de los diarios y esto es precisamente lo que buscan los que lo contratan, que llene papel con la letra muerta de lo consabido.

—Es preferible a lo que tenemos.

Máximo Noreña me miró como si catara mis intenciones, temiendo que no lo comprendiera.

—Aclaremos el asunto —dijo—. Somos un país hecho a medias, en otras palabras, una sociedad que no ha podido pensarse más que como una provincia. Nuestras instituciones, cuando existen, responden a esta tónica. No ven más allá. Cuando gobiernan los estadistas ni siquiera se llega a esto y asistimos a cuatro años de autodestrucción. Si en lugar de puertorriqueños fuéramos gallegos, serbios, nigerianos o costarricenses no habría diferencias notables. Allí imperan también las pequeñas editoriales, el pequeño público, los nacionalismos para idiotas, el aislamiento, la cegata administración. Lo que ocurre, pongamos el caso español, es que hay centros, Madrid y Barcelona, donde hay verdaderas industrias culturales. Éstas son las Grandes Ligas, la Primera División, y en ellas todo conspira para que uno se ilusione con que escribe para el mundo.

—Es una forma de entender la decepción que produce esa literatura —dije.

—¿Pero has leído a Juan Rafael García Pardo, cuyo nombre no cabe en la portada de sus libros? Podría ser él o tantos otros, da lo mismo. Posee una cultura, llamémosla general, que le ha permitido hacer algún texto presentable, incluso bastante bueno. Pero enfatizo, es una cultura general, hija de un sistema escolar más o menos eficaz, que le permite soñar con una europeidad que es más una imagen de marca que un genuino prestigio. Supongo que puede identificar las partes de una columna corintia o de una catedral románica; le dará duro a la herencia de Cervantes, al Siglo de Oro y luego se salta varios siglos hasta las generaciones del 98 y del 27 y está convencido que esta tradición lo autoriza más que a otros. Aparte de esto debe poseer un francés escolar con antiguo viaje estival incluido, una fascinación adolescente por Nueva York y el cine norteamericano y, en momentos oportunos, toros y sevillanas. Así escribe lo mismo de vinos que de atentados terroristas, construye *su* Guerra Civil o *su* versión de la

novela norteamericana, con esa lengua patrimonial que parece sacada de un despacho de notario.

Los argumentos de Máximo Noreña lo llevaban a un callejón sin salida. Lo veía luchar contra algo enorme, sobre lo cual no tenía control ni influencia. Sin embargo, tras la dureza estaba la pasión de un hombre que apostaba su vida por un texto.

El escritor había puesto sobre la mesa una bolsa transparente llena de pequeños cigarros.

—¿Me das uno? —inquirí llevado por un impulso salido del tenor de esa noche.

—Por supuesto.

—Lo enciendo en un rato —dije cuando acercó la llama del encendedor—. No fumo hace tiempo.

—Yo he vuelto a hacerlo —explicó—. Vuelvo al tabaco con la misma pasión con que lo dejo. Es un vicio de escritores y no creo estar cayendo en tópicos. Fumar produce una ansiedad de baja vibración que me ayuda a no levantarme de la mesa y continuar frente al papel. Escribir es esperar; aguardar a que algo surja. Se tienen que llegar a dominar los tiempos muertos que se dan entre párrafos o aun entre palabras. Fumar ayuda a resistir esa espera, a retarla, a ser más fuerte que el silencio.

—Al dejar de fumar se escribe de otra forma.

—Eso pienso. Al menos se deja de escribir con la necesidad de hallar algo cómo sea, tome el tiempo que tome, independientemente de la disposición de ese día. Cuando se fuma, todos los días se parecen y así las actividades se pueden restringir: fumar y escribir. Lo demás sobra o no cuenta. Y así se está hasta que no se puede más, hasta que el tabaco vale tan poco como continuar escribiendo. Lo dejo por agotamiento, para poder volver a fumar y a escribir más adelante, como si regresara siempre al momento en que comencé a hacer las dos cosas, hace un montón de años.

—¿De qué conoces a Carmen Lindo? —preguntó Noreña cuando nos trajeron la segunda cerveza.

—No la conozco —contesté—. Asistí a un congreso en que estuvo. Nada más.

—¿No ibas a su fiesta?

—Pensaba subir sin haber sido invitado, porque tengo que hablar con una mujer.

—Era de esperarse, pues ese ambiente de jerarcas universitarios te cuadra tan poco como a mí. ¿Quién es la chica?

—Se llama Li Chao.

—Fue mi estudiante. Es extraordinaria esa china.

—Lo sé, por eso quiero verla.

—¿Es tu compañera?

—Lo fue o lo es, no estoy seguro. Por eso quiero subir.

—El asunto no me concierne, pero ¿sabes que es novia de Carmen?

—Sí, pero estuvo conmigo hasta hace unos días y ahora estoy hecho un lío.

—A todos nos ocurre —dijo Noreña—. Te prevengo que la profesora Lindo anuncia por ahí con falsísima modestia que la han contratado no sé dónde y que se va *definitivamente* a Estados Unidos.

—Primera noticia.

—Tienes asuntos que aclarar con tu amiga.

Encendí el cigarro y al aspirar el humo las paredes de mi boca despertaron de un largo sueño.

—Diremos que vienes conmigo —dijo Noreña—. Yo mismo te presentaré a Carmen.

Al terminar su cerveza, el escritor volvió a hablar:

—¿Sabes por qué tengo que ir a la fiesta?

—Dijiste que te llamaron.

—Es cierto, pero ésa no es la razón.

—¿Entonces cuál? —pregunté.

—No puedo decirle que no a Carmen. Hace mucho tiempo, cuando éramos estudiantes, Carmen y yo tuvimos una relación y estuvimos a punto de casarnos. Nos unieron los libros y nos separaron las mujeres. No eres el primero ni tampoco el único.

Al regresar con Noreña al edificio, vi que muchas sombras recorrían el techo del apartamento. En el vestíbulo, frente al ascensor, esperaban dos parejas. Uno de los hombres era el rector de la

universidad, el otro un abogado que tenía en la radio un programa de análisis político. Noreña me tomó el brazo y me llevó a la escalera.

—Subamos por aquí —dijo—. No quiero que pretendan que me han leído.

Desde el rellano del segundo piso, se escuchaba la música y el ruido de las conversaciones. La puerta del apartamento estaba entreabierta, pues debían de haber entrado en ese momento los que esperaban el ascensor. Noreña la aguantó, impidiendo que la cerraran y pasó primero.

—Hola, ¿cómo estás? —dijo a alguien que no podía ver—. Quiero presentarte a un amigo.

El escritor me empujó por el hombro y di de frente con Li. Noreña decía mi nombre, añadiendo también que era el autor de *Tres en uno*.

—Creo que alguna vez te hablé de él, seguramente querrás conocerlo.

—Mucho gusto —dijo Li extendiendo la mano y fingiendo el saludo. Al acercarse a besarme, me susurró al oído—: ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte.

—Te parece momento y lugar apropiados.

—No me has dado otra opción.

—Deberías irte, puedes crear un problema.

—¿Y tú no me lo has creado?

Noreña nos había dejado y escuchábamos cómo saludaba a Carmen en la sala.

—Ven —decía—, quiero que conozcas a un buen amigo.

Noreña regresó al recibidor trayendo a Carmen de la mano. Venía mirando hacia atrás, como si desde esa perspectiva catara el éxito de la fiesta. Al escuchar mi nombre, giró el cuerpo y me encontré ante una mujer que enfrentaba una emergencia.

—Quise traerlo conmigo —explicó Noreña—. Espero que no te moleste.

—Por supuesto que no —mintió Carmen—. Hola, bienvenido —añadió al saludar—. Li me ha hablado de ti. Quería conocerte y además es importante que ustedes hablen. Conmigo no hay ningún problema y puedes estar aquí a tu gusto. ¿Verdad Li?

Li asintió. Un aura incómoda nos envolvía a todos.

—Los dejo. Tengo que ver al rector —dijo Carmen y añadió

dirigiéndose a Noreña—: Ya está aquí García Pardo. Ven después a conocerlo.

—¿Y qué? —pregunté cuando nos ubicamos en la relativa tranquilidad del pasillo.

—¿Y tú? —ripostó Li.

—Mal.

—Lo siento. Pero no debiste venir.

—Parece que no te gusta que se intercambien los papeles.

—No es igual.

—¿Ah no?

—Porque no estamos solos.

—Hubiera sido bueno que me lo dijeras.

—No pude.

—Y pago los platos rotos.

—¿Y yo? Nada.

—Tú sabrás.

—Estás muy simpático.

—Tú que eres tan lista no pudiste imaginar que algo así iba a pasar.

—¿Qué podía hacer?

—No haberte ido de esa manera. Haberme, por lo menos, explicado.

—¿Por qué viniste con el «Rufián Melancólico»?

—¿Con quién?

—Así llaman a Máximo.

—Nunca lo había escuchado.

—Así le llama Carmen por lo menos. Creo que sale de una novela de Roberto Arlt; era un personaje que regentaba prostíbulos y quería financiar así una revolución.

—¿Para qué lo invitó entonces?

—Carmen invita a mucha gente y Máximo y ella se conocen de toda la vida.

—Ya me lo dijo y no parecía particularmente contento.

—Por eso es el Rufián Melancólico.

—Conoce a Carmen mejor que tú.

—No me digas.

Una mujer, que salía del baño, nos interrumpió al pasar entre nosotros.

—Necesito que hablemos —dije.

—Ahora no puede ser.

—¿Cuándo?

—Más tarde.

—¿Más tarde esta noche o más tarde como hasta ahora?

—Más tarde —repetió.

—¿Te ves diferente?

—Estoy asustada —contestó Li luego de una pausa.

—¿Por qué?

—Me he quedado sola.

—Estás con Carmen y podrías estar conmigo.

—Es igual. No estoy sola por ustedes.

—¿Pero por qué no quieres ni hablar?

—Ya te dije que éste no es el lugar ni el momento. No creas que con Carmen todo es color de rosas y no pienses, por si acaso, que no me importas. Estoy atrapada por lo que ha ocurrido, pero tengo ahora que estar aquí.

—¿Por qué?

—Perdería la única salida.

—¿Cuál?

—Ni siquiera estoy segura de que lo sea. Pero tengo que estar aquí por ahora. Es lo único que te puedo decir.

Glenda se había asomado al pasillo.

—¿Conoces a Glenda? —inquirió Li.

—No.

—Trabaja en el restaurante.

—Mucho gusto —dijo Glenda al saludarme—. Así que al fin te conozco. Tú eres el amigo de Li. Encantada.

—Igualmente.

—Li —dijo Glenda—. Carmen te llama.

—Por fin, ¿cuándo hablamos? —pregunté.

—No sé, pero te prometo que lo haremos. Ahora no puedo.

—Espera, si Noreña es el Rufián Melancólico, ¿quién soy yo?

—El que Camina Mirando el Suelo. Tiene su encanto, créeme. Igual

que el Rufián Melancólico.

Entre la sala y la cocina había una veintena de personas. La mayor parte procedía de la universidad, eran administradores, profesores y unos pocos estudiantes que acudían a la fiesta acompañados por sus parejas. Los conocía a casi todos pero no había tenido trato verdadero con prácticamente ninguno. Al verme en una esquina de la sala, tratando de escuchar la conversación más próxima, para ver cómo podía entrar a ella, Noreña se acercó y me llevó al bar que habían puesto en la cocina.

—¿Fue bien? —preguntó.

—Por lo menos, volví a hacer contacto. Hablaremos después. Parece que en casa del enemigo no se puede.

—Carmen no está precisamente encantada con tu presencia aquí. Como es lógico, no le dije que igual hubieras venido sin mí. No sé lo que hay entre ustedes, pero yo le diría a Li que no confíe en Carmen.

—¿Por qué?

—Mira a tu alrededor. Probablemente, todos los que estamos aquí nos hemos visto forzados a venir. Carmen es una intrigante y sabe conseguir lo que quiere. Es preferible sacrificar estas horas a tenerla de enemiga. Por eso estamos aquí. Ahora se va, la fiesta es una despedida organizada por ella misma, pues la han contratado en la universidad cuyo nombre repite hasta el asco para asombrarnos. Pero la conozco bien, a la misma vez estará asustada por estar lejos, fuera de su ámbito. Le hace falta una acompañante, mucho mejor si es joven y de buen ver. Ése, seguramente, es el lugar que ocupa tu amiga.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Si quieres no digo más.

—No es eso. ¿Qué te va a ti en esto?

—Digamos que no quiero que te engañes. Li no es tonta. Ella estará buscando algo también.

Al vernos apartados de los demás, Carmen Lindo cruzó la sala con una copa en la mano. La sonrisa no ocultaba su malestar. Tendría unos cincuenta y cinco años que su delgadez hacía que parecieran menos.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó dirigiéndose a mí.

—Muy bien.

—Me alegro mucho. Te aseguro que no hay mala sangre de mi parte.

—No se podía esperar otra cosa de ti —dijo Noreña.

—Máximo, que no es el momento y no me has hecho reír en veinte años. En fin —dijo luego de una pausa—, pásalo lo mejor que puedas. Aquí está Juan Rafael, me gustaría que hablaran con él.

El narrador estaba sentado junto a una de las puertas del balcón y reía a carcajadas. Vestía un saco y unos pantalones de lino y en el cuello llevaba un pañuelo de seda. Se veía que había aprovechado la estadía en el trópico para ir a la playa.

—Viene con el uniforme puesto —dijo Noreña—. Desconfía de alguien que viste así. Te apuesto lo que quieras a que calza mocasines sin medias.

—Juan Rafael, aquí tienes a unos amigos —dijo Carmen—. Son dos excelentes escritores puertorriqueños.

—Mejor di sólo escritores —apuntó Noreña que miraba sonriendo los pies del narrador.

—¡Hombre ni que fueran navarros! —exclamó García Pardo.

—Lo decía también por lo de excelentes —aclaró Noreña.

García Pardo se había puesto de pie para abrazarnos. Se detenía un instante para mirar directamente a los ojos. Era de suponer que el conjunto de gestos constituía su saludo magnánimo.

—No pudieron estar en tu presentación —explicó Carmen innecesariamente, porque al menos yo no había tenido la intención de asistir al evento organizado por la sucursal sanjuanera de su casa editorial—. Pero aquí los tienes ahora. Juan Rafael se interesa mucho por la literatura puertorriqueña —añadió Carmen para nuestro beneficio.

—Tuve el gusto de conocer a varios de vuestros colegas en España —explicó— y en este viaje volví a reír con esos amigos que siguen como siempre.

—Sí, como siempre —dijo crípticamente Noreña.

—Hay mucho talento en esta isla. Gonzalo, mi editor, me ha informado que Puerto Rico importa muchísimos libros españoles. Es

sorprendente si se toma en cuenta el tamaño del país. Dice mucho de esta cultura.

—No sé si se habrá dado cuenta... —comencé a decir.

—El usted no hace falta. Tutéame por favor.

—No sé si te habrás dado cuenta que somos tan hispanohablantes como cualquier otro país latinoamericano.

—Pero no sois una república.

—Lo que no quita que seamos tan hispanohablantes como un español. Además, la influencia del inglés en el Caribe hispano ha sido una constante que en muchas ocasiones se menosprecia o se ignora por purismos. Puerto Rico no es en este caso más que el polo extremo de las Antillas Mayores.

—Aun así, al venir de lejos, sorprende. En España pensamos siempre en Argentina, en México, en cualquier otro de los grandes países, pero jamás en Puerto Rico.

—Porque no se nos ve. Es como aquellos que van a Barcelona y se sorprenden de que se hable catalán.

—Ya, pero me sorprendió saber que importéis más libros que muchos otros países latinoamericanos con muchísima más población.

—Somos un país apasionado por el consumo —dijo Noreña con una ironía de la cual García Pardo no pudo estar seguro.

—Lo importante es que todos formamos parte de un ámbito común. El mundo hispánico nos une a todos. No tenéis idea de cómo me puedo sentir en casa lo mismo en Ciudad de México que en San Juan.

—El tiempo hace que decaiga esa superstición —dijo Noreña.

—¿Cuál?— preguntó García Pardo.

—La del ámbito común. La del gran mundo común e hispánico.

—Lo común resulta diferente dependiendo de dónde se esté —tercié—. Los españoles no pueden ignorar a los grandes países, pero pueden pasar de largo a toda Centroamérica y gran parte del Caribe y reducir el resto de latinoamericanos a un puñado de imágenes.

—En España estamos al tanto de América —dijo García Pardo.

—¿Saben algo de Puerto Rico? Muchos piensan que es un estado de Estados Unidos y piensan que lo que ustedes llaman la Guerra de Cuba nada tuvo que ver con nosotros.

—Es que el caso vuestro es un tanto particular.

—¿Sabes algo de Ecuador, de Guatemala, de Paraguay, aparte de que hay indios y dictadores?

—Pero existen las bases para el contacto —explicó García Pardo—. Existen factores de unión: la lengua, la historia común...

—Esa es precisamente la base de la superstición —dijo Máximo.

—No te entiendo —dijo García Pardo.

—Sobreestiman su posición y por ello su importancia histórica.

—¡Hombre, es difícil ignorar a España!

—Pero es muy fácil ignorar a otros —explicó Máximo—, anulándolos de entrada, del nacimiento a la muerte, de generación en generación, justificándolo todo con la superstición de una historia común de valores incuestionables. En esa tradición común que mencionas y de la que supuestamente hago parte yo nunca me he visto ni nadie me ha visto.

—En España es que se publican vuestras mejores obras.

—Te referirás a las de otros países.

—Como quieras —dijo García Pardo— pero son innumerables los escritores latinoamericanos que buscan que sus libros se publiquen en España.

—La crisis económica de América Latina ha afectado a sus editoriales —dijo—. —España se ha beneficiado, pero la producción española es muy desigual.

—Hombre, hay de todo —puntualizó García Pardo—. No obstante, ahora hay una serie de autores importantes, con una obra hecha, con traducciones a varios idiomas.

—Y mucha literatura de poca monta —interrumpió Noreña.

—En todas partes la hay —ripostó García Pardo.

—Pero allí se publica a raudales. Uno se cansa de leer una y otra vez el mismo libro.

—¿Qué quieres decir?

—Los editores recurren a las mismas fórmulas —explicó Noreña—, que son sólo dos o tres: mucha literatura extranjera, que es su labor más apreciable, si no estuviera tantas veces tan mal traducida, y luego, las firmas habituales o sus sustitutos de nueva generación, con variaciones del mismo ofrecimiento.

—Aunque mucho de lo que dices es cierto, no pienso que es tan

avasallador como os parece.

—Esta situación es la peor enemiga de la literatura y ustedes la sufren en primera línea—explicó Noreña.

—No es para tanto, creo que no eres justo.

—No se trata de serlo, además la literatura nunca ha pretendido serlo, no es un código civil ni un régimen democrático. El lector habita también una geografía y esto crea una política de pasiones. La literatura es todavía uno de los pocos espacios donde se puede practicar un terrorismo elegante y constructivo.

—Ha pasado el tiempo de los compromisos.

—Para nada hablo de eso —se apresuró a aclarar Noreña.

—La novela se ha descargado de ese peso. Afortunadamente se lee hoy por otras razones —explicó García Pardo—. En cierto sentido, es más difícil para el escritor, que ya no es leído porque exista una comunión política con su lector. Ahora el gusto es más amplio y por esto mismo más difuso y exigente. Son otros retos.

—O sea que todos somos víctimas de las leyes del mercado —concluyó Máximo.

—Por supuesto —contestó García Pardo—. Es inevitable. No nos gusta admitirlo, pero es así. El escritor compete con la televisión, el cine, los videojuegos. No podemos engañarnos.

—Un sueño de siglos del que se ha despertado a una pesadilla —dije.

—Quizá sea así —dijo el español—. Pero hay que pensar que antes tampoco convenía que fuera un sueño. Todos nos engañábamos.

—Pero veamos —dije—, muchos libros se caen de las manos y la literatura española parece pobre, no cautiva.

—Hombre, cautivar, lo que se dice cautivar, casi nadie en ninguna parte.

—Pero España tiene pretensiones importantes —añadí.

—No sé lo que llegará a vosotros —dijo García Pardo.

—Los mismos libros que tienen ustedes en La Casa del Libro —añadió Noreña.

—Debes tener en cuenta —dije— que aquí se importan libros de muchas partes. Además de la producción española tenemos la de América Latina y pleno acceso a la anglosajona, aparte de lo editado en

Puerto Rico. Esto permite una visión que no está determinada por una sola cultura ni un solo idioma.

—Creo que no estáis al tanto de la situación actual. La España de hoy no es la de Valle-Inclán.

Alrededor nuestro se había congregado un grupo de invitados, atraídos por el tono que adquiriría el debate. La última frase de García Pardo había producido, por el tono con que había sido dicha, una ligera alarma. Carmen y Li nos observaban con creciente preocupación, temiendo que la conversación con el español estuviera sustituyendo otras que no se tendrían con ellas y poco tendrían que ver con la literatura. Alguien había tomado nuestros vasos y había ido a rellenarlos. El rector de la universidad miraba desde su sillón con la resignación del que asiste, una vez más, al surgimiento de un problema.

—A ver, aclaremos el asunto. ¿Por qué estás en San Juan? —preguntó súbitamente Máximo Noreña.

—Vine a presentar *Los ángeles de la calle Montera*, mi última novela.

—¿Pero cómo llegaste? En otras palabras, ¿quién organiza tu viaje?

—Mi editor, que tiene una sede aquí, en colaboración con la Oficina del Libro del Ministerio de Cultura español.

—O sea que nadie te invitó —concluyó Noreña.

—Hombre, así puesto.

—No me malinterpretes, a lo que voy es a una cuestión de hechos. Intento mostrar que no hubo un grupo de lectores fascinados por la obra de un exponente de la actual literatura española. Ni siquiera te trae aquí una universidad ni una institución cultural. Éstas no se vinculan directamente con tu presencia aquí. Financia tu viaje una empresa asistida por un ministerio que invierte para publicitar la cultura española en el mundo.

—¿Hay algo malo en ello? —preguntó García Pardo.

—Ese es un asunto que podríamos examinar después —contestó Noreña—. A lo que voy ahora es que esa misma estructura publicitaria es la que pretende que por la gran y común cultura hispánica de la que hablas se entienda algo que es la península ibérica y unos pocos escogidos de las Indias. Es la misma estructura que pretende que el libro más vendido sea el mejor.

—Vosotros podríais publicar con mi editor si quisierais. Algunos escritores puertorriqueños lo han hecho.

—Ese no es el objetivo de mi reflexión —atajó Noreña—. Lo que me importa mostrar es cómo se infla la reputación de una literatura. Publicar en España no significa ni asegura nada. Ha llegado, incluso, a ser una cortina de humo. Si en los últimos tiempos del franquismo y los primeros de la democracia significó algo ahora ni remotamente tiene el mismo valor.

—Nada puedo hacer en relación a eso. Es lógico que publique mis libros en mi país.

—Pero eres parte de ese entramado. Es más, te voy a decir, y estoy siendo polémico con plena consciencia, lo peor que le ocurrió a la literatura española fue el fin del franquismo.

—¡Hombre cómo vas a afirmar eso! Es un tópico ridículo —exclamó enfadado García Pardo.

Según observaba cómo Noreña cercaba a García Pardo, sabía que el resultado de este intercambio sería una lóbrega pesadumbre. Lo que decía ennegrecía más la línea de nuestras fronteras, separando aún más nuestras palabras del resto del mundo. Era tan fácil para el español descartarnos. La pasión de Máximo se lo ponía en bandeja de plata y, a la vez, comprendía perfectamente por qué se empeñaba en hacerlo, por qué no le podía decir otra cosa. En Noreña palpitaban siglos de menosprecio.

—Cuando murió Franco y se estableció la democracia —explicó— la literatura española no pudo continuar justificando sus minusvalías y ya no pudo seguir sobrevalorándose a partir de la política de sus autores. De la noche a la mañana, por decirlo así, se acabó la canción protesta. A partir de entonces, los escritores de la democracia no han tenido un manto que los cubra y han demostrado incluso ser inferiores a los de la posguerra. En una generación, ante el vacío conceptual que creó el fin del franquismo, la literatura española no ha hecho otra cosa que hundirse y mostrar a esa supuesta cultura común hispánica su nulidad.

—Veo por dónde vienes, pero no puedo estar de acuerdo. España ha producido un siglo de gran literatura, antes, durante y después del franquismo.

—Ha sido una literatura insular, que no irradia fuera de la península.

—¿Y dónde dejas a Unamuno, a la Generación del 27, a Lorca?

—El primero te lo concedo —dijo Noreña—. Unamuno fue de los últimos intelectuales que se enfrentó a su sociedad y esto siempre tiene fuerza. La Generación del 27, salvo Lorca, fue un fenómeno local y su influencia se extendió solamente a América Latina y de manera muy temporal. La España de la posguerra se aferró a ellos y los mitificó, haciéndolos mucho más que un fenómeno literario.

—Os pasa lo mismo —dijo García Pardo.

—¿A quiénes? —preguntó Noreña.

—A vosotros, los latinoamericanos.

—Hasta cierto punto tienes razón. América Latina fue por mucho tiempo una mala copia de España. Pero en esta parte del mundo es que se ha renovado la literatura escrita en español.

—Eso habría que abordarlo también con ojo crítico —respondió García Pardo—. El boom lo creó un editor catalán y García Márquez ha dejado de ser el monstruo en que se convirtió hace unos años. Cortázar, es una pena decirlo, pero parece hoy un escritor para parejitas de enamorados y Borges es un argentino presumido.

—Son algo simples esos juicios —dije.

—Como los vuestros —contestó García Pardo.

—Hablábamos de España además —dijo Noreña.

Carmen le había puesto un nuevo vaso de whisky en la mesa a García Pardo y éste aprovechaba la pausa para encender un cigarrillo.

—Percibo en vosotros una frustración tremenda —dijo García Pardo—. Puerto Rico es un pequeño país y quizá tenga que ver con esto. No sacáis nada en emprenderla con nosotros. No somos vuestros enemigos. Ni siquiera sé si hay enemigos.

—Te equivocas —dijo Noreña.

—¿Se puede saber por qué? —dijo García Pardo, buscando ya cómo terminar la conversación.

—La literatura no soporta la impostura. De esto es que he estado hablando. Hoy España, más que una literatura, es una industria editorial y al buen lector le molesta que le den gato por liebre. No cuestiono la valía de ciertos autores, pero aún éstos son víctimas de esa industria.

—¡Por Dios! ¡Es lo que faltaba! —exclamó García Pardo.

—Una literatura —continuó Noreña— es más que una serie de libros. Una literatura por más restringida y menor que sea, como la puertorriqueña o la de otros países de América Latina y del mundo, no puede limitarse a ser una sucesión sin fin de libros. Hay que enfrentarse a algo. Ahora lo hago contigo y con el mundo del que procedes. Mañana será con otro asunto. Lo mejor de la literatura española fue la de los escritores, que por decirlo así, fueron antiespañoles, exilados externos e internos que no podían vivir con tranquilidad el embrutecimiento de su sociedad. Hoy son una especie casi extinta.

—Máximo —dijo García Pardo—, no llegas a nada con eso. Solo al odio. Me perdonáis.

García Pardo se puso de pie y salió de la sala. Los invitados que nos rodeaban le abrieron camino y todos quedamos en silencio.

—Está bueno ya —dijo Carmen—. Juan Rafael está en mi casa y éste no es el trato que merece.

—¿Y cuál es el que había que darle? —pregunté.

Carmen me miró un instante, giró dándome la espalda y partió en busca del escritor. Li, que había asistido al debate, se acercó a mí.

—Espero que no tenga que ver con lo que has dicho —dijo.

—Sabes que no, aunque ahora que lo mencionas pienso que sí, que tienes muchísimo que ver. En todo caso, no fui yo el de la voz cantante.

—Eran un dúo.

—Te ves distinta. Hasta hablas distinto.

—Tú también.

—¿Tu amiga te va a permitir verme?

—La situación es complicada. Perdí el trabajo y pasaron muchas cosas desde la última noche. Siento haberte hecho parte de mis líos, pero no pudo ser de otra manera.

—¿Te vas? —pregunté—. Ya lo he oído.

—Todavía no sé, pero probablemente sí.

—En otras palabras, ésa es la salida.

Li no contestó, cogió mi mano y nos abrazamos.

—Te llamaré y nos veremos. Te lo prometo. Mejor vete antes de que te boten —dijo sonriendo.

Se oían voces desde los cuartos. García Pardo, Carmen y alguien más hablaban muy alto. Fui a la puerta sin despedirme de nadie. Noreña estaba esperándome en la escalera.

—¿Un cigarrito? —ofreció.

Había vuelto a fumar.

Pronto llegaron los rumores del escándalo en que se había convertido el debate con García Pardo. El enfado de Carmen Lindo había sido monumental. Probablemente, en lo restante de la velada y en los días que siguieron, no había hablado de otra cosa. El haberme presentado sin ser invitado, el haber sido compañero de Li y amigo de Noreña, unido al agrio debate con el español, le abrían camino a la maledicencia. Al pasar una tarde por La Tertulia, sentí que demasiadas miradas se clavaban en mi espalda y algunos de sus empleados, que como nadie estaban enterados de las grandes y pequeñas historias del mundo literario, me detuvieron para inquirir sobre el asunto. Supe por ellos que la versión predominante nos acusaba, a Noreña y a mí, de ser arrogantes y envidiosos.

La controversia había servido para ventilar viejos malestares. Noreña y yo quedábamos como dos escritorillos con egos desmedidos, que habían salido a la caza del escritor extranjero, con argumentos delirantes. Se nos acusaba de chauvinistas y una infinidad de profesores de lengua y literatura nos imputaban una nueva enfermedad mental: la hispanofobia. Un novelista, que por distintos motivos había tratado de despellejarnos a los dos anteriormente, vio en el careo, la prueba infamante de nuestro afrancesamiento. Fueron pocos los que simpatizaron con nuestra posición y, entre éstos, muy pocos los que entendieron lo que la producía. Finalmente Carmen había movido sus fichas y como desagravio al escritor, había conseguido que el Departamento de Estudios Hispánicos celebrara una conversación con él en un auditorio de la universidad.

Llamé a Máximo, que al despedirse esa noche me había dado su número de teléfono, y comprobé que ya estaba al tanto del asunto. Me citó para el día siguiente en el puente peatonal que unía el parque Muñoz Rivera con el Escambrón. Llegué antes de la hora y recorrí las alamedas arboladas. Me gustaba sentir la grava de ese parque bajo mis

pies, ver los bancos de cemento que remedaban ramas y que a veces tenían fechas que eran casi centenarias. No había un alma, como era natural en la tarde de un día de trabajo.

A la hora convenida encontré a Noreña observando el tráfico en el centro del puente. Fuimos a sentarnos frente al mar, en los escalones que había junto al Club de Oficiales de la Marina.

—¿No has visto a Li? —preguntó.

—Todavía no —contesté.

—Quizá tendrás que esperar un poco. García Pardo se va hoy.

—Nos están poniendo a parir.

—Son los de siempre. Estoy acostumbrado. Sin embargo, en una cosa tienen razón. Hablé y quizá tú también, con la dureza del que ya no espera absolutamente nada. Ni siquiera un gesto de amistad. Es la voz del desengaño y de la herida abierta y esa voz no deja lugar para nadie. Creo en lo que dije, pienso que lamentablemente es cierto, pero no le permití ver a García Pardo que acaso también él es una víctima.

—No me parece —dije— que estuviera dispuesto a contemplarlo. Asume plenamente su función de escritor en gira de autógrafos. Desde su punto de vista, ha llegado y nosotros no contamos en la partida. Probablemente esperaba que le pidiéramos una dedicatoria y que conversáramos sobre banalidades. No se imaginó que viniéramos a cuestionarle la tierra que pisa.

—Esa tierra, al menos lo entiendo así, es de la que el escritor tiene que desconfiar más. Eso fue lo que traté de expresar. Allá, en España han perdido el norte. Existe un medio literario que necesita manuscritos, volúmenes para cada una de las temporadas. El novelista no es más que un productor de historias, un profesional del relato. Nada levanta ronchas, porque casi todos los libros hacen lo mismo, procurar que el tiempo se disuelva en las manos del lector. Ese es el empobrecimiento del que hablaba. En este extremo, la literatura tal como nosotros la entendemos, ha muerto o sobrevive casi clandestinamente, alejada cada día más de las mesas de novedades. Aquí, como en otros países en que el mercado literario apenas existe, aún perdura un tipo de escritor que ha ido desapareciendo en las sociedades en que la edición se ha vuelto casi exclusivamente un

negocio. La debilidad de la cultura letrada es siempre la manifestación de un tiempo infame: una época bruta e ingenua.

—Lo curioso —dije— es que hay muchos editores en España que sólo publican traducciones. El cuestionamiento, cuando no el desprecio, del escritor nacional ya está ahí patente. Lo que sorprende es que los escritores sólo se quejen en privado, que no escriban sobre el tema. Es como si todo el mundo esperara colarse, soñar con que un día se tendrá la posibilidad de ser la excepción.

—Lo que pasa es que están muy solos —dijo Noreña—. Tan solos como nosotros, pero no se dan cuenta, porque se mueven en un ámbito en el que hay verdaderas reputaciones y, a veces también, bastante dinero. Hay que ser valiente para no participar en la charada. Los riesgos son grandes. Un escritor puede hacer poco contra un universo editorial que comienza a percibirlo como un técnico. La industria del disco mató la música. La del libro está en el proceso de aniquilar a la literatura. Somos náufragos, nos queda el futuro amargo de los que sobreviven a un mundo que no volverá a existir. Lo que quisimos hacer en la vida quizá ya no existe.

Noreña calló y por unos segundos miramos el mar.

—Pero no puedo vivir sin ese espejismo —continuó—. Por eso fui tan rotundo con García Pardo. Es un impostor. Cierta talento y muchas circunstancias favorables. Sus libros están muertos a los seis meses. Nunca llegará a ser trágico, porque tuvo oportunidades y supo aprovecharlas.

—Estamos atados al día en que un libro nos deslumbró —dije.

—Es muy probable. Por eso, pese a todo, nos convertimos en escritores. Hace unos días le dije a un muchacho, que si lo podía evitar, no fuera escritor. Toma años llegar a esa certeza que es casi una condena. Sí, el primer libro que nos deslumbró, queremos estar lo más cerca de la fuerza que nos impactó ese día; hacerla renacer, pero ahora con nuestro esfuerzo, con el material de nuestras vidas. Probablemente García Pardo vivió eso también, pero optó por ocho horas diarias frente a un teclado, como cualquier funcionario.

Quedamos en silencio, fumando los pequeños cigarros.

—Estamos solos, muy solos.

Observé cómo el humo se llevaba sus palabras.

—Te envié un correo electrónico. ¿Lo has visto?

Al llegar a casa fui a la computadora y leí el mensaje que por alguna misteriosa razón Máximo decidió escribir y enviar justo antes de que nos encontráramos.

«Carmen se va a California. García Pardo viene de visita. A su manera, son movimientos muy parecidos si uno ha decidido quedarse aquí. Carmen se va a respirar hondamente un oxígeno distinto, a construir su satisfacción y quién sabe si querrá regresar. García Pardo viaja por las “provincias” y regresará a Madrid convencido de que, pese a todo, se encuentra en el mejor lugar posible. ¿Qué pasa cuando uno quiere honrar estas calles, no porque se merezcan un homenaje especial, sino porque aquí se dio casi todo el pasado, porque aquí está lo que nos hizo desear ponerlo en una página? No hay respuesta para ninguna de estas interrogantes. No existe ni siquiera una valoración o una formulación que se aproxime a ser correcta. Queda un dolor que no será aplacado, que se expresa cada vez que alguien se acerca sin vernos, cegado por los oropeles de su tradición. Es imposible la paz así y acaso por eso es por lo que se escribe y, como escribir tampoco aplaca ese dolor, la escritura se torna en un acto obsesivo e inútil. Es sólo otra oración, otro párrafo, otra página, sin poder terminar nunca. En el mejor de los casos, una lectura que pueda ser inolvidable para alguien; todos la hemos tenido y nos ha marcado, pero existen ya en el mundo demasiadas lecturas inolvidables.

Lo que se entiende por éxito en la literatura me importa menos cada día aun si no dejo de buscarlo. Sé ya que no resolverá nada, que a lo sumo enfriará el dolor y me hará escribir con menos voluntad y me pareceré más a García Pardo y a tantos como él. Sé que sólo puedo vivir repitiendo un gesto que me separa de la mayor parte de la humanidad. Y sin saber verdaderamente por qué, siento que es importantísimo que me extenúe haciéndolo. Por gusto o por necesidad.

Cuando se vive así, cuando la vida está determinada por esto, quedarse o partir resulta algo que ya no tiene significado. Uno queda solo, irremediablemente solo, con su ira. La del lugar y la vida que nos ha tocado. Y entonces, una mañana o una noche frente a un papel, uno se da cuenta que éste es precisamente el asunto, que hubo que llegar al

término de la calle sin salida, para poder poner algo en el papel que valga la pena. Entonces se sabe que eso es escribir. El escritor es un atleta de la derrota. Lo demás *no* es literatura. Ese es el problema (y la tragedia) de García Pardo».

La fragilidad. Todas las veces que he sido frágil, que me he derrumbado. Recordarlas para saber verdaderamente lo que es vivir aquí. Aquí soy frágil como en ningún otro sitio. Aquí están mis grietas.

La felicidad está ligada al regreso. Esperaba a Li. Esperaba la felicidad. Esperaba lo imposible y por eso continuaba esperando. Estaba atado a lo que había perdido y en esos días el ansia que sentí por ella sólo fue comparable a la vivida cuando recibía sus mensajes, cuando temía, a cada momento, que estuviera a punto de perder a alguien que no había encontrado. Ambas situaciones se parecían, pero ahora una tenía el sabor de la agonía final. ¿Quién era la que había estado y se había ido? ¿Era verdaderamente la mujer con la que había compartido días y noches o era, tristemente, la absurda ausencia de un cuerpo en el que había creído con fe ciega?

Entonces pasó un tiempo, unos segundos, acaso algo más de un minuto en el que estuve sumergido, sin tener consciencia de lo que me rodeaba. Comprendí por fin. Busqué el dibujo que Li había dejado en el buzón el día en que me había citado en el Cine Paradise. Lo había guardado junto a otros en una gaveta. No tenía que verlo para saber, pero sentía la necesidad de comprobarlo. Era media hoja de una libreta de dibujo, con un rectángulo de tinta negra. Me había llamado la atención la primera vez porque no era tan denso como otros, dejando ver mínimos fragmentos del papel. Era mi nombre, había sido hecho escribiendo y tachando mi nombre cientos de veces en un espacio mínimo. Era su intento por decir lo que ya sabía. Lo demás había sido temor, desgaste, una despedida horrible. Li se había entregado sabiendo que no podría estar conmigo, que de llegar a hacerlo, ése era el momento que decretaba su huida.

No vendría a verme o vendría demasiado tarde a decirme lo que ya sabía. No habría despedida y supe que no se lo tendría a mal. Algún día sabría de ella, cuando ya no contáramos nada para el otro.

Regresé a la sala, tomé un papel y escribí de un tirón el poema que se había venido fraguando por semanas:

Refúgiate en la multiplicación de lo ignoto
Siempre esta voz ¿la voz de quién?
que escribe cuando no hay nadie
cuando estar no es verbo
Quédate en este recodo en este sitio nada
olvido del olvido del recuerdo
escribe sobre esta página que te es indiferente
escribe sin ganas de escribir es decir de veras
con esta absurda ausencia de tu cuerpo.

Entonces, poco después, vino el sueño, un cansancio que era un narcótico. Dormí durante muchas horas y, al abrir los ojos cuando ya era de día, un peso tremendo todavía me mantuvo pegado a las sábanas.

Al final, me levanté con sed y ganas de ir al baño. El silencio de la mañana era distinto. Era esponjoso y hacía lentos mis movimientos. Había algo familiar en él. Era lo que vivía antes de Li. Comprobé entonces que la esperanza ya sólo producía vergüenza.

Máximo llamó hacia el mediodía.

—Te tengo dos noticias —dijo—. Las dos malas.

—Supongo que da igual cuál me digas primero.

—A García Pardo le acaban de conceder en Madrid un premio. El Gran Culo de las Letras o algo así.

—Nos jodimos.

—Efectivamente.

—¿Cuál es la segunda?

—Carmen Lindo se va mañana. Supongo que Li también.

—Gracias por el noticiero.

—¿Te importaba ella?

—¿Por qué el pretérito? ¿Quién Li?

—Sí.

—Pensé, aunque parezca el idiota más grande del mundo, que podía ser posible. Pero todos nos engañamos.

—Así es —dijo Noreña—. Mira el jurado de Madrid.

—Pero el engaño no me sirve de nada.

—Tampoco a García Pardo.

Tuve que suponerlo porque a pesar de estar en la casa desde temprano no abrí una sola ventana. Escuché que alguien daba golpes en el candado de la reja del portón y segundos después un auto claxonaba. Sigilosamente fui a mirar por la cortina de la sala. Li miraba hacia la casa, hacia la ventana tras la cual estaba escondido, procurando hallar una señal de mi presencia. Detrás de ella, Glenda volvía a tocar la bocina del auto que probablemente era el que había tomado prestado de su primo el día de nuestro primer encuentro.

Esperé, aguantando la respiración. Allí estaba la mujer que quería, pero no abriría la puerta. Aguardé hasta que miró a Glenda sin decir nada. Ésta hizo sonar de nuevo la bocina y Li gritó mi nombre, una, dos, tres veces. Observé su cara congestionada por la emoción y cerré los ojos. Al abrirlos, la vi entrar al carro y regresar con una libreta. Buscó una página, la arrancó y la metió en el buzón. Miró la casa una última vez, gritó mi nombre más alto que todas las veces anteriores y Glenda dio un largo bocinazo. Entonces, tapándose la cara con las manos, con el mismo gesto con el que había llorado largamente en mi sala, entró al auto y su amiga pisó el acelerador.

Cuando el ruido del motor se perdió en la distancia, desconecté el cable del teléfono. Horas después, cuando ya era de noche, abrí la puerta con sigilo y busqué el papel. Era la primera vez que Li me escribía más de un par de líneas:

«Toda la vida he sufrido por plegarme a la autoridad. He vivido pendiente de un ser que no sé quién es pero que siempre dice no. He preferido la soledad —he aprendido todo lo que sé sola, incluso en la universidad donde no tuve ni consejeros ni verdaderos maestros (Carmen, en realidad, no lo fue)— en un intento infructuoso de huir de un poder que era para mí demasiado real.

«Solamente he tenido este escueto espacio. De ahí mi disposición a conformarme con mínimos y carencias.

«No he sabido vivir entre iguales. Mi lesbianismo es de cierta manera una ironía. Es muy posible que nunca haya conocido esta situación, la

de estar al mismo nivel de otro ser. He habitado los márgenes sin ser libre.

«Nunca leerás esto, pero éste es mi intento de excusarme».

Al llegar a la última línea supe por fin por qué Li me había escogido. Era su media naranja, la mitad imposible de dos cuerpos que no habían aprendido a reconocer en los demás parte alguna. Algo, al comienzo de nuestras vidas, nos había comunicado el gran no.

Doblé en cuatro el papel roto y me senté en la sala oscura, en el mismo lugar en que había pasado tantas noches con ella y supe como nunca antes en qué consistía mi vida, por qué era así, por qué no podía ser de otra manera. No podía hacer un gesto ni decir una palabra. De la cabeza a los pies mi cuerpo era recorrido por una ola enorme que no podía salir de mí. Era la congestión de los años que había vivido. Una vez más no emprendería acción alguna. Ni una llamada ni una visita turbulenta a la calle Canals. Me quedaría allí. Mi grito de auxilio era el silencio y la inmovilidad.

Esa noche salí a la calle y con un grueso pastel de óleo escribí: «Esa absurda ausencia de tu cuerpo». En los muros y aceras, durante horas, dejé grabado el desenlace. Era una forma de duelo para un dolor que no cesaba. La ciudad era lo que quedaba, el territorio, al que pese a todo, continuaba perteneciendo. Marcaba su superficie con la desnudez de mi dolor, atormentado, a veces al borde del llanto, a veces con una rabia implacable. No podría irme nunca de la ciudad que había recorrido así, sin pudor, convertida en una página. La agonía me ataba para siempre a estas calles. Mi desnudez me condenaba a ellas.

Esta primera edición española de la novela *Simone*, de Eduardo Lalo, se envió a imprenta el 19 de octubre de 2016, al cumplirse el primer centenario del nacimiento del pianista soviético Emil G. Guilels, considerado uno de los mejores pianistas del siglo xx.



La *fórcola* es la parte más rara y hermosa de la góndola veneciana, realizada en madera, en la que el gondolero apoya el remo para maniobrar. Una auténtica *fórcola* se talla, de forma artesanal, sobre la curvatura natural del árbol, por eso no hay dos *fórcolas* iguales.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. En cualquier caso, todos los derechos reservados.